An abstract painting with vibrant, vertical brushstrokes in shades of blue, red, green, and purple. The background is filled with various mathematical symbols and numbers, including pi (π), infinity (∞), and the Greek letter alpha (α). The overall effect is a dense, textured composition of color and mathematics.

Antología

Cuentos, Poemas y Ensayos

Temas Libres

Decimoquinto Certamen Literario
Universidad Politécnica de Puerto Rico
San Juan, Puerto Rico
Abril, 2009

[Dedicatoria]

Al estudiante que habita en todo escritor.

[Tabla de contenido]

Dedicatoria, 3

La Portada, 6

Comité 15to Certamen Literario, 7

Agradecimientos, 8

Mensaje de la Directora, 9

Mensaje de la Coordinadora, 10

POEMAS

Laudo, 11

Estudiante Escuela Superior

A oscuras, por Alina Labrador, **14**

Perfume, por Danniely A. Staback Rodríguez, **15**

La despedida, por Juan Carlos Rivera, **16**

Una palabra, por Pedro Rafael Cerame Guillén, **17**

Lengua materna, por Alina Labrador, **18**

Demencia, por Danniely A. Staback Rodríguez, **19**

Si ella supiera, por Javier Santiago, **20**

Estudiante Otras Universidades

La bala, por Michelle Rodríguez Olivero, **21**

Abandonado, por Neftalí Omar Núñez Santiago, **22**

Logos, por Sonia E. Galindo García, **23**

Engavetada, por Michelle Rodríguez Olivero, **24**

El ballet de las musas, Héctor Pérez Babilonia, **25**

Procesión, por Sonia E. Galindo García, **26**

Araña doméstica, por Neftalí Omar Núñez Santiago, **27**

Estudiante UPPR

Tu cuerpo, por Yamayra Rodríguez Otero, **28**

Madrugada, por Gabriel Reyes Acosta, **29**

Administración UPPR

La búsqueda, por Miguel A. Riestra, **31**

No, por Miguel A. Riestra, **32**

Miembros de la Comunidad

Los minutos corren pesados como sueños, por Ángel L. Matos, **33**

Una voz en medio de la noche, por Ángel L. Matos, **34**

El día antes de ayer, por Yamara Justiniano Zayas, **35**

Lamento sonámbulo de mil y una noches, por Willmarie Lebrón García, **36**

CUENTOS

Laudo, 38

Estudiante Escuela Superior

Escenas de una memoria, por Omar Vélez Meléndez, **41**

Sangre, por Danniely A. Staback Rodríguez, **45**

Aislado, por Joseph W. Rivera, **47**

En la terraza, por Alina Labrador, **50**

El llanto de un árbol, por Dickie O. Santiago, **53**

El espectáculo debe continuar, por Liliana Ortega, **56**

El amor entre dos jíbaros, por Josephine M. Borrero Rivera, **61**

Estudiante Otras Universidades

El caso Kafka, por Neftalí Omar Núñez Santiago, **65**

Administración UPPR

De los amores de mi vida, por Daniel Hilerio Villanueva, **70**

Miembros de la Comunidad

La cajita de madera, por Mario A. Agrait Rodríguez, **75**

Madre es la que cría, por Rubén González Jiménez, **82**

Dos años, por Aníbal Rivera Velázquez, **86**

Bocetos del sofá, por Iván Collazo Rodríguez, **90**

ENSAYOS

Laudo, 92

Estudiante Escuela Superior

Sobras, por Víctor Martínez, **96**

La era de las cavernas, por Danniely A. Staback, **99**

Sobre la realidad, por Pedro Rafael Cerame Guillén, **104**

Estudiante Otras Universidades

Una mirada desde la postmodernidad a Bondades de cronos de Maribel Ortiz, por Sonia E. Galindo García, **107**

Literatura puertorriqueña, una víctima de sabotaje académico, por Neftalí Omar Núñez Santiago, **113**

Miembros de la Comunidad

La producción literaria de los movimientos de vanguardia en Puerto Rico, por Nilza E. Mojica Cruz, **118**

Del verso al hecho: Residente Calle 13 y la poesía actual, por Ángel Matos, **127**

[Portada]

La soledad del arlequín amarillo, es el nombre de la pintura de Jan Martínez, poeta, escritor y recientemente descubierto pintor puertorriqueño. La interacción entre poesía y pintura se presenta en la forma humanoide ubicada en el centro del cuadro, el arlequín amarillo. Su actitud de pesadez, de desconexión con la urbe colorida nos lleva al espacio reflexivo del poeta, del filósofo, del ciudadano común.

Iris Miranda



[Comité 15to Certamen Literario]

Iris Miranda, *Editora*
Coordinadora

Dra. Virginia Dessús Colón

Prof. Nidnal Ramírez

Prof. José Luis Mojica

Comité Timón

Dra. Virginia Dessús Colón

Prof. Nidnal Ramírez

Prof. José Luis Mojica

Jan Martínez

Alfredo E. Hernández Pabón

Aileen Rodríguez Rivera

José E. Santos

Jurado del Certamen

Iris Miranda (convocatorias)

Jan Martínez (cartel del laudo)

Promoción

[Agradecimientos]

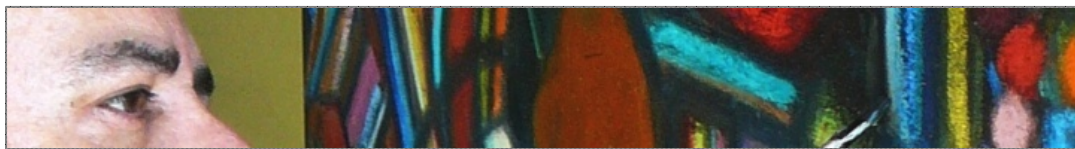
La Universidad Politécnica y el Comité del Decimoquinto Certamen desean agradecer a la poeta, ensayista y colaboradora de muchos de nuestros certámenes, la profesora Milagros Martínez-Roche. La excelencia y el trabajo vital realizado en todas sus coordinaciones es reflejo de su alma y del éxito que cosecha en sus obras. Los estudiantes y compañeros deseamos darte las gracias por ser parte de este equipo.



“La pintura es poesía muda.”

Leonardo Da Vinci

La Universidad Politécnica se complace en tener como parte de la Facultad de Artes y Ciencias al poeta y pintor puertorriqueño, Jan Martínez (n. 1955). El Comité del Decimoquinto Certamen desea reconocerle todas sus aportaciones que en calidad de maestro, poeta y pintor nos ha brindado.



Deseamos también agradecer la aportación de libros para los premios que regala Terranova Editores en esta decimoquinta edición del Certamen Literario de Cuento, Poesía y Ensayo de la Universidad Politécnica de Puerto Rico.

[Mensaje de la Directora]

Saludos distinguidos participantes del Decimoquinto Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico. Es un gran honor recibir, año tras año, un mayor cúmulo de participantes en el ejercicio de la expresión literaria.

Como institución educativa, nos sentimos comprometidos con nuestros estudiantes y con los escritores de la comunidad. Queremos reconocer y enfatizar que es la cuarta ocasión que en nuestro Certamen participan estudiantes de Escuela Superior. Estos han tenido la oportunidad de medirse con jóvenes escritores más experimentados en estos menesteres literarios, a través de esta iniciativa de aliento, motivación y esperanza para las futuras generaciones interesadas en la creatividad literaria. A la par que hemos sido un foro para muchos escritores de la comunidad puertorriqueña por varios lustros.

De este modo, la Universidad Politécnica de Puerto Rico ha contribuido a dar paso a una nueva y edificante semilla en este campo tan competitivo.

Es gratificante recibir, en estos tiempos, el sentir de un pueblo que se desdobra en inquietudes personales, sociales y espirituales que elevan la dignidad del hombre contemporáneo.

Virginia Dessús

Dra. Virginia Dessús
Departamento de Estudios Socio humanísticos

[Mensaje de la Coordinadora]

Es con gran alegría que me dirijo a ustedes, por segunda vez, como coordinadora de este Certamen que hizo su debut en el 1990. Durante esa época, mientras laboraba en el Programa de Tutorías, a cargo del Prof. Massinni, se nos ocurrió la idea de realizar un concurso literario en una universidad mayormente de estudiantes de ingeniería. Contamos con el apoyo del entonces decano de estudiantes, el Prof. Rafael León Marcial, y del artista gráfico, Víctor Báez, entre muchos otros colaboradores inolvidables que vieron futuro en la idea inicial.

Dieciocho años han pasado desde entonces. Hoy celebramos la decimoquinta edición del Certamen Literario de Cuento, Poesía y Ensayo. Aunque en los comienzos era solamente para los estudiantes de esta Universidad, poco a poco se fueron ampliando las categorías de participación, tanto como los programas de estudio, y podemos decir con orgullo que hemos sido la primera universidad en Puerto Rico en abrir un espacio de participación para los estudiantes de las escuelas superiores del país, nuestros futuros escritores. El subtítulo de esta antología “Temas libres” define la espontaneidad del quehacer literario de quien, desde su espacio, decide las experiencias o fantasías que se perpetuarán en sus obras. Esta libertad de selección temática exigida a los participantes, excepto en el ensayo monográfico, ha sido importante en la edición de este Certamen Literario porque hemos querido que, en especial, los estudiantes de escuela superior diesen rienda suelta a sus talentos sin más presión que su propio deseo de crear.

La dedicatoria: “Al estudiante que habita en todo escritor” está pensada especialmente para ellos y para todos los que nunca dejan de aprender; une a todas las categorías en la magia que nos hace superarnos a través del ejercicio de nuestro intelecto cuando creamos literatura y la revisamos y la rescribimos hasta que lo escrito nos satisface o no. Una obra literaria nace de la necesidad o impulso de expresar emociones e ideas sobre los muchos mundos que rodean al escritor, mundos que piensa, sueña, aprende, debate, y finalmente comparte, a veces, en espacios como éste.

Bienvenidos a este espacio de celebración del Decimoquinto Certamen Literario de Cuento, Poesía y Ensayo de la Universidad Politécnica de Puerto Rico.

Iris Miranda,
Coordinadora

Laudo de poesía,
 por Alfredo Hernández
 (Introducción por Iris Miranda)

La poesía es la más antigua de las artes literarias, tal vez, más antigua que el fuego mismo. Desde que el ser humano descubrió la magia del verso, nació el encantamiento y la canción, ritmo y sentido que la caracteriza en sus aspectos originales. Se trata de un arte, pues, ejercido para traducir sentimientos, pensamientos y hasta para contar gestas heroicas y urbanas.

El oficio del poeta es de gran responsabilidad, no sólo con el dominio de la lengua en que escribe, sino con la conciencia literaria de su momento a la que deberá aportar con su voz. Un poeta, por lo tanto, deberá de conocer lo existente para unírsele o simplemente alejarse para dictar nuevas formas.

Los poemas de todos los participantes respondían a diversas tendencias y temas en su mayoría líricos, románticos, clásicos, vanguardistas y urbanos, por lo que la tarea no fue fácil. Los criterios empleados para la selección variaron según las categorías, pero siempre teniendo en alto la mejor expresión y calidad.

Exhortamos a todos los participantes a compartir sus creaciones, a leer mucha poesía, y a perfeccionar su arte cada día. ¡Enhorabuena!

I. Categoría Estudiante de Escuela Superior:

La calidad textual que encontramos en los poemas que compitieron para esta categoría fue sorprendente.

Se le concedió el primer premio al poema **A oscuras** de Adela Labrador. Este texto posee ricas imágenes y una sobria cadencia. La poeta elabora un poema en donde lúdicamente convergen en armonía lo erótico y lo metalingüístico.

Se le otorgó el segundo premio al poema **Perfume** de Danniely A. Staback Rodríguez, de un erotismo delicado. Este texto sobresale por la utilización de imágenes olfativas.

El tercer premio fue para el poema **La despedida** de Juan Carlos Rivera. En este texto Rivera hace uso de la repetición al principio de las primeras cuatro

estrofas, lo cual contribuye a mejorar el ritmo del poema. Además, de su acierto en el uso de la sinestesia y el oxímoron.

Finalmente, se otorgaron cuatro menciones de honor a los siguientes poemas: **Una palabra** de Pedro Rafael Cerame Guillén, **Lengua materna** de Alina Labrador, **Demencia** de Danniely A. Staback Rodríguez y al poema urbano, **Si ella supiera** de Javier Santiago. Cada uno de estos poemas se destaca por la calidad textual.

II. *Categoría otras universidades:*

Encontramos en los poemas que compitieron para esta categoría excelentes textos. Se le concedió el primer premio al poema **La bala** de Michelle Rodríguez Olivero. Esta composición se nutre de imágenes surrealistas para crear un poema sólido que se divide en tres partes. La poeta con su descarnada sensibilidad *urbana* ha edificado un gran poema que disemina la violencia de estos tiempos, una nueva poética audaz de tiro original.

Se le otorgó el segundo premio al poema **Abandonado** de Neftalí Omar Núñez Olivero. Resalta en este texto el tono antipoético de corte existencialista que evidencia la búsqueda de dirección del ser humano que sufre. El tercer premio fue para el poema **Logos** de Sonia E. Galindo García. El poema destaca por el tenaz uso de vocabulario religioso.

Finalmente, se confirieron cuatro menciones de honor a los siguientes poemas: **Engavetada** de Michelle Rodríguez Olivero, **El ballet de las musas** de Héctor Pérez Babilonia, **Procesión** de Sonia E. Galindo García y **Araña doméstica** de Neftalí Omar Núñez Olivero. Cada una de estas composiciones sobresale por su indiscutible calidad.

III. *Categoría estudiante UPPR:*

Se concedieron dos primeros premios a los poemas **Tu cuerpo** de Yamayra Rodríguez Otero y **Madrugada** de Gabriel Reyes Acosta. Recomendamos a ambos continuar desarrollando su arte. El segundo y tercer premio fueron declarados desiertos.

IV. *Categoría Administración UPPR:*

Se le otorgó un primer premio al poema de corte filosófico **La búsqueda** de Miguel A. Riestra y una mención honorífica a **No** del mismo autor. El segundo y tercer premio fueron declarados desiertos.

V. *Categoría miembros de la comunidad:*

Se confirió el segundo premio al poema **Los minutos corren pesados como sueños** de Ángel L. Matos. Esta composición destaca por las sorprendentes imágenes y por

la intertextualidad de que hace uso el poeta. Se hace referencia a la mitología griega de una manera novedosa. Su estilo nos hace recordar la poesía de los cubanos José Antonio Arcocha y Luis Rogelio Noguerras.

Finalmente, se otorgaron cuatro menciones de honor a los siguientes poemas: **Una voz en medio de la noche** de Ángel L. Matos, **El día antes de ayer** de Yamara Justiniano Zayas y **Lamento sonámbulo de mil y una noches** de Willmarie Lebrón García. El primer y tercer premio fueron declarados desiertos.

[Estudiante escuela superior]

A oscuras,
por Alina Labrador, "Adela Rivón"

Te escribo en la oscuridad
confiada a dedos, puño y letra;
solo el hilo de sintaxis firme

en la cabeza.

Redacto cartas a ojo ciego
buscándole fuerza en algún verso
que apacigüe oscuridad con letras
delgadas, adjetivos tersos.

Imagíneme la visión vendada:

la piel compensa, suave, erizada,

sensible a cada onda sonora,

resuena, roza, palpa, choca

como si fuera un tímpano el cuerpo:

mundo abreviado a diez dedos atentos

boca saboreando el peso del aire

pendiente a pistas de qué vistas pasen

guardando el secreto

que en lo oscuro, lento

te escribo cartas de amor en verso.

Perfume,

por Danniely A. Staback, "Alex"

Hueles a instintos y rabias guardadas,
a lágrima vieja y sudor de verano,
amargo cacao.

Hueles a arena,
a sima, a roca, a cascada,
a yerba seca,
yerba buena.

Hueles...
Te inhalo,
fragancia sutil de santo pecado,
fantasía antigua,
ambrosía...
impregnada en peligro y morfina:
un poco de culpa,
otro tanto de cielo.

Hueles despacio,
tu aire hurgando en mi cuerpo,
hasta arroparme toda en tu viento imponente.

Hueles a veces al rojo poniente,
a noche escarchada,
al último aliento del día,
ávido por salir corriendo,
transpirando el deseo de llevarme contigo.

La despedida,
por Juan Carlos Rivera, "J.R. Zorrilla"

He sentido entre mis brazos
el silencio largo amargo de la ausencia
el aullido mudo del recuerdo
y el susurro funesto de la pena.

He sentido la demencia tocar mi puerta
y al desespero escabullirse entre mi cuerpo
a la soledad que en su presencia
ríe con locura deseando verme muerto

He sentido en las paredes de mi cabeza
una angustia rebosante de alegría
riendo con mi llanto
llorando con mis sonrisas

He sentido la vida resbalarse entre mis dedos
he sentido una furia que envenena mis recuerdos
a una locura que se hace más loca cada día
y a una tristeza como mi fiel compañía

Estos mis últimos versos
ésta mi última invocación al triste recuerdo
éstas mis últimas palabras...
muerte toca a mi puerta y saca mi alma.

Una palabra,

por Pedro Rafael Cerame Guillén, "Nicolás Machado"

Ayer escribí una palabra,
para que te mirara en la distancia:
La musa de tu inexistencia.

Aquella palabra, ¡qué palabra!
Te miraba temblando
entre una cerveza helada
y un sentimiento amargo
que no te quitan los besos
que no te doy, ni los que te he dado.

Aquella solitaria, ¡qué palabra!
Cabalgaba entre tus pechos
bajaba por tus pezones
rozando el umbral del éxtasis.
Aquélla ajena palabra...
Y se adentraba en tu Cono Sur
rebuscando, explorando, sintiendo:
caminando entre la maleza creada
para entrar como Conquistador en América
con arcabuz en mano lanzaba tiros al aire
fragmentándose en mil sensaciones, ¡qué palabra!

Y desde la distancia te miraba, la palabra,
y yo no podía contener los celos contraídos
de lo que hizo aquella solitaria y lo que éste dejó inconcluso
Al ver tus dedos contrayéndose como ciruelas
te enfrascabas, al son de la palabra, y yo ajeno a tus movimientos.
Retumbabas como los habitantes de nuestra América
sufriendo la metamorfosis del choque de dos entes:
La palabra me dejaba ajeno:
A tus dedos contraídos,
a tu respiración fuerte,
a tu corazón palpitante:

Hasta que de mí surgió un sentimiento

fugaz, irreversible e incontrolable:
 Y ya era incontenible, dentro del todo
 ya no era ajeno, ya no era Otro:
 Éramos dos perdidos juntos
 entre sábanas mojadas y un tenue sentimiento de amor.
 Te llené de vida temblando de pasión
 y de mi frente caían gotas de sudor
 que agarrabas entre tu rostro:
 Tu rostro de taína engendrada.

Tus dedos se fueron separando,
 tu respiración se fue normalizando
 y ya nada parecía aquel espectáculo
 y la solitaria, ¡qué palabra!, se alejaba.
 De pronto ya era un recuerdo, aquella palabra:
 Orgasmo, ¿fue esa la palabra que escribí?
 Ya nadie sabe. Ya es tarde. Ya sale el sol.
 Y te vas.

Lengua materna,
 por Alina Labrador, Adela Rivón”

Éste es lenguaje de sangre
 donde la vocal nos reina;
 consonantes apoyando umbrales—
 Los puentes entre ideas.
 Aquí se habla de miseria
 el sexo y secreto y el ángel;
 cómodo emana de lenguas,
 fluye fácil de las arterias.
 Ésta es lengua de certeza
 de sustancia y carne, tierna;
 donde el alma se suspende
 y Dios anda aquí presente.

Aquí la magia se acepta,
 los versos corren calientes;
 el norte es brisas, no Inglaterra
 y hay playa, no Asia, a oriente.

Mi lenguaje canta el poniente
 y despunta con el alba
 (porque si hablase en inglés de la Vida,
 las sílabas faltan.)

Ésta es lengua, meras palabras
 pero me forma, me llama, me adueña
 crece la hebra del cabello
 torna muslos y muñecas,
 y me cansa, y me veda,
 me persigue en otras tierras:
 día a día no se nota,
 pero allá me vuelve ajena.

Es mi lengua, y no provoca
 crearme menos que cualquiera;
 más bien, les veo carencia,
 y cómo entienden a penas
 (por matices que les faltan)
 y siento ser más entera.

Demencia,
 por Danniely A. Staback, "Alex"

Locura
 precoz y ligera,
 lúdica y seria.
 Locura aterrada,
 voz enclaustrada
 en demencias mayores.

Locura desnuda en caderas quebradas...
 Locura que sangra y engulle ciudades...
 Locura de niños, de sueños, de locos...
 ¡Locura demente, cegada, culpable,
 de muerte, de caos, de anhelos vacíos!

Cárcel de todos...

Locura vulgar

que nos mueve la vida.
 Histeria parcial
 que nos llena el deseo.

¡Denuncien mi humilde, torcida locura!
 ¡Repartan mi suerte
 (si es que son dignos)
 y enjuicien mi juicio
 decrepito y cojo!

Ambiguos bufones,
 cordura exaltada,
 ¡¿No ven la demencia brillando en sus ojos?!

¡Reaccionen!

Disciernan...
 ilusos jinetes sin riesgo:
 La vida es el reino de sabia locura.

Si ella supiera,
 por Javier Santiago, "Sacarías Piedras del Río"

Nuestros corazones se juntaron gracias a la danza,
 yo no te llevo a comer a Wendys, yo te llevo a Bonanza.
 Tú eres mi adicción desde la infancia,
 mis versos te los dedico con mucha elegancia.
 Por ti sobrepaso cualquier obstáculo,
 aunque sea más difícil que Pre-Cálculo.
 No me enamoras con el hermoso contorno de tu cuerpo,
 me enamoras con tu puro interno.
 Por ti mi vida es un desorden,
 cuando tengas hambre yo te compro un Molten.

En el mundo hay personas cabales,
 pero las que te quieran hacer daño las domino con mis artes marciales.
 Tu pelo rizo merece un homenaje,
 por ti yo pago 24 peajes,
 dejo que me saquen 15 cordales,
 y aunque dicen que los seres humanos son iguales,
 tú eres *Pay-Per View* y ellos canales locales.

[Estudiante otras universidades]

La bala,

por Michelle Rodríguez Olivero, "*Maynard James Keenan*"

I. La bala

La bala es un feto de ave dormido
en el útero frívolo de la pistola.
El gatillo le clava la luz a su respiración metálica
y en fracciones micro-teóricas nace el disparo.
Crecen unas plumas de pólvora
mientras va traspasando las edades circulares del cañón.
Huye por la puerta del viento.
Después, la bala es dominada
por el instinto primitivo de su velocidad.
En fracciones micro-poéticas la bala excava su tumba carnal.

II. La sangre

Alguien ha invadido la ruta de los genes.
Unos gritos de luz arrastran el sonido
alertando a la sangre
que va en búsqueda de reprimir el holocausto.
Descubre un cementerio intravenal
que construyó la bala.
La sangre está herida por la perversión
de sentir a un intruso profanarla.
Se desliza sutil y desvestida sobre las estrías de la bala.
La bala desata sus fantasías en la sangre ajena
y sobre la tumba de plomo la sangre se hace fuego.

III. La bala y la sangre

Desde su corriente galáctica
la sangre se transforma en medusas eléctricas

que van soltando besos violetas.
La bala: viril, plateada,
trae su filosofía de dios inmortal
ante un museo de casquillos
que desean ser semillas
para engendrar flores gigantescas de coágulos y pólvora.
Los capilares de la noche estallan en pirotecnia
para celebrar a dos amantes
que se apuntan en la frente:
justo en el tercer ojo.

Abandonado,
por Neftalí Omar Núñez Santiago, “Franz Camposanto”

Me dejaste solo,
Dios,
a mi suerte,
sin brújula ni astrolabio,
sin mapa,
sin GPS,
sin nada,
y te sentaste con tus *popcorns*
a deleitarte
en la película de mi desgracia.

Logos,

por Sonia E. Galindo García, "Perséfone"

Sopla el viento
sobre el pentateuco de vocales.
Dislocadas ellas
estremecen el tuétano de su espíritu
mientras se desempolvan
en el génesis del recuerdo.
Junto a las de consonántica armonía
se organizan y transforman.
Veinticuatro evangelios reacomodan las filas
llaman, aceptan, diezman,
desechan, castigan
perdonan,
adoran.
Evangelizadas por el músculo torcido,
feroz,
depositan en las venas
puro abecedario.
En el arrobamiento de los significados
se han de santificar
y se nombrarán sagradas
en la procesión inquisidora.
La entelequia mesiánica,
misterioso proceso intestinal,
ocasionalmente llevará como niños
a estas mercenarias sediciosas
arrancadas del nido.
La tierna piel descuartizará pedregales
piel enviciada,
piel que sólo a veces
el alcohol ha de horadar,
piel ensalivada,
ultrajada.
Entre filología y léxico
yace la semántica
puro designio de un dios.

El Ballet de Las Musas,
por Héctor Pérez Babilonia, "Daigotsu Rezan"

Pasó a paso,
locura y cordura,
llévame a aquel mundo fantástico,
donde las nueve lunas iluminan mi pasión por escribir.
Escribir, con letras que brillen e inciten a brillar,
en la lúgubre oscuridad, brillar
en ese mundo de nunca jamás.

Pasó a paso,
esta comedia da comienzo.
Se escribe un mensaje,
incomprensible,
comprensible.
Todo ciego podrá leerle,
todo sordo podrá escucharle.
Un mensaje hermoso e infalible
del cual todos los mudos podrán hablar.

Pasó a paso,
comienza el baile,
en la niebla me sumerjo como un loco errante.
Nada ni nadie puede detenerme ahora,
porque sé la verdad que todos conocen,
la verdad que todos se niegan a escribir.
La verdad que gracias a la niebla,
se dejó leer.

Pasó a paso,
bailan las musas sobre mi cabeza,
ninguna de ellas conoce el orden,
ni la coherencia.
Sólo los locos son sabios,
pues libertad hallamos en sus escritos,
el pergamino de la imaginación

que trajo caos a un mundo ficticio.

beso a beso.
Real, demasiado real,
Pasó a paso,
pero a la vez
Incierto.

Procesión,

por Sonia E. Galindo García, "Perséfone"

Palabras
Palabras que se ansían unas a otras
Se urgen
Se necesitan
Se desean
Van en busca de otras
hasta hacerse hilos.

Hilos
Hilos que se ansían
Se urgen
Se necesitan y desean
Y corren hacia los otros
hasta hacerse hebras.

Hebras
Hebras que se ansían
Se urgen, necesitan
Y desean
Se entrelazan con las otras
hasta coserse soga.

Soga
Soga simple
Soga fuerte
Soga 'al dente'
que carcome idearios

que se desploma en paradigmas
y tropieza insensata entre los dientes.

Me arropa el cuello
Me desplaza por la calle
y me lleva por
lo que no conocemos y apenas sospechamos.
Me pasea por los vericuetos
de la felicidad y la arrogancia.
Me humilla entre las heces
de este ser que no conoce
y se desconoce.
Se amarra amarga a mi vida
cerca de la yugular
se hace nudo,
Torcedura muerte.
Sube a los peldaños
más altos
me descalabra.

Y ahora ¿por dónde partirá la soga?
Me resta el silencio.

Araña doméstica,
por Neftalí Omar Núñez Santiago, “Franz Camposanto”

Araña doméstica,
ojalá fueras una tarántula ponzoñosa
y me sacaras de mi suplicio
con un fuerte y fatal veneno.
Sería una delicia.
Pero no, sólo eres una araña doméstica,
inofensiva e insulsa
como todo lo doméstico.
Por eso, prosaica araña, recibe el saludo
de mi depresiva y, a la vez, furiosa mano.

Tu cuerpo,
por Yamayra Rodríguez Otero, "Layama"

Quiero hacer mío el misterio eterno de tus silencios
arrinconarme en el milagro de tus párpados
y hacer mía la divina luz de tu mirada.

Hurgar la calidez tibia de tu frente
abandonar mis manos en el abismo que despliegas
y de un golpe fundir tu corazón y el mío.

Mis lágrimas entrelazar en tu pecho perfecto
devolverte en el roce el inquieto aliento que en tu piel insiste
y dejar mi pasión marcada en la memoria de tus recuerdos.

Grabar mi huella en la piel de tu alma
verter mi esencia en la oscuridad de tu boca
y en el vacío de tus labios esconder mis secretos.

Ser yo, sustancia, horizonte y calma
asomar mi espíritu a la orilla de tus límites
y hacer de mi nuevo hogar, tu cuerpo.

Madrugada,

por Gabriel Reyes Acosta, "Reycosta"

Solitario despertar, desolada mañana.
 La madrugada va dejando tibio rocío en mi cara.
 He aquí los cantos tristes de una noche encina.
 En sus oscuras melodías se ocultan mis ganas de amar.
 El sol va rompiendo la negra capa
 y como madre va pariendo los hijos del día.
 Fría madrugada en ti aún conservo su recuerdo
 en el rocío que baña los jazmines y humedece mi triste corazón.
 Ya tus besos son de otrora,
 aquella egida de besos que cubría mi cuerpo
 en las noches infinitas.
 Tu corazón de gorupo ahorcó mi vida
 en una negra noche y desató sus sogas
 para dejarme libre de tu amor.

Solitario despertar, desolada mañana.
 La madrugada va dejando tibio rocío en mi cara.
 La brisa del día robó tu aroma
 y la ocultó en un clavel que corté para mi solapa.
 Ya no desgarran tus manos a mi espalda
 ya tus besos no queman mis labios.
 Ésta es la larga noche donde te recuerdo.
 Larga como el tiempo, efímera como tu presencia.
 Solitario despertar, desolada mañana.
 La madrugada va dejando tibio rocío en mi cara.
 El cantar del viento arrebató mi locura
 y en la triste noche va dejando regadas mis siniestras ideas
 esta noche fría, solitaria, larga.
 No importa si llega la madrugada y veo nacer el hijo del día
 tú no estás conmigo en esta noche fría.

Solitario despertar, desolada mañana.
 La madrugada va dejando tibio rocío en mi cara.
 Ya son mil lunas las que no estás conmigo.
 La madrugada entristece aquel nacer del día.
 El frío rocío baña mis lágrimas
 y tus manos ya no desgarran mi espalda.
 Estos cantos van dejando árboles marcados

con tu nombre.

Fuiste en mi vida la noche perfecta
la madrugada soñada.

En tus ojos vi nacer el hijo del día.
Cómo poder saber si aún me amas
si éste es el último canto a tu vida.

Solitario despertar, desolada mañana.
La madrugada va dejando tibio rocío en mi cara.

[Administración UPPR]

La búsqueda,
por Miguel A Riestra, "Gagüi"

Convertí mi interior
en el centro de mi búsqueda vital
sólo encontré silencio
silencio suave y tierno
silencio que no responde a nada
simple silencio.

Moví mi búsqueda a los otros
encontré ruido ensordecedor
mares tenebrosos, cielos nublados
egos vacíos, ausentes de ternura
ambiciones feroces y
muy poca bondad.

Aterrorizado volví
a refugiarme en mi humana nada
tranquila, silenciosa
y sin respuestas.

No,
por Miguel A Riestra, "Gagüi"

La primera palabra
que recuerdo haber oído
fue un "no" rotundo y hueco
continué oyéndola durante toda mi vida
cada día con un tono más profundamente enérgico
No de mis padres
No de mis maestros
No del cura
No del señor gendarme
No del rico, no del poderoso
y no del siniestro gobierno
Sólo oí sí de los humildes
sí de los pobres y de los desvalidos
sí de los poetas y los locos
quienes lo ofrecen todo
sin exigir nada
Quiero vivir en un mundo aparte
donde el sí, se puede y yo te ayudo
sean las palabras que uno oiga
y se silencie ese "no" rotundo y brusco.

[Miembros de la comunidad]

Los minutos corren pesados como sueños,
por Ángel L. Matos, "Hijo de Eros"

Los minutos corren pesados como sueños,
mis manos buscan rasgar las ropas de las sombras,
mariposas vuelan por mi balcón vacío y callado
llevándose entre sus patas pedazos de mis miradas,
una gota de sudor cabalga mi espalda metálica
oxidando a su paso el sonido entrecortado del pensamiento,
siluetas de delfines saltan sobre el cielo azul y desnudo,
hay ángeles tomando sol y dándose *shots* de lluvia,
la tierra es una cama en donde Era en *baby doll* espera un Zeus,
mientras las palabras se me enredan entre los dedos,
letras pilotean mis dedos por el espacio blanco de esta página
mientras me pregunto, montado en la ola de una brisa,
si tus poros piensan el olfato de este cuerpo de hombre,
si por tus neuronas hay truenos en donde resuena mi nombre,
si entre tus piernas hay líquidos policolores que me llaman;
ay Neruda, cómo te metes entre estos circuitos que no conociste
cuando antes musicalizan tus palabras tan claroscuras
y un psicópata Dalí tira trazos en vértigo sobre la música y las horas;
ay Neruda cómo quisiera trazar un verso único que pase las distancias
y que ella no calle ni mucho menos que esté ausente.

Una voz en medio de la noche,
por Ángel L. Matos, "Hijo de Eros"

Una voz en medio de la noche
es un eco deseado
y al filo del día azul
una gota silente cargada de cuerpos.

Una voz en medio de la noche
es a veces un grito
y al salto de las horas
un mar salado sobre una cama.

Una voz en medio de la noche
es un latido silencioso
y al correr de las ganas
una carne ardiente de palabras.

Una voz en medio de la noche
es a veces sólo una voz
y al amanecer de la mirada
tal vez un sueño colgado entre las piernas.

El día antes de ayer,
por Yamara Justiniano Zayas, "Maibotí"

Entre las sombras de la vida,
se esconde siempre un mar infinito,
una luz, un camino,
un recuerdo que alborota,
y un buen vino tinto.

Un lugar donde escribir las cartas de novia,
un espacio para descubrir la intensidad,
un momento para develar la mentira que agobia,
un tiempo para hacerse fuerte ante la verdad.

Una inocencia, un renacer,
la flor de los amores
una caída al atardecer.

Unos años que hablan de bronce y cristal,
una piel joven, una piel cansada,
una esencia de oro y una de metal.

Una vida que viene,
otra vida que se va,
un día que se allega e incorpora,
y otro día que transita pero que no volverá.

Lamento sonámbulo de mil y una noches,
por Willmarie Lebrón García, "Prismalira"

I

Sonámbula ante la pantalla
-Sherezada que me distrae del aburrimiento-
¡Soledad... cuánto la siento!
En estas horas oscuras
de muertos-vivientes
sin saber que hacer
con las angustias, las horas,
los desvelos.
Las imágenes y voces,
compañía de plasma inerte,
cuando en la oscuridad
me hiera el frío
de tu cuerpo, de tu mente,
de la distancia
de tu cariño ausente.
Voy luego,
a la azul hada
del frasco plástico.
Mis dedos, inquietos...
Quiero probar
un poco de su paz,
sólo un poco.
Pequeño suicidio de esta realidad:
que ni siquiera
Morfeo me espera.
A dormir, a soñar,
lo que sea... cómo fuera,
cómo pueda...

II

Soñaré
que no hay televisión,
ni celular,
ni Internet ciberepuesta,
ni deudas,

ni trabajos,
ni silencios,
ni tristezas.
Solos tú y yo,
compañía, romance, deseo,
y que, quien envidia
nuestra vida, imágenes, y libertades
es la Mágica Sherezada de Plasma
desde afuera,
desde lejos.

Laudo de cuento,
por Aileen Rodríguez Rivera

“El cuento es, para el fin que le es intrínseco, una flecha que, cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir a dar directamente en el blanco”
-Horacio Quiroga

El cuento es el género narrativo más difícil de definir. Poe, a quien se le considera el primer teorizador sobre el género, establece tres características con las cuales la mayoría de los grandes cuentistas concuerdan que todo buen cuento debe poseer: brevedad, intensidad (o el incidente único) y la unidad del efecto. Dichas características están interrelacionadas. La intensidad está condicionada a la brevedad y la unidad. A su vez, la brevedad y la unidad de efecto deben ser resultado del incidente único que se cuenta. En otras palabras, bien podría exponerse cada una de las características como causa y efecto las unas de las otras. Es imposible separarlas. Carmen Lugo Filippi, en su libro *Los cuentistas y el cuento* (1997) nos presenta la siguiente cita de Lancelotti: “Es imposible examinar separadamente cada uno de estos requisitos porque es obvio que no puede lograrse la intensidad sin la previa condición de la brevedad y de la unidad”.

Es arduo el trabajo del cuentista, como el del poeta lírico. Ya lo han dicho los maestros, en el buen cuento como en la poesía nada debe sobrar. Lugo Filippi nos ofrece otra cita, esta vez de Poe, dirigida al cuentista y que nos gustaría ofrecer a todos los participantes en dicho género: “Opino que en el dominio de la **mera prosa**, el cuento propiamente dicho ofrece el mejor campo para el ejercicio del más alto talento”. A ello deseamos añadir la siguiente cita de Guillermo Samperio: “El escritor de cuentos tiene la posibilidad de crear, aun desde la brevedad del género, un mundo ilimitado de realidades también infinitas, con menor o mayor grado de realismo, mayores o menores tintes fantásticos, habitando en lo físico o, como Borges, en lo metafísico, pero conservando siempre la verosimilitud necesaria para que la sintaxis interna de lo imaginario sea congruente con lo que el cuento pide desde sus adentros”. Queda de esta manera sintetizada, si es que ello es posible, lo que se exige tanto del cuento como de su creador.

En las letras puertorriqueñas puede observarse, en los últimos años, un nuevo auge en la creación del cuento. Es por ello que ha sido un honor participar como jurado del Decimoquinto Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico. Este año se les ofreció a los participantes libertad temática, lo cual condujo a una mayor diversidad de estilos narrativos. Los cuentos presentados van de lo fantástico a lo costumbrista, de lo detectivesco a lo onírico; reflejando diversas inquietudes sobre la condición humana, al tiempo que se retrata la sociedad que nos aqueja.

Se tomaron como criterios de evaluación: originalidad, estructura, recursos narrativos, conocimiento sobre el tema expuesto y sintaxis.

En la categoría **Estudiantes Escuela Superior** nos ha emocionado sobre manera la capacidad creativa de estos jóvenes que forman parte del futuro de nuestras letras. Se le otorga el Primer Premio a “*Escenas de una memoria*” por Omar Vélez Meléndez. Un relato de suspenso en el cual se construye una relación onírica entre el presente y el pasado. Su éxito radica en el equilibrio entre el dinamismo de la acción, el ritmo adecuado y las provocadoras imágenes que mantienen la tensión hasta el giro final. El Segundo Premio le corresponde a “*Sangre*” por Danniely A. Staback Rodríguez. La fortaleza de este relato reside en las imágenes desgarradoras –por lo crudas, viscerales, y su vez, poéticas- que recrean a través de la acción el inaprensible instante del delirio humano. El Tercer Premio se otorga a “*Aislado*” por Joseph W. Rivera. El logro de esta narración se establece en el misterio que propone. Misterio que se fortalece con el equilibrio entre los silencios y el develar que mantiene de manera extraordinaria la tensión del hilo conductor.

Se le confiere Mención de Honor a los cuentos: “*En la terraza*” por Alina Labrador, “*El llanto de un árbol*” por Dickie O. Santiago, “*El espectáculo debe continuar*” por Liliana Ortega, y “*El amor entre dos jíbaros*” por Josephine M. Borrero. Cada uno de estos relatos captura diversos aspectos o problemas de nuestra sociedad. En el relato “*En la terraza*”, por ejemplo, se recoge la problemática de la criminalidad, aunque su fortaleza estriba en la capacidad de la autora en plasmar el habla del barrio. En “*El llanto de un árbol*”, por otra parte, queremos reconocer la estructura del cuento fantástico, que en este caso pretende exponer la relación entre el ser humano y la naturaleza que le rodea. Es éste un relato de gran fuerza poética. “*El espectáculo debe continuar*” recoge de manera dramática el pesimismo, la angustia, el fracaso y el suicidio. “*El amor entre dos jíbaros*” recupera nuestra literatura costumbrista; retrata las costumbres, tradiciones y valores del Puerto Rico de ayer.

En la categoría **Estudiantes Otras Universidades** participaron dos cuentos. Se declaran desiertos el primer, segundo y tercer premios. Se le otorga Mención de Honor a “*El Caso Kafka*” por Neftalí Omar Núñez Santiago. Queremos reconocer en este relato el buen uso del recurso detectivesco.

En la categoría **Administración UPPR** participaron dos cuentos. Se declaran desiertos el primer, segundo y tercer premios. Se le otorga Mención de Honor al cuento “*De los amores de mi vida*” por Daniel Hilerio Villanueva.

Otra de las categorías de mayor participación fue **Miembros de la Comunidad**. En esta categoría se le confiere el Primer Premio a “*La cajita de Madera*” por Mario A. Agrait Rodríguez. A través de este cuento el lector asiste a la psiquis de una

memoria rota. El relato posee un lenguaje claro y efectivo. El uso equilibrado de tropos literarios le ofrece a las imágenes presentes el ritmo necesario para mantener la tensión que le brinda el éxito a la construcción del texto. El Segundo Premio se le otorga a *“Madre es la que cría”* por Rubén González Jiménez. De lenguaje maduro e imágenes vívidas, este cuento recoge el abandono y los vicios de los que padece una familia que bien pueden ser reflejos de una sociedad enfermiza. Además de lo antes mencionado, el logro de este relato radica en la estructura organizada y la originalidad con la que se trata el tema. El Tercer Premio le es otorgado a *“Dos años”* por Aníbal Rivera Velázquez. Un relato basado en silencios que provocan la angustia y la tensión que le da acción a la historia. Se le otorga Mención de Honor al cuento *“Bocetos del sofá”* por Iván Collazo Rodríguez en el que queremos destacar su capacidad de síntesis.

Ser parte del jurado de este certamen, que les ofrece una gran oportunidad a nuestros jóvenes y que expone la capacidad creativa presente en nuestra literatura, ha sido una grata experiencia. Deseamos exhortar, tanto a los ganadores como a los demás participantes, continuar en el cultivo de este breve, pero poderoso género tan importante para el futuro de nuestras letras. Para ello les recomendamos mucha lectura. Ya lo propuso Horacio Quiroga en su *Decálogo del buen cuentista*: “Cree en un maestro –Poe, Maupassant, Kipling, Chejov –como en Dios mismo”.

[Estudiante escuela superior]

Escenas de una memoria,
por Omar Vélez Meléndez, "O.V."

Siempre es lo mismo. Todas las noches cierro los ojos y un huracán inmenso pasa por mi cabeza. Es una enfermedad, estoy seguro de eso. No puede ser que alguien más tenga lo que yo tengo. Me llamo Nicolás Contreras y necesito ayuda. Al cerrar los ojos en mi cama, lo último que veo es la oscuridad infinita del bosque afuera de mi ventana; lo peor pasa. Imágenes desconocidas, ruidos incontrolables y la cara de una mujer se aparecen en mi cabeza. Una mujer preciosa de piel blanca y con una belleza inolvidable e inigualable es la que se me aparece en algunas de estas imágenes. Su pelo negro y lacio, tan misterioso, se mueve al ritmo que dice mi nombre y justo cuando me va a coger de la mano, se desvanece y yo me levanto. El sol sale en medio del bosque de manera que me despierta justo cuando el primer rayo es visible a través de mi ventana. Hacía frío esta mañana en Argentina.

El día pasa muy lento. No basta que esté estudiando para graduarme y tener un bachillerato en justicia criminal. Me fascina todo lo que tenga que ver con las cortes, pero las clases son eternas. La imagen de la mujer en mis sueños aparece otra vez en mi mente más de veinte veces al día. ¿La conozco? ¿La he visto en alguna película? ¿Leí de ella en alguna noticia? Éstas y muchas otras preguntas pasan por mi cabeza. Tratando mucho de prestarle atención a la clase, me dormí. Algo que debía evitar por dos cosas: mis notas académicas y el dolor de cabeza que me daría al levantarme con el recuerdo de todas las fotos y ruidos soñados. El timbre de cambiar clases me despertó. Mi profesor se dio cuenta. "Nicolás", con un tono de preocupación, "ya es la tercera vez que te duermes en mi clase", dijo el señor Villafañe. Le respondí con un simple "perdón". "Te enviaré el material por la computadora, pero quiero que solicites ayuda", y al decir estas palabras sacó una tarjeta de su bolsillo que leía "DR. PETRUCCI, SICÓLOGO ESPECIALISTA EN SUEÑOS". El señor Villafañe me dice: "Cuando estabas durmiendo te moviste mucho, como si tuvieras un mal sueño. Este doctor me ayudó y estoy seguro que te curará a ti también". Sin titubear y sin negar mi enfermedad cogí la tarjeta y me excusé de la universidad.

El camino hacia mi casa fue de tortura. El dolor de cabeza seguía creciendo y no se aliviaba. Llegué a casa, tomé cuatro aspirinas y me acosté a dormir; ya que no sabía qué más hacer para parar esa sensación tan horrible. Cerré los ojos y allí estaba la mujer otra vez. Me miraba a los ojos como si me conociera y me dijo suavemente: "Sálvame... Llama al doctor". Me trató de coger de la mano nuevamente y como siempre me sucedía, desperté. Estaba muy oscuro. Habían

pasado unas seis horas. Salí de la cama, agarré la tarjeta que me dio el profesor Villafañe y llamé al Dr. Petrucci.

Al día siguiente cuando desperté era ya la una de la tarde. El dolor se había calmado, pero todavía seguía rondando en mi cabeza. Me vestí y me monté en el carro lo más rápido que pude y me fui en dirección a la oficina del doctor. Se encontraba en un pueblito como a una hora de mi casa. Un pueblo que el tiempo parecía haber olvidado. No tenía nombre y tenía pocos habitantes. No podía imaginar que un sicólogo especializado en sueños tendría su oficina allí, pero si me iba a curar no me importaba. Cuando llegué a mi destino no había más nadie esperando. La recepcionista me dijo que pasara a la oficina del doctor. Cuando abrí su puerta allí estaba, sentado en una silla de cuero mirándome sobre sus espejuelos. Era delgado, bajo y extraño de manera inexplicable. “Buenas tardes, eh... Sr. Contreras, ¿verdad?”, me preguntó. Le respondí moviendo la cabeza de arriba a abajo, asustado por su presencia y las ideas en mi cabeza de lo que me haría. “Bueno, a mí no me gusta esperar, dime lo que te pasa”, me dijo. Yo le contesté: “Ya van casi dos meses que me levanto con dolor de cabeza debido a unos sueños. Sueños terribles que no sé cómo explicar. En el medio de todo, me encuentro con una mujer que sabe mi nombre. Doctor, necesito ayuda. Por favor, le pagaré lo que sea para liberarme de toda esta tortura”. El me miró muy interesado en mi caso. Con una idea de lo que yo podría tener, me dijo que me acostara en el mueble mirando hacia el techo. Escuchaba solamente el reloj que tenía en su mesa, tic, toc, tic, toc. Me dijo muy sutilmente: “Respira normalmente. Quiero que con cada suspiro te sientas más y más relajado. Imagina que una luz brillante te rodea y envuelve. Voy a contar del 10 al 1 y con cada número vas a estar en un estado de paz más profundo. 10, 9, 8, 7, 6, si quieres volver, sólo abre los ojos, 5, 4, 3, 2, 1”.

Me encuentro en un espacio infinito. Todo es blanco. Al lado mío está una figura conocida que me hizo pensar que esto era un sueño otra vez. La mujer que he visto por los pasados meses estaba mirándome, pero esta vez no se sentía como un sueño, era real. “Me llamo Victoria, y yo soy tu vida pasada”. Todo esto me dio como un tren a máxima velocidad. Al principio me quedé sin palabras. No sabía qué decir, pero no tuve que hacer nada. Victoria se levantó y me hizo un gesto para seguirla. Entramos a una luz brillante y caímos en una casa preciosa de dos pisos; era muy tarde en la noche. Había mucha luz en el hogar, todo estaba encendido, a pesar de que era tan tarde. Las lámparas en las mesas, la cocina, el pasillo, todo me parecía familiar en la casa, a pesar que estaba seguro de que yo nunca había estado allí. Las personas vestían como si fuesen los años 1900. Subimos las escaleras y en el primer cuarto a la derecha me encontré con una escena horrorosa. Victoria estaba en el piso con una herida de bala en un ojo. Había sangre por todos lados, pero lo más que me perturbaba era la presencia de Victoria viva a mi lado y su cuerpo muerto en el piso junto a otros dos cadáveres de desconocidos. Le pregunté

a mi vida pasada con desespero: “¿Qué te paso? ¿Quiénes son esos?” Ella me respondió: “Hay mucho que contarte. Cosas que me están arrancando el alma, pero cosas que deben ser dichas”. En este momento despierto del trance y me encuentro en la oficina de Dr. Petrucci otra vez. Luego de contarle lo que había visto me dice: “Vete a tu casa. Descansa y vuelve mañana otra vez. Estas cosas no se resuelven en una sola visita”.

Fue la mejor noche que tuve desde hace dos meses y medio. No soñé con nada y me levanté sin dolor. Desperté con la curiosidad de saber lo que le está pasando a Victoria. ¿Por qué me estaba llamando la atención? ¿Por qué no ha podido descansar en paz? Pienso que todo esto se va a resolver en el tiempo debido. Sin pensarlo me puse la misma ropa de la noche anterior y me dirigí hacia la oficina del doctor.

Cuando llegué lo vi otra vez sentado en su silla mirándome, pero esta vez lo vi cansado. Como yo cuando me levantaba después de las pesadillas. No perdimos tiempo y me acosté rápidamente en el sofá. Me fui en el trance de paz y me encontré nuevamente en el espacio infinito, junto a Victoria. Me dijo: “Hace mucho yo me enamoré de un hombre llamado Julio Salazar. Era un hombre guapo, de pelo corto y rubio, con un porte elegante. Era con quién yo iba a pasar el resto de mi vida, pero cosas indebidas pasaron. Su hermano Eduardo me enamoró en un momento vulnerable para mí cuando mi padre había muerto y Julio estaba bebiendo más que nunca. No lo quería hacer pero pasó. Estuve con Eduardo. Julio no sabía de nuestra relación y yo presentía que algo malo iba a pasar, eventualmente”. Todo esto me lo dijo melancólica y con lágrimas en sus ojos. La luz que me rodeaba se apagó y Petrucci me había despertado. “¿Estás bien?”, me preguntó muy preocupado, “Una lágrima te cayó por la mejilla y me asusté”. Esto nunca me había pasado. “Descansa y regresas mañana que yo tengo que encontrar la causa de todo esto”. Yo sabía lo que había pasado. Victoria es mi vida pasada que se está hospedando en mi cuerpo durante esos trances. La melancolía de ella se había reflejado en mi cuerpo con la lágrima. “Te puedes quedar en un motel que hay al final de la calle que se llama Motel Los Árboles. Le dices al dueño que yo te envié. Te dará la estadía gratis. Es para que no tengas que volver a tu casa tan lejos.”

El dueño era un anciano de más o menos ochenta años. Se veía muy bien para su edad. Poder manejar un motel solo no era tarea fácil. Nos pusimos a conversar y le expliqué lo que estaba pasando en mis sesiones con el doctor y en todo momento me miró como si hubiese vivido lo que yo vi con Victoria en su casa. “Yo sé de un asesinato que ocurrió hace muchos años”, me dijo el señor cuyo nombre nunca me dijo. “Encontraron a la joven muerta en su cuarto con una bala en el cerebro. Puede ser que no me creas, pero yo tenía diez años cuando eso pasó. Vivía cinco casas después de la de ella. Fue horrible pensar que había un asesino

en mi comunidad. Pensaba que sería el próximo en irme. Nunca se supo quien la mató. Todos se olvidaron de su caso menos yo, pero nunca me molesté en investigar”, dijo el hombre. El señor me había despertado una curiosidad mucho más grande de la que ya tenía, pero era medianoche y no podía molestar al doctor tan tarde. Me fui al cuarto temporero y me quedé dormido muy rápido.

Al otro día me levanté y sin desayunar, salí. Tenía que saber lo que le pasó a Victoria. “Yo sé que voy a encontrar la respuesta”, me dije. Sin fe ni esperanza no hay paz en la mente de uno; así que cerré la puerta del cuarto y caminé, con un frío casi congelante, hasta llegar a la oficina de Dr. Petrucci. Me acosté tan rápido en aquel sofá que el doctor no se dio cuenta que estaba allí. Se asustó cuando me vio, pero sabía que yo quería respuestas, así que se sentó en su silla y me hipnotizó de nuevo. Se veía aún más cansado que el día anterior, pero no le di mucha importancia. Me hipnotizó. Me encontré en la casa de Victoria al día siguiente de su asesinato. Ahora ella no estaba a mi lado. Estaba solo. Entré a la casa y vi a uno de los policías sentado en una silla leyendo el periódico. Tenía sus ojos puestos en la noticia del asesinato. La noticia tenía la fecha 1928 lo cual me hizo retroceder por un momento tocándome la cabeza y sorprendido por lo que había leído. La noticia contaba de un testigo que escuchó gritos y un disparo. Leía que cuando éste llegó a la escena ya Victoria estaba muerta en el piso con el asesino sobre ella. Dio un paso dentro del cuarto y el asesino se disparó cayendo sobre el cuerpo de Victoria. El periódico también indicaba de la relación que tuvo ella con Julio Salazar. Entre las cosas que había en la escena del crimen se encontraba un cuchillo. Esto causó confusión ya que una joven en esa época no hubiese tenido un cuchillo con ella, a menos que fuera para defenderse. En el bolsillo del pantalón de uno de los muertos había una carta donde decía que Julio se quitaría la vida si no se quedaba con Victoria, pero en la carta nunca se mencionó hacerle daño a la joven. Después la luz que me rodeaba se fue pero no me despertaron. Muchas imágenes pasaban por mis ojos y entre ellas se veía cuando Victoria dejó a Julio por su adicción al alcohol y a Eduardo consolándola mientras ella lloraba sin parar. Victoria subió la cabeza y sus lágrimas eran sangre corriendo por sus mejillas. Desperté sin que el Dr. Petrucci me llamara. “Hasta aquí llega nuestra sesión de hoy”, me dijo.

Me fui a caminar hacia el motel y vi un cementerio a mi izquierda. Se me ocurrió buscar la tumba de Victoria a ver si era allí donde se encontraba y efectivamente, la encontré. La comunidad de Victoria era en este pueblito donde me estaba quedando. Al ver la piedra grabada con el nombre VICTORIA se me llenaron los ojos de lágrimas y me arrodillé frente a ella. Entendía por lo que ella había pasado y me daba mucha tristeza percatarme que murió tan joven, tan inocente. Tenía que resolver el misterio de su muerte para que ella descansara en paz. Volví a la oficina del doctor. “Hipnotízame otra vez, por favor”, le dije con los ojos llenos de lágrimas. Sin sorprenderse me dirigió a su oficina y caí en trance

rápidamente. Me encontraba en la casa de Victoria, en su cuarto. Escuchaba a Victoria y a Julio hablando sobre cómo iban a recuperar su relación. Se notaba la felicidad en la voz de Victoria. Julio le prometió a Victoria que iba a dejar de beber y que la iba a querer hasta que la muerte los separase. De la nada entra Eduardo al cuarto con una pistola en la mano. Julio saca un cuchillo de su bolsillo y cuando lo hace se le cae una botella de alcohol al piso. Victoria mira a Julio sorprendida por la botella. Eduardo ataca a Julio y pelean por un momento hasta que Eduardo le dispara a su hermano. Victoria grita. Le apunta la pistola a la preciosa joven y le dice: “Abre los ojos, Victoria”. Le dispara, escribe la nota, la pone en el bolsillo de Julio para hacer creer que fue éste quien la asesinó y se dispara él mismo cayendo sobre el cuerpo de Victoria.

Cuando volví a la realidad le avisé a Dr. Petrucci lo que descubrí. El doctor tenía una mirada siniestra que me asustó un poco, pero la felicidad por lo que había hecho, lograr que Victoria descansara en paz, era más grande.

Llegué a casa, puse la radio para escuchar música. Me serví una copa de vino para celebrar y me senté en el mueble para descansar y relajarme. Tomé dos veces de la copa cuando me pareció escuchar otro carro estacionándose frente a mi casa, pero lo ignoré. Seguí tomando cuando de la nada sentí un metal frío en mi sien y escuché la voz del Dr. Petrucci cuando dijo: “Abre tus ojos, Nicolás”. Disparó.

Sangre,

por Danniely A. Staback Rodríguez, “Alex”

Si me preguntan, diría que fue su sangre. Aún no logro hallar explicación alterna. Fue verlo allí tendido en el suelo, luchando por aire, con su chaqueta marrón y camisilla blanca, y con un pequeño escape destellante de rubí que fluía de su costado como riachuelo en crepúsculo. Me bastó con una sola mirada y ya no pude retirar mi fijación. No había escape posible de aquel imán escarlata.

Me acerqué lentamente, como el mosquito que se deja tentar por el resplandor de una lámpara en total oscuridad, hipnotizado. El rojo era brillante, seductor, libre y fluido. Pero yo quería más, mucho más que eso.

Sin poder contenerme caí de bruces al lado de aquél, que probablemente no llevaba mucho tiempo en el suelo. Aún estaba *fresco*... y no había perdido el conocimiento. Por eso, no sé si me escuchó venir. No sé si adivinó mis perturbadoras intenciones. Sólo sé que empezó a jadear más fuerte. Más y más. Lo vi en el trepidar de su pecho. Comenzaba a desesperarse, a retorcerse en el suelo

con lo que le quedaba de fuerzas. Pero el miedo no le dejaba abrir los ojos. Yo sólo quería que se calmara. Empecé a susurrarle, a implorarlo nerviosamente con todas mis ganas. ¡Cállate! ¡Shhh! ¡Cállate! No entendía que estaba estropeando el momento. Quería silencio pleno.

Extendí mis manos instintivamente, para intentar tranquilizarlo, y mis dedos se hallaron accidentalmente con el tajo en su costado, pero los removí en el acto porque me estremeció el contacto con esa humedad tan... reconfortante, con ese calor tan misterioso. Examiné mis miembros con curiosidad incrédula bajo la luz del faro semi-fundido suspendido sobre mi cabeza, titilando esporádicamente en aquella calle olvidada. Y entonces vi extasiado cómo tintineaban en mi mano las gotas oscuras en esa noche sin luna.

¡Mi corazón retumbaba como nunca! Me invadió una euforia repentina que me cegaba. Los temblores se esparcían hasta mi garganta, mi sien, las yemas de mis dedos. Hasta podía ver palpar la sangre de aquel pobre infeliz sobre mi piel agitada, como si en realidad fuese mía, una sangre que siempre me había pertenecido... *¡Eso era! Era mi vida la que emanaba de su cuerpo. Era mía. ¿Para qué dejársela, si seguramente iba a terminar pudriéndose de todos modos? Él no iba a usarla ya. Él NO la necesitaba.* Fue entonces cuando todo cobró sentido, cuando entendí el porqué de toda mi vida en vano y cuando tropecé al fin con el significado, todo menos casual, de mi encuentro de esa noche.

Luego, empapé mis dedos lentamente, mientras sudaba con emoción frenética. Inevitablemente las gotas tiñeron las mangas de mi abrigo, luego las de mi camisa. Les sorprendería saber la sensibilidad de mi tacto en ese momento, en que todo era a la vez descabellado y completamente estupendo. Podía sentir correr un torrente de energía, abismos, la revelación de un poder inmensurable y a la vez el más puro y sencillo alivio. Todo en esa muestra de sangre. Veía, o quizás creía ver, las respuestas a todos mis acertijos escondidas en los tonos de carmín que se deslizaban entre mis manos, en ese penetrante perfume de óxido.

Ya fuera de mí, de mis límites, examiné el escenario que me rodeaba y hallé, como supuse, la herramienta con que alguien más lo había empezado todo: una navaja ajena que reposaba abierta y olvidada, igual que el cuerpo inerte que yacía ante mí. Sentí que aún llevaba en ella el calor de la mano ejecutora, y por eso precisamente fue mi instrumento de gloria, el objeto común y corriente con el cual conduje mi sinfonía e hice correr por el suelo torrentes alebrestados de vida para llenar mi coraza vacía. De repente fue todo rojo. ¡Rojo en el suelo, rojo en mis brazos, rojo en el aire mismo que inhalaba! Y en ese preciso instante... fui feliz.

No. No tuve miedo, lo juro. Ni un escalofrío. Ni siquiera una tímida duda me hizo tambalear desde el momento en que lo vi como bulto abandonado en esa esquina desierta, hasta que lo despojé de *todo*. Pero no se alarmen. No fue un acto de salvajismo frío y desquiciado. Fue más un proceso de descubrimiento que disfruté y que creí vital, necesario. Por supuesto, no espero que entiendan. No

anhelo a que alguien comprenda ni el vacío infernal que me poseyó hasta ese día, ni el hecho de que aquel desdichado no hubiese tenido oportunidad alguna de vivir, aun si yo no hubiese hecho lo que hice. Si a efectos viene, el mérito de toda la obra lo tiene mi precursor, quien quiera que sea. Él, que por razones que desconozco sentenció a un infeliz, y que seguramente está viendo ahora mismo, libre y complacido, mi noticia en todos los diarios: la noticia *suya* y *mía*.

Pero lo que quiero que quede claro es el asunto del crimen. ¿Qué crimen? No tienen derecho a acusarme. Mantengo lo que dije: yo no soy un criminal. Nunca lo he sido. Y no, tampoco estoy loco. Jamás he odiado a alguien, ni he evadido impuestos, ni he pateado gatos. Y, desde luego, reitero que mis acciones no fueron inducidas en lo más mínimo por algún tipo de rabia. Como dije anteriormente, no fue tan siquiera miedo. Si me preguntan, diría que fue su sangre.

Aislado,

por Joseph W. Rivera, "Tranny Brandy"

¿Qué haces cuando las personas a tu alrededor no te escuchan, cuando te ignoran, cuando tus familiares no te entienden, cuando te siguen repitiendo que todo va a estar bien, pero ellos no parecen comprender tu dolor, tu angustia y tu desesperación?

Todo comenzó una tarde, donde no me sentía tan bien como los otros días. Me sentía mareado, confundido, desorientado. Veía cosas que antes no había visto. Veía imágenes de momentos felices que pertenecían a mi pasado. Era como observar detenidamente a los momentos más felices de mi vida, uno tras otro, tras otro. Me tuve que sentar debido a que todos estos sentimientos, extraídos de las imágenes, me abarcaban emocionalmente. El problema fue no encontrar el sofá de la sala. Se supone que estuviera cerca de mí, según lo recuerdo, a menos que lo hayan movido. Terminé cayéndome en el piso tratando de encontrar el maldito mueble.

Las imágenes seguían atacando mis pensamientos, abarcándolos para obligarme a verlas. No fue hasta más tarde, cuando oí a alguien gritando cerca de mí, casi en mi oído. Pero esa voz tan reconocida, me traía de vuelta a nuevas memorias. Memorias de años distantes y felices, memorias de mi matrimonio. Retrospecciones de momentos, donde yo tenía todos mis sentidos funcionando... cuando podía ver más que unas confusas sombras, cuando podía oír el timbre de mi casa.

No mucho después, no podía reaccionar, no recuerdo nada desde ese punto en el cual colapsé en el piso. Sentía un dolor punzante en el corazón. ¿Será esto un ataque cardíaco? La verdad es que no recuerdo nada más después del punto que oí la voz, y olí el perfume siempre espléndido de mi hija; la cual parecía estar tratando de buscar la forma de que yo parara de temblar. Todo después de eso fue oscuridad. Era negro. El tiempo negro, como dicen. Un lapso donde no estás consciente y no recuerdas haber estado en ese estado de olvido.

Más tarde desperté, y encontré que no podía abrir mis ojos. Era tanta la intensidad de la luz que abarcaba toda mi pupila y me cegaba. Pensé que me había quedado totalmente ciego; que había perdido lo poco que me quedaba de este sentido. Estúpida glaucoma familiar. No podía creer que por culpa de mi genética tuviera que perder uno de los sentidos más imprescindibles en esta vida: la vista. Yo entiendo que disfruté mucho mi vida, gocé de cosas que no todo el mundo tiene el privilegio de participar; pero ¿por qué? ¿Por qué yo tenía que quedarme ciego y sordo casi al mismo tiempo?

Pero, no. Al rato, escuché la voz de mi amada susurrándome en el oído diciéndome- “Pablo, tu hija esta aquí. Pablo, tu hija vino a verte. Tuvo que viajar muchas horas sólo para verte. Pablo, ¿me escuchas?”- Traté de hablar, de decirle algo para que ella supiera que la estaba escuchando. Para que se tranquilizara. Pero, lo único que salió de mi boca fue-“echgoy chagri”. Al instante, me di cuenta que había un problema. Al ellas escuchar mi intento de hablar comienzan a indicarme que me encuentro en hospital, que me han adormecido, que he sufrido un leve infarto en los músculos cardíacos. En ese, mismo instante, comencé a gritar.

Grité con toda la poca fuerza que tenía. Encontraba mis manos pesadas, pero suficiente para tratar de levantarme. Al entrar en un estado de pánico y no poder parar de gritar, escuché a personas entrando y unas nuevas manos tratando de aguantarme. Comencé a dar puños y patadas por que estaban aguantándome demasiado fuerte, hasta el punto que ya no sentía mis muñecas. Tuvo que pasar mucho tiempo para sentirme sin fuerzas, para yo decidir parar de luchar y coger una siesta. Para descansar un rato. Me sentía demasiado cansado, de repente; por tanto, caí en un sueño bien profundo. Me desperté nuevamente cuando sentía algo áspero y mojado con agua congelada, rozando mi piel. Me traté de inclinar hacia delante para tratar de detener esta “limpieza”, pero ineffectivamente, no tenía la fuerza para hacerlo. Comencé a tratar de decirle que pararan, pero sentí que abrir mi boca tomaría demasiado esfuerzo, por tanto decidí no hacerlo.

Me encontraba inmóvil, no podía mover ni mis dedos. Entré en el mismo estado de pánico, pero esta vez fue más silencioso porque no podía ni mover mi

quijada. Mis grandes esfuerzos por dejarles saber cuánto me molestaba esa esponja congelada no tuvieron ningún efecto.

Al poco rato sentí que mis fuerzas habían vuelto, y comencé a tratar de salirme de esta pronta caja del casi difunto. Me quité todos los tubos que me sostenían. Las prendas médicas... todo, para escaparme y no volver. Cuando pude encontrar la orilla con mis manos, bajé mis pies. Al pararme, no tuve buen balance en los pies y me caí al piso, nuevamente. No me pude parar y, al rato, me acostaron en la cama otra vez. Esta vez, me endosaron directamente con una dosis muy fuerte de alguna medicina. En menos de un instante, sentí un calentón corriendo por mis venas. Tiempo después me quedé dormido y no pude moverme más.

Me desperté con voces agudas a mi alrededor. A pesar de encontrarme totalmente inmóvil, podía entender lo que decían las voces más que antes. Era como si mi coma física hubiera curado mi falta por el sentido de escuchar. Decían:

“Su estado ha ido empeorando desde que lo pusieron aquí. Les está dando a las enfermeras. No se deja poner la dosis, grita mucho por las noches, grita cuando lo bañan, grita por todo, se ha tratado múltiples veces...”- ¿Qué? No. Yo no hago eso. No puedo ni moverme. Sólo me he tratado de escapar una vez. ¿Cómo voy a poder hacer lo que alegas si ahora mismo no puedo ni mover un dedo? -“...No tenemos más opciones que tranquilizarlo terminalmente o sacarlo del hospital”- dijo la primera voz.

“Debe haber algo más que puedan hacer. Ustedes son doctores. Tienen que tener soluciones para este tipo de problema. Tienen que curarlo. Él no era así, nunca...”, le suplica la segunda voz, ésta reconocida y terminada en sollozos. Sí, así mismo es chiquita mía, no te dejes vencer por esta blasfemia.

La primera voz, la enfermera, le indica a mi pobre hija “Ya has sufrido bastante por culpa de él y si no se toma acción alguien más saldrá herido. Tu madre se suicidó, por culpa de él, por tanto sufrimiento que por el cual él la hizo pasar. ¿Quién será el próximo? ¿Por qué no dejas que todo esto termine de una vez por todas?”

“Porque es mi padre del cual estamos hablando. No es un animal, no es una planta... es un ser humano. Mi padre querido...”, mi hija le dice.

“¿Cuál será tu decisión?”, le pregunta autoritariamente la maldita enfermera. “...creo que ya ustedes han tomado la decisión por mí... no me queda nada más que decir” -dice mi hija y oigo varios pasos, cada uno más cerca de mí -“adiós, papi, nos veremos en otra vida. Lo siento mucho pero es que no puedo hacer nada más por ti. Lo siento, te fallé...”, siento a mi hija acogerme entre sus brazos, pero no tengo ni la fuerza para abrir mis ojos. Me caen varias gotas de agua salada en mi

cara. Sus lágrimas. De repente, mi hija comienza a gritarle desesperadamente a la enfermera “¡Está llorando! ¡Mírelo con sus propios ojos! ¿Papá me escuchas? ¿Papá me puedes escuchar? ¡Responde! ¿Por qué no respondes?” –gritó mi hija.

La enfermera llama por uno de sus aparatos a otras personas. A los oficiales, tal vez, para que remuevan a la loca gritando. A los que me mataran... Pero no es hasta más tarde, cuando no puedo oír nada...

Estoy en el olvido

Incomprendido

Con los ojos aguados

En el ojo de la tormenta. No siento nada. No veo nada. Estoy en un sueño profundo interminable. Estoy... aislado.

En la terraza,

por Alina Labrador, “Adela Rivón”

...Déjame decirte algo, trata de no cojer por el barrio si puedes, que las cosas no están muy bien ahí que digamoh. Lah cosas se ehtán poniendo caliente. Ya mismo se pone fea la cosa. Salen a la calle. Ya mismo cojen confianza.

Porque donde mataron a Chavo fue ahí mismoh. Fue ahí mismito, yo pienso si yo hubiera visto eso me muero. Porque se ve, desde allá por el edificio se ve toíto. Yo me imagino ¿si yo hubiera estado en la terraza aquí y hubiera visto eso? Porque se veía. Por eso no vine ayer. ¡Me dio un apretón en las piernas, y un dolor en el pecho! Que fue ayer que lo mataron—verdah, como uno dice, un día como ayer, que fue jueves, o sea, el jueves de la semana pasáh que lo mataron. ¿Tú te imaginas si yo hubiera oído esoh disparoh? Y eh que lo oímoh. Ehque ya lo tenían velado.

Aca' rato se oyían disparoh. Mira, una vez yo estaba aquí colgando unas alfombras a secar, las del baño de uhtedes, y oí unos disparos y rápido me asusté y se me cayó una y entré rápido. Aca' rato se oyían disparos y yo rápido llamaba a mami y decía: “Llama' Chavo, Llama' Chavo”. Y yo lo llamaba y él decía: Dile que no se asuste, que fui yo.

Pero esa vez me dio como un dolor. Yo miré pa' fuera y vi a Chavo bajando pa' la farmacia y pensé Oye que raro, Chavo bajando pa' la farmacia, que él nunca baja

para' yí. Lo pensé y me estuvo raro, porque Chavo nunca bajaba para' yí. Y lo stuve velando y al rato lo vi subir y nada. Y me acosté de nuevo. Y al rato oímos unos tiroh, y me dio un apretón así en el pecho, pero tú sabeh que al la'o tenían la construcción. Y pensamoh que era eso. Pero entonces me llamó mami gritando. Y entonceh fue que dio la llamada y ya yo sabía y me dicen: "Lichi, es Chavo."

...Lo tirotearon todo. Le pegaron cuatro tiros por la espalda, mira, le pegaron aquí en la nuca. Lo tirotearon todo. Lo arrastraron... lo arrastraron así por ahí pa' bajo por el barranco, ¿por los escalones? Lo arrastraron to' y lo tiraron ahí por el barranco.

Y yo fui pa'ya y estaba Pirulín y le digo: ¿Ehtán seguroh que' s Chavo? Sí, Lichi. ¡Pero déjame verlo! Mejor no, Lichi, mejor no mires. Pero cómo saben que eh él—porque había un nene diciendo No, ese no es él porque no se parece. Y yo preguntaba. Y él me decía así bien triste Lah tenis, Lichi, son lah tenis de él y loh collares. Es él. Entonces bajó la esposa dél y salió gritando que era él. Entonces yo dije: A pues mejor no miro entonces.

...Y ya se sabe quienes fueron, eso ya se sabe, y los van a cojer toítos. Los van a coger, que ya juyeron, porque hay gente buscándolos ya por ahí. ¿Ellos se creían que no había gente? Ya mismo los cogen. Porque se sabe, que eran familiares todos. Eran primos, hermano, todos ellos eran familia. Mira, eso ya se sabe. Dios se los va a llevar uno a uno. Uno por uno se los va a llevar toítos.

Digo, tampoco es que uno se sorprende, las drogas no dejan na', pero es que no fue afuera en un caserío por ayá, sino fue aquí su misma gente. Gente que confiaba. Llevaban velándolo por buen rato, porque le se lo dijimos. Porque está este señor que el hijo de él había tenido mucho roce con Chavo, y él decía que el día que lo mataran iba a ser Chavo. Y cuando lo mataron por un caserío por allá, que fue por otro asunto, él dijo que había sido Chavo. ¡Qué no había sido él na'! Y él fue a dondél y le dijo: Mira no fui yo, tú sabeh que no fui yo que lo mató. Pero él como que se quedó con eso...

...O sea que fue por venganza. El miércoles se cumplió un año de la muerte de su hijo, y al próximo día mataron a Chavo. Fue por venganza.

Y mira que se lo dijimos. En cuanto pasó aquello yo le dije Chavo, vete pa' Nueva Yol. Vete pa Nueva Yol. Mira que hasta la esposa le dijo: Vete pa'ya, yo te alcanzo. Vete pa'ya y yo te alcanzo. Pero no se fue.

...Oye, que yo nunca eh visto tanta gente en un entierro. Estaba lleno. Que mira, nosotros hicimoh tishirts dél, ¿y tú sabeh cuántas vendimoh? Ciento quince.

...Parece que lo que querían era enterrarlo, porque hasta pegaron manguera y to'.

O sea, que hasta les dio tiempo de pegar manguera. Porque cuando fuimoh estaba to' eso mojao. Lo que había era una gotita de sangre en la entrada, así. Una gotita. Parece que lo que querían era enterrarlo, ¿cómo que desaparecerlo? Pero como allí la gente sale rápido, y rápido le empezó a sonar el celular, parece que dijeron Vámonos antes que nos chotiemos.

Pero eh que se saben quien fue. Ya se sabe.

Y fueron la misma gente dél. ¿Tú sabes lo que es eso, la misma gente que tú alimentaste y confiabas? Que se criaron juntos, que Chavo le dio de comer y los puso a que salieran alante. Y le hicieran algo así. Gente que eran sus amigos, tú sabes, que eran compañeros de clase. Pero tuvieron un problema y ahí empezó en roce. Y lo mataron.

...Mira yo me paré, ayí al frente estaban los escalones y viraba ayí al pastizal, donde estaba Chavo. Yo me paré ahí en el mismo sitio donde lo mataron, y como que se me apretó el pecho y algo me dijo Mira pal lado. Mira pal lado. Y yo miro y sale ese señor así, con la cabeza alta. Jelou, cuando hay tanta gente a uno le da curiosidad aunque sea. Pero ese señor salió así y ni miró. Y yo llamo a Pirulín y le digo: ¿Saben quién fue? Sí eso ya se sabe quienes fueron, fueron fulanito y fulanito y fulanito. Pues mira a ver, porque fulano también tiene que ver. No Lichi, él no tiene que ver. Te digo que sí porque Chavo me lo dijo, ya tú verás que él tiene algo que ver. Y al próximo día estaban to's metidoh en la casa del tipo. Él los vio y viene y me dice ¡Ay Lichi tú tenía razón tu tenía razón! ¿Dé qué? De eso, eh cierto. ¡Té tenía toda la razón! ¿Pero de qué eh que tengo la razón? De que ese tipo tiene algo que ver, que ehtán todos ahí metíoh en el sótano dél.

...Eh que una cosa es que se te muera un familiar de enfermedad, que ya uno sabe y como que se prepara, tú sabeh, pero. ¿Tú sabeh lo que es que lo veah un momento, y al otro—¡porque yo lo vi! ¡Yo lo vi bajar pa' la farmacia y cuando subió me hizo así con la mano! y al otro, que te llamen y te digan: Está muerto?

Eh que lo tenían velao.

El llanto de un árbol,
por Dickie O. Santiago, "D.O.S."

Entre la oscuridad de un profundo bosque, los árboles hablaban entre sí. Susurraban la presencia de un ser no invitado a su alrededor, un ser minúsculo asustado y perdido, una pequeña humana que dormía sobre una roca. Era una niña pequeña, su cabello era rubio y ondulado, cubría su espalda, sus ojos eran hermosos, marrones como la corteza de los árboles y alumbrados por un destello de luz que sobresalía por el color de su cabello, su piel era pálida y sus labios no contenían color alguno.

La niña vestía un bonito vestido color violeta extendido hasta sus rodillas, en su totalidad era simple y humildemente bella. Dormida entre los suaves susurros del viento, la pequeña inocente susurraba el espejo de la que vivía:

- No quiero ir- decía - quiero quedarme.

Los árboles la observaban, algunos con curiosidad, algunos con odio, muchos comentaban:

- Una humana, es una niña - susurraban.

- Quitémosle la vida - otros decían - así como los humanos lo hacen con nosotros.

- Los humanos son ignorantes y no saben lo que hacen - decían otros - no hay razón para matarla.

- Podemos matarla - decían los árboles - los humanos culparán a los lobos, tal vez a los osos pero jamás sabrán que fuimos nosotros.

- Es sólo una niña - decían otros árboles.

- Silencio - enunció un árbol.

El árbol más grande, más antiguo y más sabio había despertado.

- ¿Qué sucede?- preguntó el gran árbol.

- Hay una humana en nuestro bosque - contestaron los árboles.

- ¿Cuál es el problema? - pregunta el árbol.

- Debemos matarla - dicen los árboles.

- Debemos juzgarla - gritan más árboles.

- ¿Bajo cuál crimen? - pregunta el árbol.

- El de la indecencia, la insensibilidad y la desigualdad a quien le da la vida - contestan.

- Pero... ¿es ella igual a los demás?, ¿merece el mismo destino?

El silencio se hizo escuchar, no hubo una palabra, no hubo un susurro, sólo el eco del viento.

- Podemos probarla - dijo el árbol - y si es igual a todo humano, entonces dejo su vida bajo la orden de sus ramas. Todos los árboles asintieron a la propuesta dada,

nadie esperaba la crueldad que ésta componía. La niña dormía tranquilamente, alejada de la crueldad del mundo, ajena a lo que sucedía a su alrededor, inocente.

- Despierta... pequeña humana - decía el árbol. Lentamente la niña fue abriendo sus ojos, volviendo al mundo, entrando a la verdadera oscuridad. Al levantarse, saltó por la impresión, había más árboles que antes a su alrededor.

- Hola, pequeña niña - continúa el árbol.

- ¿Quién es? - pregunta la niña.

- Yo tengo muchos nombres - contesta el árbol.

- Yo soy el que te da el aire que respiras - contesta el árbol - soy el que es maltratado por tu raza día a día, a pesar de que soy quien los mantiene con vida.

- ¿Eres un árbol? - pregunta la niña.

- Así me llama tu raza - dice el árbol.

- ¿Y cómo te llama la tuya? - pregunta la niña.

- Aquí me llaman Kronk, el sabio - contesta el árbol.

- Mi nombre es Dar - dice la niña - así me llama mi raza.

Dar miraba a Kronk en el lugar donde parecían estar sus ojos.

- ¿Qué haces aquí... Dar? - pregunta Kronk.

- Busco a mi hermano menor - contesta Dar - su nombre es Franad y está perdido.

- ¿Por qué has venido tú y no tus padres? - pregunta Kronk.

- Ellos me enviaron - contesta - yo no quería venir.

- ¿Por qué? - pregunta Kronk.

- No quería venir sola - contesta.

- ¿Pero te enviaron sola? - dice el árbol.

- Así es - asiente la hermosa niña.

Los árboles comenzaron a acercarse.

- Los humanos son crueles - enuncia Kronk.

- Pero a pesar de todo - comienza la niña - los amo.

- ¿Por qué? - pregunta Kronk - ellos han sido crueles.

- Pero yo no seré igual - contesta - yo les agradezco todo lo que he aprendido gracias a ellos, aunque ellos no compartan ese mismo sentido de justicia.

Los árboles enmudecieron; estaban muy impresionados por esa contestación. Kronk, quien también estaba petrificado por la impresión, tuvo que romper el silencio y su reacción fue muy inesperada, al parecer había llegado el momento de la prueba.

- Dar... necesito que trepes mis ramas.

- Pero... eres muy alto - contestó.

- Necesito que lo hagas... ahora - exclamó Kronk.

La niña, asustada por su reacción, corrió hacia el antiguo cuerpo de corteza de Kronk. Poco a poco, la niña, fue trepando entre las ramas, frustrando al miedo, entreteniéndolo el alma. Al llegar a la rama más alta, Dar se sostuvo del tronco para no caer.

– ¿Qué ves?– pregunta Kronk.

Los árboles comenzaron a acercarse, lentamente, entre el silencio, preocupados por la tan esperada contestación, la prueba había llegado. Pero nadie contaba con la traición del viento. Una gran ráfaga de aire puro y eterno, aire que contenía las voces de todos los árboles del bosque, era la voz propia del mismo.

– Veo...– comienza Dar.

Ante ella se extendía el bosque completo, natural, hermoso y antiguo. Pero no era nada de eso, era mucho más, este bosque estaba hablando, conspirando, observándola, este bosque estaba vivo y esa era su única realidad.

– Veo... vida– completa Dar– esa es la realidad y la única verdad.

Kronk nuevamente impresionado, pero esta vez orgulloso de la niña, enunció:

– La niña ha pasado la prueba, es libre de todo cargo.

Los árboles asintieron satisfechos.

– Ahora, ¿qué ves?– preguntó Kronk.

Algunos árboles se movieron destapando un punto ciego del bosque, mostrando la misteriosa figura de un niño pequeño.

– Veo a...– lágrimas comenzaron a surgir cubriendo su rostro– ¡Franad!

La niña saltó, lanzándose hacia el suelo desde el gigantesco árbol. Una reacción instantánea que no tuvo el privilegio de ser pensada. El miedo comenzó a apoderarse rápidamente pues a pesar de todo, Dar era sólo humana.

– No pasará– dijeron juntos todos los árboles del bosque.

Dar aterrizó en una cama de árboles... unidos para ayudarlo.

– No morirás– decían.

– Gracias... todos... gracias.

Otros árboles sostenían a Franad, lo traían hacia su hermana, estaba dormido, alejado de toda maldad del mundo. Al llegar al suelo, Franad despertó y corrió hacia su hermana.

– ¿Qué ha pasado?– preguntó.

– Me enviaron sola, en contra de mi voluntad, me perdí y aprendí cosas que no debía saber.

– ¿Por qué lo hiciste? – preguntó Franad.

– No sé – contesta – tal vez quería demostrar que no todos somos iguales.

Franad asintió.

– Franad – dice Dar sonriendo – volvamos a casa.

Los árboles se movieron nuevamente, pero esta vez para mostrar la salida. Ambos niños corrieron hacia su casa, hacia su mundo duro y cruel.

- Ustedes son nuestra esperanza, mientras existan personas como ustedes - dice Kronk - el mundo todavía tendrá razón para existir. Nosotros seguiremos esperando a personas como tú... Dar.

Los árboles cerraron la salida, enterraron sus raíces en la tierra para no volver a moverse, sellaron su voz y cerraron sus ojos, comenzando un eterno sueño, esperando el cambio de la humanidad.

Hoy día todavía duermen, todavía esperan el día que seamos dignos de escuchar su voz.

El espectáculo debe continuar,
por Liliana Ortega, "Cerebelo Colorido"

Su nombre era Alberto y desde pequeño había soñado con ver su nombre en luces. (Se sube el telón) El padre de Alberto era un hombre de poca paciencia. Nunca quiso hijos. En los primeros seis años de la vida del niño, intentó incansablemente de interesarlo en los deportes, moldearlo en algo de lo cual él pudiese estar orgulloso. Sus esfuerzos resultaron en vano. En los primeros seis años de la vida del niño, intentó incansablemente de convertirlo en algo que no era. Abandona a Alberto y a su madre un 25 de agosto del 1967, con la excusa de que salía a comprarle al niño su pastel de cumpleaños. Nunca volvió. Su nombre era Alberto y su cumpleaños era en febrero, no agosto.

He aquí el primer rasguño en el corazón de Alberto. Escenario a oscuras. Se escucha al fondo, desde la nada, los latidos de un corazón palpitando. Los latidos se detienen repentinamente. Luego de unos breves segundos, comienzan de nuevo, un poco más rápidos.

Su nombre era Alberto y en segundo grado actuó el papel de Baltasar en la obra navideña de su colegio. Desde ese momento se convirtió en un aficionado del teatro. Todos los viernes, aprovechando el doble turno de su mamá en la cafetería, Alberto se escapaba de su casa y se dirigía al cine más cercano a ver el último estreno. El pequeño Alberto reía, lloraba y gritaba a la pantalla semanalmente, una cubeta de palomitas como su única compañía.

Su nombre era Alberto y en octavo grado, le fue rechazado el papel de Don Goyito en la obra del club de drama. Al preguntar por qué, el amanerado maestro de drama le contestó, "El talento nace con una persona, es imposible crearlo. Lamento

informártelo Alberto, pero tú, lamentablemente, no lo tienes. No tienes presencia escénica, no tienes elocuencia. En fin, no tienes nada. Mejor, aspiraciones nuevas, ¿no? No me mires con esa cara, Alberto, la vida sigue. El espectáculo debe continuar".

Se escucha al fondo, desde la nada, los latidos de un corazón palpitando. Los latidos paran repentinamente. Luego de unos breves segundos, comienzan de nuevo, un poco más rápidos. He aquí el segundo rasguño en el corazón de Alberto.

Era una noche que aún cursaba el octavo grado. Alberto baja las cortinas en la conclusión de la primera función de Don Goyito. Su madre, al haberlo visto sollozando después de una discusión con el amanerado maestro de drama, fue a pelearle que dejara a su hijo participar en la obra. Operando el telón no era lo que Alberto tenía en mente.

Su nombre era Alberto y el de ella, Clara. Clara era alta, bonita e inteligente mientras que Alberto, Alberto era callado. Ambos cursaban el undécimo grado y estaban en la misma clase de matemáticas. Después de cuatro meses de admirar su belleza en silencio y tratando de encontrar el valor de invitar a Clara a salir, Clara lo invitó a él.

Fueron a cenar a la cafetería, donde trabajaba su mamá. Después de dos vasos derramados, faldas manchadas con salsa de tomate y recitaciones de versos de obras fuera de moda, Clara le pidió a Alberto que por favor la llevara a casa.

Con el motor prendido y el carro inmóvil, llegó el momento de cierre a una cita del infierno. Con los ojos cerrados y los labios extendidos de tal manera que amenazaban con saltar de su cara, la alta, bonita e inteligente Clara aguardaba un beso que nunca llegó. En vez, Alberto comenzó a recitarle sus versos de amor preferidos.

"Si Dios cegara toda fuente de luz, el universo se alumbraría con esos ojos que tienes tú-" Clara, horrorizada, se bajó del carro corriendo, gritando que no lo quería volver a ver jamás.

He aquí el tercer rasguño en el corazón de Alberto. Esa noche vio *La Dolce Vita* tres veces consecutivas. El solitario Alberto ríe, llora y le grita a la pantalla, una cubeta de palomitas como su única compañía. Escenario a oscuras. Detrás de los sonidos del teatro, se escucha, desde la nada, los latidos de un corazón que padece de taquicardia, palpitando. Los latidos paran repentinamente. Luego de unos segundos breves, comienzan de nuevo, un poco más rápidos.

Su nombre era Alberto, Alberto Reyes. Y un viernes de duodécimo grado, llega a su casa para encontrar una patrulla estacionada frente a esta. Un policía se baja y le pregunta que sabía desde hacía cuanto tiempo él andaba esperando a Alberto. Alberto le contesta que no.

Qué dónde rayos se había metido, le preguntó el policía. En el cine, le contestó Alberto.

Que a su mamá le había dado un infarto mientras trabajaba en la cafetería,

que se la habían llevado para el hospital, pero que estaba muerta ya cuando la habían trepado en la ambulancia. Que bendito que le daba pena que ahora Alberto, Albertito Reyes estuviese huérfano.

Se baja el telón. Su nombre era Alberto y ese día, sufrió de su primer ataque al corazón, pero no se dio cuenta. Muy ocupado lamentando la pérdida de su madre, decidió dejarlo para después. El espectáculo debía continuar.

Segundo acto. Una vez vende la casa de su madre, se vuelve a subir el telón. Alberto decide ingresar a las universidades de afuera. Su facultad sería: teatro. Llenó varias solicitudes, especificando que su nombre era Alberto, Alberto Reyes. Al ser preguntado el ingreso de sus padres, Alberto escribió "no aplica".

En las cartas de contestación, las universidades de Afuera a Alberto "no aplica". Si el corazón de Alberto estuviese completo, aquí hubiese otra herida.

Solicita a la Universidad de Puerto Rico y es aceptado. Su facultad sería: teatro. Por primera vez en su vida, Alberto conoce la felicidad. En la Universidad de Puerto Rico conoce a mucha gente, mucha gente como él. Entre ellos: Mariana. Mariana era una muchacha de cabellos rubios y ojos azules. Su facultad era: teatro.

Por las lenguas de sus compañeros, Alberto se enteró que a los quince años, Mariana había perdido a sus dos padres el mismo día. En un accidente trágico del cual Mariana había salido viva de milagro.

El corazón de Mariana, al igual que el de Alberto, se encontraba en pedazos. Cautivado por su belleza decadente y por las ruinas de la persona que había sido Mariana, Alberto se enamoró locamente de ella. Por un mes, la observó calladamente, admirando la elocuencia con la cual declamaba sus monólogos.

Alberto bajaba la cabeza cada vez que Mariana miraba en su dirección y se sonrojaba cada vez que ella le sonreía.

El día que Mariana finalmente se le acercó en una de las clases de drama un 25 de agosto, Alberto se sonrojó y miró al piso.

En un charco, pudo observar las nubes, que se movían rápidamente por el cielo, a menudo tapando la luz del sol por unos segundos. Pudo observar que Mariana estaba parada junto a él, mirándolo. "Hola," le dijo Mariana, con una sonrisa al verlo alzar la cabeza. Alberto, intentando sonreírle de vuelta, asimismo como un alma tan rota podía arreglar una sonrisa tan radiante.

El sol se vio opaco los instantes que Mariana sostuvo esa sonrisa, sin importar que ninguna nube tapó el sol durante aquellos cuatro gloriosos segundos.

-"Soy Mariana," le ofreció ésta. Por supuesto que él sabía quien era; pero decidió no decirle esto. Alberto meramente asintió con la cabeza y le contestó, "Alberto," todavía sonrojado.

- "Me gustó mucho tu pieza sobre el niño y su corazón. Muy poética. Eres muy talentoso."

- "Gracias."

- "Oye, y- ¿vas a hacer algo hoy?"

Víctima de sus propios nervios, a Alberto le temblaban las manos. “N-nada por ahora. ¿Por qué?”, tartamudeó éste.

– “Me preguntaba si–quizás– ¿te gustaría *atender* a una actividad de mi grupo de poesía? Me da la impresión que eres el tipo de persona que le gustarían esas cosas.”

– “Pues... pues sí, por supuesto.”

– “De acuerdo. Te veré allá.” Y con una última sonrisa, Mariana se volteó y desapareció en el sol.

– “Se ha muerto la tiniebla en mis pupilas, desde que hallé tu corazón en la ventana de mi rostro enfermo. ¡Oh, pájaro de amor, que trinas hondo, como un clarín total y solitario, en la voz de mi pecho! No hay abandono... ni habrá miedo jamás en mi sonrisa.”

– “Hermosos versos.”

– “Julia de Burgos,” sonrió Mariana. Satisfecha, cerró el libro del cual leía y lo colocó sobre la grama. De su bolsillo sacó una pequeña botella de burbujas y se ocupó en abrirla.

– “¿Acaso no escribes tú? Nunca he escuchado ninguno de tus versos.”

Mariana, con el aparato de hacer burbujas en una mano y la botellita de jabón en la otra, se quedó paralizada por unos instantes. Le regaló una sonrisa incómoda a Alberto y se sonrojó.

– “Pues sí”, admitió lentamente. “Pero son muy privados, Alberto. No se los enseño a nadie nunca.”

Sin embargo, miró a Alberto fijamente, examinando sus expresiones. Encontrando verdad en ellas, exhaló lentamente, creando burbujas con su aliento e inundando al Morro con ellas.

– “Podría comenzar esta confesión declarando al mundo que ‘lo tengo todo y lo que hace falta eres tú’”, comenzó Mariana, sonrojada. “Podría sucumbir a las peores cursilerías y llenar toda una página de declaraciones fuera de moda y quedarme donde mismo estoy sentada, escribiendo palabras cotidianas, maquilladas de tal manera que suenen bonitas al caer a tus oídos–y al fin y al cabo lo único que intento decirte es que te quiero.”

– “Y de quién son esos versos”, preguntó Alberto, asombrado.

– “Míos”, dijo Mariana, su voz baja y seca. “Escritos el día en el que te invité a salir.”

Y con esto, se paró y se fue corriendo, dejando a Alberto solo con su sorpresa y gozo.

– “Yo también te quiero”, respiró Alberto al aire, viendo los cabellos rubios de Mariana flotando en la distancia.

Mariana era de las que pensaban mucho en el pasado, y a menudo se tornaba triste y distante, lo cual Alberto atribuía a recuerdos de sus padres. Pero desde

aquel día en el Morro, se prometió asimismo que jamás la abandonaría.

Se pasaba siempre con ella, la invitaba a salir regularmente y siempre estuvo ahí para Mariana cada vez que le daban sus episodios de tristeza, los cuáles se tornaban cada vez más frecuentes.

Un día de febrero, sin saber que más hacer, Alberto la invitó al cine. Mariana le dijo que estaba bien y Alberto, esperándola se quedó.

Espera, espera, espera...

Al hospedaje tres veces llamó y no obtuvo respuesta. Llamó a algunas de las amigas de Mariana y nadie había escuchado de ella.

Espera, espera, espera...

Y luego, su teléfono comenzó a sonar. Alberto se despertó, sin darse cuenta que se había quedado dormido, y corrió hacia él.

Mariana, Mariana, Mariana...

–“¿Mariana?”, preguntó Alberto ansiosamente al teléfono.

–“¿Alberto?”, le contestó una voz en la otra línea. “¿Alberto Reyes?”

–“Sí”, contestó Alberto, su corazón hundiéndose sin explicación alguna.

–“Necesito hablar con usted.”

–“Primero, se paró en el muro, descalza iba. Y se puso a gritar unos versos que el teniente dijo que eran de Julia de Burgos, que él y que los había escuchado en la escuela. ‘Mar, no esperes más’, algo así. Y después brincó. De la garita del Diablo. Y con to’ y que se tiraron pal detrás de ella, no la pudieron cogel a tiempo y salvarla. Se ahogó. Estamos necesitando que identifique el cuelpo.”

Alberto cierra los ojos y exhala lentamente tres veces mientras la manta que cubre el cuerpo de Mariana es levantada. Al abrirlos, ve el rostro de Mariana frente a él, pálido y mojado aún. Sus ojos están abiertos.

Con una mano temblorosa le acaricia el pelo. Recuerda vívidamente aquella tarde en el Morro. Mariana y sus versos y las burbujas–las miles de burbujas que reflejaban los rayos del sol y los que despedía Mariana y su aura azul.

–“Burbujas”, susurró Alberto, mirando el cuerpo inerte de Mariana. Sus ojos azules lo miraban de vuelta, vaciamente. “Mi cuerpo está hecho de burbujas y cada una despide un destello, un reflejo, de tu cara sorprendida. Se revientan, una a una y lo que queda es lo que me haz dejado. Nada.”

Habiendo terminado de recitar los versos de Mariana, exhaló. Y le cerró los ojos.

Alberto se va corriendo y se dirige al cine más cercano a ver el último estreno. Él, triste y solitario; Alberto ríe, grita y llora, llora, llora, una cubeta de palomitas como su única compañía.

Recuerda vívidamente todos los momentos junto a María. Su primer beso. Como segundos ante de que sus labios se tocasen, Mariana lo detuvo.

–“Qué infinito el temblor de las miradas que vendrá en la emoción del abrazo, y qué tierno el coloquio de besos que tendré estremecida en tus labios”, susurró ésta, recitando sus versos de amor favoritos. “¡Cómo sueño las horas azules que me esperan tendida a tu lado, sin más luz que la luz de tus ojos, sin más lecho que aquel que tu brazo! ¡Cómo siento mi amor floreciendo en la mística voz de tu canto: notas tristes y alegres y hondas que unirán tu emoción a tu rapto!”

Recuerda cómo su boca rozó la de la Mariana después de los versos de Julia de Burgos. Recuerda las últimas palabras que escuchó salir de aquella boca que besó tantas veces.

Recuerda, recuerda, recuerda...

–“¡No!”, grita Alberto, volviendo al presente.

Las otras personas en la sala lo mandan a callar.

–“¡No!”, grita de nuevo. “¡La vida sigue! ¡El espectáculo debe continuar!”

Un ujier se acerca. “Que señor, que, por favor, baje la voz. Que está molestando a las otras personas.”

–“Lo lamento, lo siento. No volverá a escuchar una palabra de mí”, le contestó Alberto, sus ojos llorosos.

Se escucha al fondo, desde la nada, los latidos de un corazón enfermo, palpitando. Los latidos se detienen repentinamente. Luego de unos breves segundos, comienzan de nuevo, un poco más rápidos. Los latidos se detienen. Luego de unos breves segundos, comienzan de nuevo, más rápidos aún. Se detienen. Y jamás vuelven a latir.

Su nombre era Alberto, Alberto Reyes. Baja el telón.

El amor entre dos jíbaros,

por Josephine M. Borrero Rivera, “La Isabelina”

En Puerto Rico para la época de los 30 y los 40 se formó la sociedad campesina. Los campesinos vivían siendo sencillos y sobre todo humildes. En los campos existía mucho el cultivo de la caña y la ganadería. Estas personas eran muy sencillas y vivían conforme a lo que ganaban. Eran felices a pesar de todas las limitaciones que había. El respeto era algo esencial y era lo más importante entre ellos. Todos se trataban por igual y se ayudaban mutuamente.

En la parte montañosa de Puerto Rico en un pueblo llamado Utuado habitaba una linda sociedad de campesinos. En este pueblo lleno de muchos recursos naturales predomina una gran historia de amor entre dos jíbaros del barrio de Ángeles. La historia comienza así...

Una bonita jíbara llamada Virginia vivía felizmente en los campos. Era de tez trigueña, ojos negros, alta de por sí delgada y muy tímida. Tenía una familia compuesta por sus dos padres Luisa y Pedro. Ella era hija única. Los trabajos de la casa se le repartían por partes. Cada dos días ella iba a lavar ropa al río. El río contaba con una belleza sin igual; una cascada y hermosas piedras. Le llamaban el río la Maravilla. Virginia contaba con varias amigas, pero su mejor amiga se llamaba Soledad. Don Pedro era un trabajador de la caña y su madre era la encargada de la casa. Virginia no pensaba sólo en atender a sus tareas y estar feliz con su pequeña familia. Pero no nos olvidemos del jíbaro que le robó su corazón. Su nombre era Juan José; un campesino que trabajaba en la caña, pero también en la ganadería cuando podía. Este vivía con sus padres José Juan y María Ester. Se dice que éste era un joven ejemplar entre todos los del pueblo. Era alto, amarillito, ojos negros y todos lo querían por su gran amabilidad. Toda la historia de amor se describe así...

Virginia se levantó muy temprano como siempre. Era el día de lavar ropa en el río. De camino se encontró a Soledad y juntas llegaron listas para comenzar su tarea. Al tiempo de estar allí, mientras lavaban, se escucharon pasos de caballo. Era Juan José que paseaba cerca por ahí. Notando él la belleza de la joven; se quedó mirando a Virginia. Ella lo miró nerviosa, pero bajó la cabeza y siguió lavando. Muy pronto él se alejó. Soledad se dio cuenta de lo sucedido, pero decidió mejor callar. Llegó la hora de despedirse. En la tarde Soledad iba como de costumbre a comprar al mercadito lo necesario para la cena, ya que ésta se componía mayormente de vianda con bacalao. Soledad pensativa quería hablar con Juan José para saber qué era lo que se traía en mente. De repente, Juan José la saluda y le pregunta: “¿Quién era la chica con la que tú lavabas en el río? Nunca la había visto antes”. “Es Virginia, la hija de Pedro el cortador de caña de la Central donde tú mismo trabajas. Es su única hija” -contestó Soledad. Me pareció bonita y quiero conocerla, respondió Juan. “Eh muy tímida y ella siempre se ocupa sólo al trabajo diario y a sus padres.” Le contestó Soledad. “Aún así quiero conocerla. Con esperanza contestó Juan José.” “Bueno, el jueves volvemo pal río a lavar, así que te voy a ayuda. Este es el plan: Yo me tardaré en llega y tú aprovechará la oportunidad para conocerla. Sé natural y con cuidao, muchacho.” “Bueno, ya me voy que se me hace tarde, no me falle.” Soledad salió del mercadito (tiendita de Pepe) y se alejó para su casa.

En la noche, comenzando a anochecer, sirviéndose la comida en su casa le preguntó a su papá (José Juan): “¿Uste conoce al trabajado de la Central de caña, Don Pedro? Si hijo”. “¿De qué hablan hombres?” Miró y dijo en voz baja María Ester (Su mamá). Nada, ma; es que vi a una chica muy bonita en el río hoy temprano y se llama Virginia, la hija de Don Pedro. Oh si su mamá es Luisa, eh muy buena y gentil con todos lo del pueblo. Yo le cosía siempre trajes para Virginia cuando pequeña. Algunas veces hablamos y todavía le preparo sus cositas. Pero ya, mijo, vamo a

comer. Pasaron los dos días. (Llegó el jueves). Juan José estaba listo y emprendió la marcha hacia el río. Soledad estaba escondida entre las ramas y pastos del río. Virginia sentada en una piedra pensativa miraba alrededor. De momento miró hacia el lado, se asustó y cayó al río. “Perdón no quería asustarte. ¿Estás bien?”, dijo Juan José. “Sí, gracias. ¿Quién eres?”, asustada responde. “Soy Juan José.” ¿Por qué no me miras de frente, te doy miedo y por eso bajas tu cabeza? “No es nada”, dijo Virginia. ¿Puedo saber el nombre de esta bella joven? So, soy... Virginia. ¡Qué nombre tan lindo. Responde Juan José. Sabe, ¡creo que te he visto antes! Sí, claro, ere la misma que lavabas ropa aquí hace día. Sabe, ere muy callada. “¿Está nerviosa?”, preguntó Juan José. “No, no es nada, es que mi amiga Soledad no llega. ¡Creo que no deberías estar aquí! Nos pueden ver. Asustada, le dijo.” “Ta bien, ya me voy.” Me gustaría volverte a ver. Se despidió Juan José y se fue en su caballo.

Llegó Soledad. Hola Virginia, perdón por tardarme, es que ma se sentía mal. “Soledad, ¡conocí al chico del caballo!” ¿Qué te pareció?, preguntó Soledad. Es muy bonito y muy amable. Me ayudó a levantarme cuando caí al río. No me atreví a mirarlo de frente y me puse muy nerviosa. No quiero enamorarme poque muchas de las historias de amor terminan separados. Pero terminemos pa seguí con nuestro trabajo diario. Recuerda Virginia, disimula tu gusto enfrente de tu familia. Sabes que él trabaja en la central igual que tu padre. Sí, tienes razón. Sólo espero no enamorarme.

Algunos dos meses pasaron...

Una mañana la Sra. Luisa visitó a María Ester para recoger uno de los encarguitos de siempre. Conversaron por un buen rato entre amigas y comadres. Siempre que podían se visitaban para saber la una de la otra. De vez en cuando caminaban por largo rato, visitaban otras amigas e iban al mercadito juntas. Mientras Luisa no estaba en la casa, Virginia preparaba la comida para algunos de los trabajadores de la Central. Acompañada de Monserrate, otra de sus amigas, preparaban los almuerzos y Julia y Carmen los empacaban para llevárselos juntas a los trabajadores. Cuando comenzaron a repartir la comida Juan José se encontraba entre los trabajadores. Nerviosa le brindó su comida y rápido se alejó. El amor entre estos dos jíbaros siguió creciendo cada vez más. Así que por tal razón se veían cada vez que podían. Se veían en el río, en el mercadito, en las actividades del pueblito y cada vez que Juan José trabajaba en la ganadería ella lo visitaba disfrazada de otra para no despertar sospechas de nadie. Virginia emocionada pensaba en querer casarse con Juan José, ya que tenía 21 años. Ya el pueblo rumoraba los romances cerca de la Central de caña y temía que Don Pedro se enterara. Esa misma mañana Juan José sorprendió a Virginia, en la misma piedra donde la conoció lavando, con un sencillo anillo y le propuso matrimonio enfrente de Monserrate, Carmen, Julia, Lidia y Soledad (sus amigas). “Sí, acepto”, ya es hora de que mis padres se

enteren, decidida y feliz habló Virginia. Hablaré con ellos en la tarde y quiero que esté presente. Nos vemos mi gran amor, y sé que tendrán que entenderlo. Se despidió Juan José. Sus amigas estaban muy contentas y pidieron ayudarla en todo. Cada una debe tener un gran hombre que marche con ustedes. “Claro espero que mi pa y mi ma nos acepten”, dijo un poco nerviosa Virginia. “Ya verá, hay que confiar en papito Dios y en la Virgencita. Ellos te ayudarán”, contestó Juan José. Se despidió Virginia de sus amigas y antes de ir a hablar con sus padres decidió ir a la capillita para rezar y pedir que su gran amor por Juan José fuera aceptado.

(En la tarde) Mientras Virginia les explicaba a sus padres sobre su amor, entró Juan José con sus padres. Luisa y María Ester se sentían emocionadas y José Juan apoyaba las versiones de los enamorados. En fin, Don Pedro terminó aceptándolo y se comenzó la preparación de la tan esperada boda. María Ester se encargó de hacer todos los trajes hasta el de la especial novia.

En poco tiempo llegó el gran día. Todo el pueblo esperaba ansiosamente ese acontecimiento. Todas las amigas de Virginia eran las damas. Sus damas vestían de trajes largos con pequeños arreglos de flores silvestres. El color de los trajes de las damas eran crema y los colores de la decoración eran: rojo, crema, amarillo y verde limón. Los caballeros vestían con chaquetas y enzapataos. Virginia lucía un traje blanco largo con una pequeña cola y un ramo de rosas amarillas y rojas. Los del pueblo esperaban en la iglesia. Las mujeres llevaban gorras con plumas negras, guantes de algodón bien tejidos y zapatos. Los hombres, enchaquetados, algunos con pañuelos amarrados en la cabeza y sombrero. Eran más o menos 40 personas y todos montaban a caballo.

Ya todos en la iglesia esperando la llegada de la novia... se escucharon galopazos. Era la novia en un caballo blanco adornado con flores rojas y amarillas en la crin y en la cola una trenza con flores también. Desfilaban las damas con los caballeros y por último Virginia con su padre, Don Pedro. Toño era el sacerdote que realizaría la boda. Cuando pidieron los anillos la madre de Virginia tenía el anillo de Juan José y María Ester el de Virginia. Se declararon marido y mujer. Las algarabías se formaban y mientras desfilaban las flores llovían entre la iglesia. Todos se dirigieron hacia la fiesta en casa de Virginia. Los novios iban en el caballo blanco. En la fiesta como tradición se hicieron bailes folclóricos. También se cantaban los aguinaldos. Todo fue muy bonito. Se partió el bizcocho, los novios bailaron, cantaron y hablaron. De momento, Juan José le dedicó una canción llamada “Canto” a Virginia. Ella lloraba de emoción, los de la fiesta aplaudían y bailaban su canción.

Luego de su esperada boda, construyeron una casita humilde cerca del Río La Maravilla. Juan José siguió trabajando en la Central y Virginia se dedicó a la casa. Después de un tiempo de vivir juntos Virginia y Juan José procrearon a una pequeña

y linda bebé llamada María Luisa en honor a sus respectivas madres. Al final todos terminaron felices; y sí, hubo un feliz final en esta bonita historia de amor entre dos jíbaros que creyeron en su amor y triunfaron.

[Estudiante otras universidades]

El Caso Kafka,

por Neftalí Omar Núñez Santiago, “Franz Camposanto”

I

Tocaron a la puerta. Me acomodé en la silla y dije pase. Entró la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Casi tengo una erección. Pero hay que ser profesional.

- Buenas tardes, ¿qué desea?
- ¿Es usted el detective Brunetti?
- Depende.
- ¿Cómo?
- Mentira, sólo bromeaba. ¿En qué puedo ayudarla?

Entonces, me contó la historia de su marido muerto, asesinado tres años atrás. La policía iba a archivar el caso porque no encontraba pruebas, evidencia, móvil, sospechosos. Sólo habían encontrado una nota que decía en inglés “Llegaste muy lejos”. ¿Muy lejos de qué? No sé, nadie sabía, eso era lo que ella quería que investigara. Ahora, luego de tres meses de investigación, estoy aquí, en esta habitación en Tel Aviv. Les contaré los pormenores. Bueno, sólo un resumen de los acontecimientos que me llevaron a estar aquí hoy.

El difunto marido de la Sra. (ahora viuda) Valdés, el profesor Mann, doctor en literatura comparada y especialista en el idioma alemán, estaba haciendo una investigación sobre la obra de Kafka. Obviamente tenía que ver los manuscritos originales, y algunos están en Tel Aviv, en poder de la heredera de Max Brod (albacea de Kafka), Ilse Ester Hoffe. Según lo que he leído, esta señora no es muy accesible, así que es una rareza el que haya recibido al Dr. Mann. Un mes antes de

ser asesinado, el Sr. Mann visitó Tel Aviv y vio los manuscritos originales de Kafka. En su agenda confirma su visita, además de escribir en un estilo oscuro lo siguiente:

“No lo puedo creer. Todo ha sido una farsa y en mi poder está el dárselo a conocer o no al mundo”

Luego, más abajo y en forma de aforismo, escribió:

“Brod es el dios, Kafka es sólo una máscara, un juguete”.

La Sra. Valdés me dijo que en esos días el Sr. Mann parecía angustiado, que no dormía y “no cumplía con sus deberes matrimoniales”. Según ella —y nunca antes había sucedido— “no podía”. Cuando me lo dijo la miré con detenimiento y pensé: “si todavía tienes ganas de que alguien cumpla con sus deberes para contigo, aquí estoy yo, yo te cumplo todita, mami”. La Sra. Valdés es una hermosura, tanto que sólo por ella, por la posibilidad de poder tirármela, acepté este jodido caso. Ahora estoy aquí, en un país oriental en guerra. Antes de venir acá, a la habitación, di un paseo por ahí, de turista. Error. Un maldito árabe entró en una tienda y lo único que supe después fue que voló en mil pedazos. Carajo, pude haber muerto, aquí, en este loco país. Bueno, pero continuando con el Dr. Mann, el comentario de la Sra. Valdés confirma que el doctor estaba preocupado, y eso tal vez porque lo acechaban. ¿Qué descubrió él aquí en Tel Aviv, entre los documentos de Kafka? No sé, pero voy a averiguarlo. Y tiene que ser grande, porque el doctor pagó con su vida el descubrimiento. Conclusión: tengo que cuidarme.

II

De vuelta a la habitación. Wao, estoy fatigado. Soy un caballo. La acción me excita, debo procurarme carne esta noche. Sí, esto hay que celebrarlo. Fui a ver a la Sra. Hoffe. Es una vieja decrepita, pero arremozada. Ridícula. No me atendió con cortesía. Dijo que no recordaba nada del Dr. Mann y no me permitió acceso a los manuscritos de Kafka. Todo esto me pareció muy sospechoso, por lo que decidí que tenía que entrar, fuera como fuera, y ver esos documentos. No me pregunten cómo le hice para entrar —secreto profesional— pero entré. Creo que llegué a los manuscritos, y digo creo porque a pesar de estar escritos a mano no entiendo nada: Kafka escribía en alemán. Bueno, la cosa fue que los cogí y salí por donde había entrado. Ahora sólo necesito un traductor, y de confianza. ¿Conocen alguno?

III

Hoy llevé los manuscritos a un profesor de filología que me recomendó la Sra. Valdés. Son increíbles las conexiones que tiene esta señora, llegan hasta Israel. Me cambié también de hotel, para no ser encontrado. Ustedes saben, para despistar. Pagué en efectivo. Nada de tarjetas, ok, soy un profesional. Lo que me extraña es que el suceso no haya salido en los medios, el gran robo de los originales de varias obras de Kafka, “el padre de la literatura moderna”. ¿O no?

IV

Toqué a la puerta y una voz ronca dijo algo ininteligible, por lo menos para mí. Así que volví a tocar y la misma voz, ahora en inglés, dijo pase.

- Qué tal profesor, ¿cómo se encuentra?

- Bien ¿y usted? Sea bienvenido.

- Gracias, me encuentro más o menos.

- Oh, bueno... Tome asiento.

Me senté echado hacia atrás, cómodo. Miraba fijamente a la cara del profesor, un tipo más bien mayor. Ustedes saben, decrepito: canoso, calvo, pálido, con un bigotito absurdo que tapaba parte de su labio superior y una papada enorme, colgante, casi como un jodido escroto, pero sin los pelos. Era gordo. Sudaba.

- Cuénteme, profesor, qué encontré, si es que encontré algo.

- Bueno, sí encontré algo, y muy interesante...

- Ok, dispere entonces —interrumpí. Me sentía paranoico en esa oficina. Un pájaro negro se paró en el borde de la ventana que estaba detrás del profesor. Era un día nublado. Se escuchaba el ruido de la calle.

- Sí, como le decía, encontré que los manuscritos se dividen en escritos de Kafka y otros en escritos de Brod. Lo curioso es que hay unos manuscritos que parecen ser de Kafka, pero que un estudio más profundo del estilo y algunas maneras de escribir y plantear las cosas no concuerdan con el estilo de él. (Yo asentía con la cabeza, frunciendo el ceño, poniendo los ojos chiquitos, como de chino. Estaba concentrándome. Ese hombre parecía decir cosas importantes.). Esto lo pude corroborar —continuaba el profesor— con varias cartas del puño de Kafka a Brod, además de que parecen algo diferentes a los manuscritos de *La Metamorfosis*, que se encuentran en Oxford, Inglaterra...

- O sea que...

- O sea que exceptuando las cartas, esos manuscritos no fueron escritos por Kafka.

- ¿Entonces por quién? - pregunté sobresaltado.

- ¡Por Brod! - contestó excitado el filólogo.

- ¿Pero por qué? - pregunté.

No hubo respuesta. Sólo un zumbido, un buche de sangre y unos “ah, ah, ah”, mientras el profesor se desplomaba en el suelo. Yo, bueno, tomé los manuscritos y salí corriendo. Al salir a la calle escuché más zumbidos y vi cómo aparecían pequeños orificios en las paredes y en el metal de los carros. Escuché sonidos como de cristales rotos. Carajo, me disparaban. Pude morir y sin poder echarle un polvo a la Sra. Valdés.

V

Puede ser que el profesor haya muerto antes de aclarar todo, pero creo que descubrí el secreto. Antes de llegar a donde estoy vi a unos tipos altos, blancos y rubios. Pensé que podrían ser alemanes, por la imagen que tengo de ellos, por las películas. Me les acerqué y escuché “Nain”. Sí, “Nain” (y no sé cómo se escribe) significa “no” en alemán, según las películas. Les pregunté si hablaban inglés (obviamente en inglés; hablo un poco el idioma). “Yes”, dijeron, y les pedí el favor de que me tradujeran una carta que decía arriba Brod y abajo, en la firma, Franz. Esto era lo que decía:

“Parece que voy a morir. No puedo cumplir mi sueño de escribir todas esas obras de las cuales te he hablado. Triste, ¿no? Pero más triste aún es morir sin poder hacer público este gran sentimiento que siento por ti, y el cual creo sientes tú también por mí. Adiós.

*Siempre tuyo,
Franz”*

¿Ya lo entienden? Kafka y Brod eran amantes. Como Kafka se murió sin poder escribir *El Proceso*, *El Castillo*, etc., Brod, en un acto de amor por su amante, se dedicó a escribirlas imitando su letra. Las dejó inconclusas para así hacerle creer al mundo que se murió sin poder terminarlas. Todo esto le daba más credibilidad. Así no sólo escribió las obras que quería escribir Kafka, sino que también lo hizo famoso y creó un mito alrededor de su persona. Todo encaja, sino ¿por qué su padre no lo aceptaba? Porque era homosexual, es la respuesta. Por eso mataron al Dr.

Mann y al filólogo, porque descubrieron el secreto. Se preguntarán por qué matar a una persona sólo por eso, pero la cosa es más compleja y tiene que ver con política.

Cuando tomo un caso investigo la vida de las personas implicadas. Así que además de investigar al profesor Mann, investigué la vida de Kafka, de Brod y de la Sra. Hoffe. ¿Qué descubrí? Que Kafka no era muy político, o al menos proselitista (si no saben lo que significa la palabra, búscuenla en un diccionario); en cambio que Brod sí. El muy tramposo estaba ligado al movimiento sionista y parece que llegó a ocupar un puesto dentro del gobierno israelí. Algo secreto, o al menos eso dicen los rumores o las fuentes que leí. Nada, creo que la cosa es que en esos años se estaba formando el Estado israelí y se hubiera visto mal que uno de sus más acérrimos defensores fuese homosexual, aunque estuviese ligado a la cultura. Ustedes saben, los escritores, pintores y actores pueden ser *gays*, se les perdona, es algo hasta *cool*; pero en la política es algo mortal, es como tener ébola o ser un maldito leproso. El homosexualismo de Brod desprestigiaría la causa, al Estado en sí, que tenía tantos detractores en el mundo, principalmente en Arabia. La cosa ahora parece estúpida, pero los judíos no podían darse el lujo de dar excusas para que los atacaran, aunque fuesen de índole moral. Así que el gobierno israelí le limpió el pico a todo aquel que descubriese el secreto. Y lo continúa haciendo para impedir que se sepa el secreto de su secreto. Para seguir con la costumbre, pues...

¿Acaso creen que sólo el Dr. Mann y el filólogo son sus únicas víctimas? Estuve investigando y en los últimos 42 años han muerto cuatro investigadores de la "obra de Kafka". Cuatro personas que fueron a Tel Aviv y revisaron los manuscritos. El Dr. Shubellmann murió en Berlín, en el '54, en un accidente automovilístico. Tal parece que "se quedó sin frenos". La Srta. Kloss murió en Copenhague, en el '67, intoxicada con pastillas. La policía concluyó que se "suicidó". Ronald Edwards, en el '81, murió aquí en Israel, supuestamente en un atentado terrorista. "Un desafortunado error", según la noticia. Y Milan Kretzz murió en Praga, en el '92, víctima de un incendio. Alegadamente ocurrió un corto circuito en su casa y "murió por el humo del fuego mientras dormía". Todos estos crímenes por encubrir la verdad. Crímenes de jodido patriotismo. Bah. Toda una historia, ¿no?

Pero esperen, veo una sombra por la raja de debajo de la puerta. Hay alguien. Dios mío, no tengo arma (me la quitaron al llegar y no he podido conseguir una). Bueno, si es mi fin, si alguien encuentra esta libreta, sepa que todo en ella, toda la historia, es real. Si la encuentra tenga cuidado, cuídese, y hágale llegar esta información a la Sra. Valdés, en Proveza 27, 08029, Barcelona, España.

Ah, y yo soy Lorenzo Brunetti, puertorriqueño, descendiente de italianos; detective y escritor frustrado. Si no es así, ¿por qué carajos escribiría todo esto, así, en un diario? Sra. Valdés, me encanta, es usted preciosa, la causante de ésta, mi

desdicha. Pero sepa que ya ha sido mía, que la poseí con cada cuerpo que penetré aquí en Tel Aviv. Perdóneme, pero usted me excita.

Lorenzo Brunetti, marzo de 1996

[Administración UPPR]

De los amores de mi vida,
por Daniel Hilerio Villanueva

Desde que tengo memoria he estado enamorado. Ya de alguna compañera de escuela, ya de alguna maestra, ya de algún libro, ya de mí mismo, pero siempre, siempre enamorado. Dígame usted, lector, si vale la pena vivir de otro modo. Mi primer amor se llamaba, digamos, Beatriz. La conocí en la escuela, era un año menor que yo y les puedo jurar que la amé como nadie ha amado a los trece años. Era bella como ninguna en su grado. Todos los días a la hora del almuerzo me esperaba en el estacionamiento de la facultad sentada detrás del carro de la maestra de historia mientras su amiga hacía guardia. Entonces, me sentaba a su lado, le sujetaba las manos, le acariciaba el pelo y hablábamos la hora entera de Dios sabe qué. Me acuerdo de sus uñas, largas y pintadas de colores brillantes. Me recuerdo de las pecas salteadas que adornaban su cara blanca y liza. Me recuerdo de su mirada honesta y su delicada sonrisa. Todo lo demás lo olvidé; recordar es también olvidar. Todas las mañanas me levantaba pensando que ése sería el día que la besaría. Mientras me hablaba, yo miraba sus labios tratando de inventar algún comentario ingenioso que la impulsara hacia mí. Montones de ellos me vinieron a la mente mientras ella me contaba de su hermanito, de sus notas, de sus amigas, de su mamá y de la iglesia. Nunca la besé, pero me hice poeta delante de ella sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta.

Claro que había amado antes, siempre se ama aunque no siempre se sepa. Claro que había inventado líneas de amor en mi cabeza para otras niñas, pero nunca habían estado tan cerca de cumplir su propósito. Aunque nunca la besé, no me importa. Sé que si me la encontrase hoy lo haría y le devolvería, en un beso, el favor de hacerme poeta. Pasó con esto lo que ocurre, regularmente, con estas cosas. Yo

me creía grande, ella se sabía niña, y con colgar el teléfono un, no sé, 3 de julio de 1963, terminó todo. ¡Qué maravilloso el primer corazón roto! Hasta entonces no conocía los desvelos, la falta de apetito y el hastío de la vida. Con esa ruptura se divorció también mi corazón de mi mente y desde ese momento no se han vuelto a hablar. Ahora, en retrospectiva, no puedo hacer más que recordar el momento, reírme de mí mismo y darle las gracias a la que me hizo poeta, al primer amor de mi vida.

Pasaron unos años antes que se volviera a fijar mi mirada en otra mirada. No por esto vivía yo sin sentir el desbalance químico del amor. Nada más lejos de la verdad. Pero ninguno fue tan importante para mencionar como lo fue el caso de, pongámosle, Elizabeth. Cómo la encontré es una larga historia que no vale mencionar. Lo importante es que la amé profunda, sincera y transitoriamente. Debo confesar que no era la más bella del mundo, pero era mía en el momento cuando un joven busca una jovencita de quien adueñarse, ¿me entiende, lector? Con ella conocí lo que era dormir con el teléfono al oído, llegar a las tres de la mañana a la casa, robar besos a las espaldas de los padres y, claro, comprar regalos de Navidad, cumpleaños y aniversario. Con el tiempo desaprendí esos tediosos protocolos que tan profundamente inculcó en mí. Ahora bien, con ella también aprendí lo que se siente tener un cuerpo desnudo y sudado encima, debajo o al lado. Al principio ninguno tenía idea de lo que hacíamos, al final eso no había cambiado, pero todo lo que hacíamos era arte, un arte torpe, pero arte al fin. Confieso que esta costumbre se me ha hecho imposible de arrancar. Aprendí también a observar, y como ya era poeta, verla vestirse y desvestirse se convirtió en una acción que después fue poema. ¿Qué si la ame?...pues sí, la amé hasta que pude. Dos años y medio después, a sus 19 años, quedó embarazada y yo, que me sentí idiota por haberlo dejado pasar, me sentí más idiota aún cuando, tiempo después, supe que no era mío. Ahora, en retrospectiva, no puedo hacer más que recordar el momento, reírme de mí mismo y darle las gracias a la que me hizo papá, al segundo amor de mi vida.

La banalidad de la vida que siguió después sirvió para despojarme de las costumbres que había adquirido voluntaria o inconscientemente. No tuve que tomar Biología 101 tres veces para saber que el alcohol sana las heridas, así que por los siguientes dos años me concentré en curarme. De vez en cuando, no tengo porqué mentir, tiré alguna cana al aire pero a ninguna amé por más de una noche, dos máximo. Hubo una tal Guadalupe, que despaché porque no paraba de hablar. Después Dalia, interesante, bonita pero exigente. También una de nombre Natacha, es todo lo que recuerdo de ella. Y hubo una con un nombre raro de esos que terminan con Marie... ¿o comenzaba con Marie? ¡María Elena! Ese era su nombre. Entonces, sin estarla buscando la encontré. Sin caer en ese romanticismo morboso confieso que caí enamorado cuando volteó su mirada y me sonrió. Como por instinto me fui detrás de ella queriendo arrebatarse el alma con cada palabra. Ya para

entonces me creía un poeta hecho y derecho y le hablaba con tanta confianza, con tanta seguridad de que mis versos calaban profundamente en su mente que sonreía a mis adentros y la pensaba inocente. Si mi mente no me falla se llamaba ¿Ester?... ¿Estela?... ¿Marlene?... ¿Patricia?... ¿Ivonne?...no, no, ¡Sharon! Cuán bella era, más bella aún cuando la quería. Me tomó años traerla a mi lado pero cada día la amaba más. Mi amor por ella me desesperaba, me enloquecía. Me desvivía poco a poco esperando su llamada, me desvelaba las noches cuando me hacía el honor de dormir a mi lado. Respiraba el aroma que salía de su cuello; cualquier otra forma de aire era considerada por mis pulmones como una sustancia venenosa. Así que me acostumbre a respirarla y se me hizo imposible vivir sin ella. ¡Cuán maravilloso es vivir así! El mal que causan los sentimientos nobles no es sufrido.

Cuando la tuve, la quise. Me recostaba en su falda y me acariciaba el cabello. Yo la miraba a los ojos y le besaba la frente. La amé más que cualquiera antes, durante o después. Quise ser la sábana con la que se arropaba por las noches. Quise ser el espejo que guardaba en su cartera. Quise ser cada letra que salía de su boca y cada palabra que entraba por su oído y lo fui. Ambos fuimos uno y nos desconocimos. Comenzó entonces lo inevitable. Yo fui el espejo en su cartera y ella fue perdiendo su reflejo. Fui cada letra que salía de su boca, pero no pude entenderla. Ella me arropaba con su cuerpo todas las noches y entonces, deseé dormir solo. La amaba tanto que se necesitó más que esto para perderla y con el tiempo llegó. El alcohol que tan necesario se me hizo para mantener mis cicatrices limpias había tomado efecto en mí. Con Dios sabe cuántos años me encontré, como en un sueño, delante de un hombre extraño vestido en blanco impecable dictando mi sentencia y mis días de vida. La terrible noticia sólo sirvió para justificar mi indiferencia por la vida y lo vivo. Ella, tratando siempre de cuidarme, vio su hermoso rostro envejecer mientras yo, cigarrillo tras otro, me fumaba y esfumaba la poca vida que quedaba en mis ya maltrechos órganos. Me juró que nunca me dejaría, me juró que saldríamos de eso juntos y quizás, si le hubiera hecho caso, así hubiera sido, pero no tuve corazón para retenerla. Decidí entonces irme, dañarle algunos días para no destruirle la vida. Y sin más razón que ésta, un buen día mientras ella estudiaba, recogí mis cosas y nunca volví.

Hay días en que paso por su casa, la que antes era nuestra, y no puedo evitar mirar, buscar su carro en la calle, buscarla en el balcón y hay veces que la hallo pero nunca me detengo. Hubo días en que me escribía, hubo días en que me llamaba. Pero al final supongo que entendió y siguió con su vida. Ahora, en retrospectiva, no puedo hacer más que recordar el momento, reírme de mí mismo y darle las gracias a la que intentó salvarme la vida, al tercer amor de mi vida.

Poco, muy poco después, me encontré en el camino con la que sería de todas la más bella. No la estaba buscando pero la encontré y cuando di con ella no la quise

soltar sabiendo que no podía retenerla. ¿Qué si la quise? La quise como un niño quiere el columpio del que se aguanta, pero no la pude amar, por más que intenté. Ella en cambio se entregó completa. Todo lo hacía por mí. Yo la contemplaba, pero ya no era poeta. Trataba de recitar mis mejores versos pero pasaban como palabras comunes y morían antes de llegar a su oído, antes de llegar. No recuerdo su nombre, pero no importa porque recuerdo su cara y eso no se puede cambiar. Y si cambiase su nombre y su cara recordaría entonces su voz. Y si con todo y esto quisiera huir todavía más y cambiase su voz recordaría su olor. Así seguiría hasta que no quedase pedazo de ella que no estuviese guardado en mí. También ella trató de salvarme:

-No te puedes dejar morir –me decía- piensa en mí.

Pero era muy joven para que yo la escuchara y muy frágil para apoyarme de ella. Cuando la escuchaba hablar la sentía niña pero la sentía cerca. Y su voz en mi oído producía poesías en lo que fue el corazón de un viejo poeta; poesías que se iban descomponiendo lentamente por no saber encontrar el camino hasta mi garganta. Por no saber encontrar el camino no, por habersele olvidado. Entonces, ahí me sentí perdido. Todas las noches mi cansado cuerpo se acostaba junto a su cálida y delicada piel con indiferencia. Más de una vez le di la espalda en medio de un beso. Poco a poco dejé de estar presente.

-¿Sientes eso? –me decía mientras tomaba mi mano y se la llevaba al pecho; al corazón.

-No, no siento nada –le respondía.

Y era la realidad, no lo sentía. Logré dejar de sentir y ni eso dolió. Paulatinamente, mientras yo me ausentaba, ella se fue alejando y por su propio bien se marchó. No sé si me dolió, pero sé que no me quejé. Cuando entré al cuarto y vi que sus cosas no estaban no desesperé como hubiera hecho antes. Dejé todo en su lugar, salí al balcón, me senté en la mecedora y lo entendí. Ahora, en retrospectiva, no puedo hacer más que recordar el momento, reírme de mí mismo y darle las gracias a la que me hizo entender, al último amor de mi vida.

Así que, como ven, lo he perdido todo con el tiempo. Sí, las he perdido a todas. Algunas me han dolido más que otras. Ya porque fueron más bellas, ya porque las tuve más tiempo, pero todas han dejado de ser. Cuando digo esto siempre algún lector se pregunta: ¿Pero cómo que han dejado de ser? ¿No querrás decir que se han ido? Es justo hacerse estas preguntas pero con el tiempo las mentes reflexivas llegan siempre a la misma conclusión: no existe otra parte; es sólo esto, es sólo aquí, todo es ahora. Además, no es lo mismo perderla a que se haya ido. Perderla implica un descuido, una distracción, una desconcentración. En fin, perder a alguien dice mucho de una persona.

Ahora me siento en la sala de mi casa, dándole la espalda a la entrada, cierro los ojos y me concentro. Trato de escuchar los ruidos de los pasillos y las conversaciones en los apartamentos que me rodean. Si escucho tacones pienso: “Fulana caminaba así”. Hay veces que escucho una pareja discutiendo y me digo: “Yo tuve esa discusión con Sutana”. Así paso horas hasta que me interrumpe el sonido del juego de llaves entrando por el cerrojo y siento que una puerta abre. Entonces me levanto, clavo mi mirada en la entrada de mi casa y grito un nombre, cualquier nombre, esperando que entres. Después sonrío, camino hasta el estudio y me siento frente al papel en blanco con pluma en mano y escribo:

Memorias de los amores de mi vida

o

Cuando yo fui poeta

Y me quedo contemplando la página, como en un letargo.

[Miembros de la Comunidad]

La cajita de madera,
por Mario A. Agrait Rodríguez, “Antonio Galero”

Estaba en un espacio lleno de imágenes que aceptaba como tuyas en los instantes inmedibles entre el despertar y el continuar dormido. Cuando ese despertar es gradual en lugar de brusco, se le mezclaban las imágenes de los sueños con las sensaciones que bombardeaban su mente bajo el filtro de la somnolencia. El sueño, cual barro en las manos de un loco, se amoldaba mezclando lo soñado con lo sentido. ¿Cómo saber en ese momento si lo real es lo soñado o lo soñado lo vivido?

Para Roberto siempre comenzaba todo como el despertar de ese momento, con la diferencia de que *el siempre* era relativo: porque él *nunca* lo recordaba.

Antes de abrir los ojos sintió el movimiento de su cuerpo sometido a la reconocida -por instinto- fuerza de gravedad. Reconocida y aceptada por todos, hasta los dormidos, que pueden desafiarla sólo en los sueños, pero también sueñan algunas veces que se caen...

Pero antes de abrir sus ojos ya estaba pensando en ella, recordándola abrazada a su espalda luego de hacerle el amor. Al igual que la inevitable naturaleza, sus cuerpos no podían evitar esa fuerza que los llevaba a arremeterse, morderse, amarse con la desesperación de dos cuerpos celestes que van en camino del inevitable impacto; sudorosos, abrazados bajo la frisa en aquella pequeña cama, en esa fría noche de invierno:

-*Hemos hecho el amor...*

-*El amor ya estaba hecho, no podemos hacerlo...*

- *¿Y qué fue lo que hicimos entonces?*

-*Hemos compartido nuestro amor.*

Entonces fue que allí, antes de abrir los ojos y de ser sometido a la realidad de encontrarse abandonando un sueño, sintió su cuerpo halado por el cinturón de seguridad. Estaba sentado en el asiento del pasajero de un auto desconocido y al mirar a su lado vio a un muchacho de unos veinte años que iba conduciendo.

-No te preocupes papá, ya estamos llegando. Sólo faltan un par de calles más.

-Guía con más cuidado que nos vas a matar a todos. -Habló una segunda voz desde el asiento trasero. Miró hacía donde provenía la voz, que ya había reconocido, para ver la imagen envejecida de su esposa Isabel:

- *¿Adónde vamos?*

-No te preocupes y sigue durmiendo. -le contestó ella.

El muchacho que conducía el automóvil le sonrió. Reconoció esa sonrisa como la de su hijo menor, Felo. Pero el Felo que él conocía solo tenía siete años. Estaba extrañado, tratando de darle sentido de todo lo que veía a su alrededor,

buscando pruebas de si estaba despierto o dormido se preguntaba: ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba allí? ¿Hacia dónde lo llevaban?

El auto dio otra vuelta en la próxima esquina, y reconoció el pueblo donde habían nacido sus padres... El muchacho conducía tan mal como Roberto... ¿Roberto? ¡Él se llamaba Roberto!

-¿Qué ha pasado?

-¿No lo recuerdas...? -preguntó Isabel con un tono extraño mirando a Felo.

-Tuviste un accidente y perdiste la memoria. Tómalo con calma, papá. -le contestó Felo sin quitar los ojos de los de su madre.

-Sigue durmiendo Roberto. Vamos a casa de Isa, a ver las nietas.

¿Isa? Isabelita... Isa era su hija mayor, debía tener unos doce años en este momento. ¿Una nieta? ¿Isa casada?

-¿Desde cuándo estoy así...?

-Siempre pregunta las mismas estupideces.... -fue la contestación de Isabel mientras apretaba los labios con rabia.

El hijo miró a la madre por el espejo retrovisor desaprobando su comentario y contestó a su padre:

-Varios años.

-¿Cuántos años llevo dormido?

-No has estado dormido; la memoria te falla, te olvidas de las cosas, la memoria viene y va...

-Atiende a la carretera, Felo, que es lo que tienes que hacer.

Las dudas lo devoraban desde adentro tratando de rellenar espacios que no encontraba. Recordaba que ya no vivía con su esposa porque las peleas que tanto le habían cansado le convencieron de separarse de ella. Quería darse un tiempo solo, pero algo había pasado durante ese tiempo de separación. Las frustraciones que lo consumían en esa soledad del destierro voluntario se acentuaban con la separación de sus hijos. Sobre todo, siendo lo más doloroso, el reconocerse fracasado en el matrimonio... Pero todo ese dolor había tomado un descanso con la llegada de un evento sorpresivo que interrumpió su simple existencia. Por alguna razón que sólo podía atribuir a un error cósmico: Roberto había aprendido a vivir.

Los cuerpos abrazados debajo de las sábanas mojadas de sudor. Una respiración agitada que se iba normalizando y tranquilizando con cada minuto que pasaba. Los besos de Sofía, de forma esporádica escapaban de sus labios para caer dulcemente en su nuca y en su cuello. Estaban abrazados, no, enredados en un abrazo, sujetados en un abrazo, sujetados entre las almas y rodeados de sus brazos... Él no tuvo más remedio que decirle la verdad de todo aquello, de echar a un lado, como lo había hecho desde que la había conocido, toda apariencia y dejar a su corazón hablar aunque rompiera el encanto del momento:

–Nunca me había sentido más feliz en mi vida. Si este fuera el último día de mi vida moriría feliz de haberlo pasado contigo.

–Cállate, tontito, o me vas ha hacer llorar.

–¿Sofía...? ¿Dónde está Sofía?

Preguntó mirando a su alrededor como si se diera cuenta por fin que estaba en el auto y no en la cama con su amante. Entonces cayó al asimilar que estaba con su esposa. Lo que él recordaba era que estaban con los trámites del divorcio. Si pronto estarían divorciados, ¿por qué seguía con ella? ¿O se habrían divorciado ya? Le daba pena herirla o hacerla sentir mal y no se atrevía a preguntarle si todavía estaban casados. Antes de hablarle quería arreglar las ideas que se desorganizaban en su mente. Quería entender las imágenes construidas dentro de una inquietud de saber la verdad y una desesperación de no conocer cómo formular la pregunta.

Miró a su hijo que trataba de parecer calmado atento a las señales de tránsito. Miró a su esposa y notó la sequedad en su rostro. Ella sabía quién era Sofía y la relación que ésta tenía con él. Todos lo sabían porque él se lo había dicho a todos, no había escondido nada. Desde el punto de vista de Isabel, Sofía era esa mujer que había destruido su matrimonio: “Me ha *sonsacado* al marido”, le había dicho, “Roberto me has dejado para estar con esa mujer”. Pero en ese momento, en el rostro de Isabel, veía Roberto otra cosa. A él le parecía una actitud de triunfo mientras decía:

–Ella ya no está, quizá se hizo vieja, quizá le pasaron veinte años por la vida...

Su esposa estaba siendo vaga con un propósito, estaba disfrutando el decirle estas cosas y el saberle completamente inútil para contestarle, para defenderse. ¿O tal vez era cierto todo...? ¿Acaso era cierto que había perdido las facultades mentales y había vivido entre sueño y pesadilla, entre despertar y dormitar, entre el letargo de la muerte y una vida incompleta durante largos años?

–Llegamos. –declaró triunfante Felo, deseoso de acabar el difícil tema.

Cuando le ayudaron a salir del automóvil se sintió más viejo de lo que se acordaba, pero dejó que lo guiaran y entró en la casa donde conoció por primera vez a sus dos nietas... ¿Sería verdad que no era la primera vez? Eran tan hermosas y juguetonas que les recordaron a sus propios hijos cuando tenían esas edades. Había sufrido mucho al separarse de ellos, pero no encontraba otra cosa que hacer: Ya no amaba a su esposa.

En un momento dado trató de despegarse de su familia con la excusa de ir al baño. Pero lo que hizo fue buscar un teléfono. Marcó el número que recordaba de Sofía y le contestó un extraño que dijo nunca haber conocido a nadie con ese nombre. Trató de averiguar más detalles pero el extraño le colgó el teléfono.

-Ella no está, Papá.

Cuando se volteó vio a su hijo que con gentileza y cuidado tomaba el teléfono de sus manos. Felo miraba a su alrededor para estar seguro que nadie los veía.

-¿Y dónde está?

-La arrestaron hace años por estar envuelta en ciertos ataques terroristas. Ella estaba relacionada con activistas de extrema izquierda... -le contestó su hijo como si recitara un parlamento aprendido, pero nunca aceptado.

-¿La arrestaron?

-Sí, la misma noche que tú recibiste los golpes.

-¿Golpes?

-Los que te causaron la amnesia. -terminó diciendo como si esperara que con esas respuestas se calmara.

Roberto aceptó las respuestas de su hijo sin encontrar memorias que le convencieran. Conoció la felicidad en los ojos de sus hijos hace tanto tiempo cuando los había tomado en sus manos por primera vez al nacer. No conocía momentos más importantes en su vida y por esa razón a ellos les había dado todo su amor. Afrontó la apatía y la frustración cuando el amor no había sido suficiente para mantener su familia unida. Enfrentó la desesperación cuando tuvo que separarse de ellos. Reconoció hasta a la muerte... y entonces, encontró el amor:

-Quiero tenerte para siempre entre mis brazos, a mi lado. Quiero sentirte mientras duermes a mi lado.

-¿Y para qué tanto deseo de escuchar mis ronquidos, loquita?

-¿Tus ronquidos? Tus ronquidos significan que no eres un sueño...

Se habían encontrado casualmente, buscando el mismo libro en la misma librería, en la misma semana, pero en diferentes tardes. En esos momentos, ninguno de los dos halló el libro que buscaban, pero se cruzaron peleando con un tonto vendedor por su reservación un mes más tarde... Allí se conocieron y desde ese instante se amaron.

-Tengo que verla, tengo que saber que está bien. Tiene que saber que estoy bien y que todavía le busco.

-Pero papá, han pasado muchos años...

-Eso no importa. Tengo que saber...

-¿Qué tienes que saber? -interrumpió la voz de Isabel que entraba al cuarto buscándole. -Nada tienes que saber. Ahora estás con nosotros, y eso es todo.

Roberto miró hacia el suelo recordando esa última noche con cada detalle acariciado en su alma. No había espacio ya en su mente para dudas. Todo estaba ocupado por el corazón.

-Tengo que saber si me recuerda.

Los ojos de su esposa se cruzaron con los de su hijo como posiblemente lo hicieran muchas veces antes. Un par de ojos miraba con una mezcla de furia y cansancio mientras los otros le solicitaban paciencia. Roberto entró en el estudio y comenzó desesperado a buscar papel y lápiz. Su hija llegó atraída por la conmoción y los observó a los tres, su rostro fue cambiando a una expresión de impaciencia:

-¿Otra vez?

-¿Otra vez qué? -le preguntó molesto Roberto.

Sólo esa pregunta fue necesaria para que Isabel explotara discutiendo. Isa le añadió a los gritos recriminándole a su padre por hacer sufrir a su madre. El esposo de Isa trató de poner calma, pero fue rechazado por su mujer y su suegra. Una de las niñas, asustada por los gritos, comenzó a llorar y su padre la tomó en brazos sabiendo que por lo menos a una de las mujeres de la familia podría calmar con sus palabras.

Felo vio a su padre visiblemente inquieto y tomó una pequeña libreta de una gaveta del escritorio. Se la colocó en las manos junto a un lápiz. Él sabía que necesita hacer algo y escribir siempre lo tranquilizaba. Retiró a los demás del estudio de su hermana y se quedó solo con su padre, cerrando la puerta para dejar

afuera toda la discusión que sólo podía traer confusión al viejo. Roberto lo mira con amor, agradeciéndole, y luego de sentarse en el escritorio comienza a escribir. En esas páginas escribe una carta de amor a Sofía: su Sofía. La mujer que le devolvió la vida y la razón de tenerla. La mujer que, de ser un esquema o un diagrama y una mezcla de sueños y deseos, se convirtió en una mujer de carne y hueso, de mente inquieta y alma apasionada. Una pareja para él, una forma, un abstracto, una escala, un espejo “una toda donde se sentía todo”.... No podía ver las arrugas en su mano mientras escribía su carta y su cuerpo que tambaleaba como si las letras lo halaran hacia el papel y tuviera que luchar contra esa fuerza para volver a erguirse y continuar escribiendo. Roberto amaba y se sentía amado y es su sentimiento tan fuerte que sus ojos se llenaron de lágrimas.

En muchos detalles el amor de Sofía le recordaba las cosas que había sentido por su esposa Isabel cuando eran jóvenes, antes de que se les acabara el amor. Era la forma en cómo se acariciaban con cada mirada, cómo se amaban en cada beso. Eran esos detalles que existían al encontrar el perfecto momento para hacer todo momento perfecto. Así también habían estado ellos dos locos, realmente enamorados:

-*Mujer....*

-*¿Qué fue amor?*

-*... eres maravillosa...*

-*Y tú eres un tontito.*

Por un momento Roberto pausó en su tarea como si recordara algo de sus memorias perdidas. Pero volvió de inmediato a escribir hasta que terminó de hacerlo, ocupado en las cosas que si recordaba más que en los vacíos que había en su mente. El resto de la tarde se la pasaron Isa y su madre discutiendo sobre la posibilidad de la alternativa de recluirlo. Isabel se oponía con firmeza. Felo no le hacía caso a ninguna de las dos mujeres, y dedicaba su tiempo a hablar con su cuñado mientras miraban un partido de béisbol.

-Ya se le pasará, ya verás que mañana será un mejor día, Isa.

-¿Y vas a aguantar todo eso cada vez que le dé por hablar así de ella?

-Es mejor así a que salga a “buscarla” y le pase algo, total ella no importa.

-Díselo a él, mamá.

Un par de horas más tarde no tuvieron más remedio que montarlo nuevamente en el automóvil y volver en el largo viaje a la casa. Llegaron cansados y

Roberto casi se dormía parado. Mientras Felo lo llevaba a su cuarto abrió los ojos, se volteó y le dijo:

-¡Felo!, ella tiene que saberlo.

-Sí, papá, no te preocupes le enviaremos la carta.

Isabel no pudo evitar el escuchar la conversación y palpó la carta en el bolsillo de la chaqueta de Roberto mientras le ayudaba a quitársela, luego le cambió la camisa y lo acostó en su cama. Cuando lo vio dormido tomó el sobre y se dirigió al estudio. Abrió una gaveta y de la misma extrajo una pequeña caja de madera la cual abrió con una llave que llevaba en su bolsillo.

Dentro de la caja guardó la carta sin leerla, junto a las otras que allí había todavía sin abrir. Era un cementerio de cartas cerradas como ataúdes apiñados en una fosa de madera. Diez años de cartas de amor dedicadas a *esa otra mujer*. Volvió a cerrar la caja y la guardó en la gaveta como si fuera un ritual sagrado. Isabel cerró todo con llave y apagó la luz del estudio en espera de que la oscuridad le devolviera a su esposo de los brazos del sueño que lo consumió.

Madre es la que cría,
por Rubén González Jiménez, “Ástinos”

I

A pesar de que ya contaba cinco años de edad, aún se paseaba a gatas —junto a los que conocía como hermanos— por el sórdido apartamento. Tuvo escaso ejemplo humano, pues su abuela era inherente al sofá y su madre apenas consciente el par de horas que estaba en la casa. Isabelita aprendió el traslado cuadrúpedo de quien la criara, y como siempre estaba agazapada se le atrofiaron las coyunturas de las piernas. La piel sobre las rodillas era tan dura como suela de zapato. Las pantorrillas, por la perpetua genuflexión y la costra acumulada, se le pegaron al dorso de los muslos dándoles aspecto de patas caninas. Siempre tenía las manos a medio cerrar y apoyadas en el suelo; los dedos se le encorvaron permanentemente. Por ello se le había escoriado la piel que cubría las articulaciones, que ahora dejaba ver el hueso circundado por carne podrida. Los nudillos expuestos parecían garrillas de perro. Poco a poco mudó los bucles negros por una alfombrilla de pelo hirsuto que se extendía más allá del cuero cabelludo, hasta cubrirle gran parte de la frente, mejillas, cuello y hombros. Los diminutos vellos rubiones del pecho crecieron largos y gruesos... Mirándola a vuelo de pájaro pudiera confundírsele con un rottweiler. Tampoco aprendió a hablar, sólo a ladrar cuando tenía hambre y aullar cuando la golpeaban. Creció fuerte, tenía el pecho levantado y bíceps bien definidos, por toda la leche que junto a las otras dos crías chupó de las tetillas de Tormenta.

II

Isabel, como trabajaba toda la noche y dormía todo el día, confió a su madre la crianza de su hija. Quien a su vez relegó la responsabilidad a Tormenta; perra fiel hacía más de diez años. La abuela no salía de la casa, se entretenía haciendo malabares con el vaso de ron con leche en una mano y el cigarrillo encendido en la otra. Dos meses después de que naciera Isabelita su madre decidió que era tiempo de regresar al trabajo, pues en su profesión la juventud es muy ventajosa. Los años de experiencia la perjudicaban en vez de favorecerla. Doña Isabel, inundada de humo y alcohol, accedió a hacerse cargo de su nieta. Aunque realmente nunca dijo que sí ni que no, cada vez que trataba de hablar comenzaba a toser con el mismo estruendo de un motor diesel. Cuando lograba filtrar dos o tres palabras entre la sinfonía *Tos Ferinezca*, producto de cuarenta años de fumadora, éstas carecían de coherencia. No obstante, su hija las interpretaba a su conveniencia.

Isabel comenzaba a vestirse —más bien a desnudarse; sus reducidos trajes para trabajar de noche cubrían menos que los boxers y la camisilla que vestía para dormir de día— a eso de las nueve de la noche. Ya para las once estaba en el *Lucky Seven*. Sacudía sus caderas al compás violento del bajo, la fricción de sus muslos apretados alrededor del tubo niquelado inducía las más dulces denteras, cuando descendía de a poquito. Paraba los corazones de sus espectadores al hundirles los tacones en el pecho, o cada vez que arqueaba la espalda pronunciando más sus nalgas —rígidas por el sismo coxal que requiere su profesión— y comprimía los hombros para arropar entre sus cocos algún rostro perplejo. Bailaba y se vendía en los prostíbulos disfrazados con neón y tarima de Puerta de Tierra. «Hola, soy Dulce, ¿me invitas un *Dewar's* a las rocas?», se presentaba con su nombre de diva al candidato que viera en la barra. Le deslizaba el índice, seductor, por la patilla, lo pasaba suavemente por la curva de la oreja, luego a lo largo de la mandíbula hasta detenerse sobre el labio inferior: «son setenta y treinta por el cuarto». Muchas veces los clientes, como perros amaestrados, le lamían el dedo antes de decirle: «vamos».

III

Tenía veintiún años y aún lucía la figura quinceañera de cuando quedara embarazada de Isabelita, sin embargo, llevaba hendidas en su cuero las grietas de madre adolescente. Eso, y el exceso de gravitación de sus pechos eran impedimentos para bailar en los glamorosos clubes de Isla Verde. Su esbeltez, rayando en flaqueza, era por la adicción a la cocaína. Buena para el trabajo nocturno, ya que le quitaba el apetito y le espantaba el sueño. Sin embargo, sufría la paradoja de la ramera adicta al perico: dos orificios corporales eran su fortuna, a la vez que otros dos eran su ruina. En las noches que se quedaba corta para cubrir el vicio, volvía a su casa acompañada de algún malviviente que conociera en el *Lucky*, quien le ofrecía coca en trueque por sexo. Tenía el apartamento para ella, y podía revolcarse a sus anchas. Su madre no despertaba ni con un pito de policía novato silbándole al oído, pues luego de consumir una botella de Palo Viejo y seis cajetillas de Salem, diariamente, quedaba tan intoxicada que parecía morir en la noche para resucitar a medio día. Y a Isabelita, por su aspecto muy perruno, la encerraba en el ropero mientras que Tormenta y sus dos crías pernoctaban en el balcón.

IV

Durante los cinco años de vida de Isabelita, doña Isabel andaba ajena a la realidad. Sumida en el alcohol, y cegada por la perenne niebla monoxicarbonada, apenas podía notar la evolución canina de su nieta. Isabel tampoco la atendía, se preocupaba más por mantener su onerosa adicción —que últimamente incluía

inyecciones de manteca, además del cocktail de pastillas, perico y marihuana— que de fungir como madre. Ni siquiera se daba cuenta de la licantropía que sufría su hija. Nunca pudo asimilar el recorte que dio a su libertad el nacimiento de Isabelita, y por eso la odiaba.

V

Desde que aprendió a salirse de la cuna, Isabelita dormía con la cabeza apoyada sobre la panza de Tormenta, oreja a oreja junto a los dos cachorros. El trío husmeaba durante todo el día cuanto rincón había en el apartamento. De tanto olfatear desarrolló membranas muy largas, que le permitían discernir entre olores con casi la misma precisión que los perros. Su favorito era el olor a aceite que emanaba de la caja de belleza de su madre. Roía los jabones, lamía la sombra de ojos y el colorete, se tragaba los lápices labiales, bebía la crema humectante cuando rajaba los envases con sus colmillos... Comía, bebía y lamía hasta empacharse.

VI

Fue una oferta que no podía dejar pasar: un cuarentón de buena pinta le ofreció cuatrocientos dólares para que se fuera con él. Quiso llevarla a su apartamento en Dorado, pues no pensaba acostarse sobre el mismo colchón maloliente que había usado una veintena de hombres esa misma noche. Permaneció callado casi todo el trayecto. Salvo que contestara las preguntas de Dulce con un simple sí o no. Abrió la verja automática que daba acceso a los lujosos apartamentos, apretando el botoncito integrado al marco del espejo retrovisor de su Mercedes Benz. Isabel paseaba sus ojos por todas partes. La luz tenue, que irradiaba de los faroles de jardín, iluminaba el espectáculo. Se imaginaba como una dama de alta alcurnia: la acariciaba la suave y templada piel del asiento delantero, la relajaba el piano de John O'Connor en la perfecta acústica de la cabina, era la primera vez que le abrían la puerta para que se bajara del auto (sin incluir las veces que se la abrieron para empujarla del vehículo en marcha, para no pagarle). Se sentía soñada.

Isabel, con aires de señora ricachona, caminaba por la vereda de helechos que daba a la puerta principal y en su pasarela continuaba con él haciéndole preguntas. Él aparentaba estar refugiado en sí mismo. Ella se sorprendió cuando le abrió la puerta y la inmensa sala estaba vacía, latas de pintura amontonadas, las ventanas y puertas de cristal forradas con papel de estraza y todo el piso cubierto con plástico. Él se anticipó y le contestó con una oración completa —la primera que formulaba desde que salieran del *Lucky Seven*—, como si adivinara en los ojos de Isabel lo que ella estaba a punto de preguntarle: «Sólo vengo aquí cuando tengo ganas de portarme mal». Dio dos pasos rápidos, ansioso, tenía mirada abismal, se le

escurría una sonrisa pérfida del rostro... La tomó bruscamente por el pelo, le subió la mano por el muslo hasta la ingle y la apretó con violencia.

VII

El charco de cremas y esmaltes que había en el piso crispó a Isabel. Quería derretir a su hija mirándola con ojos llameantes, iracundos. Era la cuarta vez que ocurría. Se abalanzó hacia ella y comenzó a patearla sin piedad; quería cobrarle lo que se había comido en cosméticos con cada puntapié que le propinaba. Los aullidos que Isabelita emitía, cada vez que la punta del zapato separaba sus costillas, penetraron el oído de Tormenta. Ladrando feroz, se asomó a la entrada del pasillo que conducía al dormitorio y vio cómo su cachorra rebotaba del marco de la puerta. Emprendió carrera por el pasillo, lo que le resultó difícil, pues no tenía tracción sobre el piso de *vinyl*, dio un salto y derribó a Isabel. Pero no la atacó más. Lo que hizo fue lamer las heridas en el costado y rostro de Isabelita.

Isabel estaba harta, «tengo que deshacerme de estas dos bestias antes de que acabe con mis cosméticos, la una, o con mi vida la otra», decidió. «No estaría mal si pudiera enamorar a uno de estos señores adinerados, que buscan hacer conmigo las cochinas que rehúsan sus esposas. Debo valerme de cuanto truco conozco para enviciarlo de mí. Al primero que se me insinúe, ¡que va!, al primero que aparezca, lo engatuso. Si lo conecto bien, ¡adiós al engendro Isabelita y la salvaje Tormenta! ¡Adiós a la inútil de mi madre y este apartamentito miserable! Tal vez se parta la llave dentro del candado de la puerta; tal vez se derrame la botella de ron en el sofá; tal vez mamá se quede dormida y deje caer el cigarrillo encendido sobre la tela empapada; tal vez quede yo libre de esta hastiosa comparsa», urdía Isabel.

VIII

Hacía tres días que no comía, pues su madre no había vuelto para sacarla del ropero. No obstante, se cohibió de comer los cosméticos que había a su alcance, pues el recuerdo de la última paliza ahuyentaba las tentaciones que le despertaba el olfato. Tormenta, impulsada por los gemidos de Isabelita, comenzó a embestir la puerta del ropero. A cabezazos logró hender la barrera que las separaba.

Doña Isabel aún no resucitaba, ya que durante los tres días que Isabel llevaba fuera de la vivienda se intoxicó más que nunca. Como no encontraron nada qué comer, Tormenta, los cachorros e Isabelita salieron en busca de alimento. Los transeúntes, los conductores, los obreros... todos quienes estaban en la calle, y observaban la jauría, quedaban absortos. Era Isabelita. A simple vista se confundía en la muta, sin embargo, el disonante retronar de sus rodillas contra el concreto, la delataba. Miradas atónitas, que iban y venían entre el asombro y la repugnancia,

descubrían que aquel ser horripilante y asqueroso no era un perro atrofiado, sino una niña mutante. Tormenta gruñía a su paso —sentía la mirada de asco de la gente—, en guardia, lista para despedazar a cualquiera que se acercara.

IX

Teniente, ¿copia?, cambio. Alto y claro. Llegamos a la escena donde reportaron la fetidez esparcida por la brisa costera, que llega hasta la carretera, cambio. ¿Y? Encontramos un cuerpo, a unos diez metros dentro del pastizal, a la altura del kilómetro 14.1 de la carretera 165, en dirección de Dorado a Toa Baja: fémica, aparenta tener unos veinte años, está completamente desnuda y parece que la golpearon hasta matarla, cambio. ¿Muestra indicios de violación? No puedo saberlo al momento, teniente, pues está envuelta en plástico.

Dos años,

por Aníbal Rivera Velázquez, “Almiria Leztat”

“Cuando cesas de soñar e inconscientemente pausas el dibujar en el horizonte, todo parece transformarse en una amenaza, y es como, es como una caída libre y sin final; el tiempo se acelera, cierras los ojos, y con las manos abiertas sientes el aire intentando pararte, y no puedes hacer otra cosa que dejarlo pasar...”

-Anónimo

Julio intentaba mantener la vista enfocada en dirección al horizonte mientras trataba de engañar, sin éxito alguno, a sus otros sentidos. Un poco más abajo del horizonte, el sonido del altavoz de una ambulancia, estancada en un embotellamiento, rechinaba en los oídos tapados por sus manos. Los enrojecidos ojos, cual si fueran espejo del otro, perdían unas cuantas lágrimas cada minuto que pasaba. Julio todavía recordaba cada detalle de la azotea, pero todo parecía haber cambiado.

[Una hora antes]

La puerta parecía que abriría completamente, pero sólo abrió lo suficiente como para que entrara un diminuto haz de luz. Al otro lado, se escuchaba a alguien

lentamente llorando. Luego de unos segundos, Julio decidió terminar de abrir la puerta de su apartamento. Mientras miraba cada artículo que resaltaba a su vista, entró lentamente, cerró la puerta y se pegó contra ella. Se deslizó hasta quedar agachado; mantenía su mirada fijada en el piano de cola que desde joven tocaba y aún conservaba.

-¿Por qué es tan difícil? ¿Por qué? -dijo Julio en una controlada voz llena de desconsolación mientras estaba agachado y de espaldas a la puerta.

Sonó el teléfono, interrumpiendo en Julio cualquier pensamiento. Se levantó, dudó en cogerlo, pero lo cogió.

-¿Aló?

-Hola, ¿Cómo estás? –dijo Elena.

-Estoy bien –dijo Julio disimulando.

-¿Estás listo?- preguntó Elena con cierto entusiasmo.

“Todo tiene su final, nada dura para siempre” se escuchaba en la estación de radio que había sintonizado Elena en su carro después de haber salido de su trabajo en dirección al apartamento de Julio. El estaba sentado en el asiento del pasajero, con el cristal abierto. Se ignoraron durante todo el viaje, exactamente 5 minutos, pero ambos sabían dos cosas: que no sería él el que empezaría una conversación, pues llevaba ya algún tiempo con este tipo de conducta, y segundo, que ella era su amiga, de muy poco tiempo, pero conocedora de muchos de sus secretos, en especial los secretos de aquellos tiempos cuando Julio era el pianista más famoso de San Juan, y era el hecho de que fuera su amiga lo que le había hecho pensar a él que no haría falta hablar.

Mientras pasaron los minutos, Julio trató de llevar la cuenta de cada anuncio relacionado al mundo musical que veía en la autopista. Autopista que los llevaría al restaurante que unos días antes ambos habían seleccionado. Cuando llegaron, Julio había perdido la cuenta.

El mesero les permitió seleccionar la mesa y el piso en donde quisieran sentarse. Julio prefería la mesa del segundo piso, hecho en madera, al aire libre y con bastante separación entre mesa y mesa. Elena prefería el primer piso, cerca de los cristales por los cuales, con mucha facilidad, se podía ver a la gente pasar por el costado de la calle, y en donde había mayor densidad de mesas en comparación al segundo piso. Decidieron el primer piso.

Algo del restaurante nunca le había gustado a Julio. “Parece ser una dictadura una vez entro aquí. Y es curioso, me gustaría probar otras cosas, pero no, termino ordenando lo mismo, lo mismo de siempre” –decía Julio con cierta jocosidad, pues siempre recurría al este lugar para pasar un tiempo ameno en momentos de soledad.

En la mesa unos cuantos metros adelante y de espaldas a Elena, había un señor de 70 años sentado al lado de, quien pensó Julio era, la esposa. Juntos recordaban la historia de cómo era su vida cuando no utilizaba un bastón, y cómo este objeto, al principio, parecía ser más bien un impedimento en vez de una ayuda, pero que, eventualmente pasó a ser un artículo indispensable. Pero Julio, entremedio de los silencios que surgían a lo largo de su conversación con Elena, no prestaba atención a la historia del señor.

“¿Ves la mesa de la esquina en donde está el viejo y el bastón recostado de la silla?” – dijo Julio señalando con su boca. “Ha estado subiéndose el espejuelo constantemente. Habla un poco, lo sube... y se baja. Habla un poco, se lo sube y vuelve y se baja. Algo me dice que nunca hará algo para arreglarlo; es una especie de muletilla en su hablar. Y no lo sabe.”

Elena giró su cabeza, miró al señor y pasaron unos segundos mientras trataba de digerir qué Julio quería decir. “Me imagino que todos tenemos algo de eso, ¿no?”- dijo Elena en un tono de voz muy bajo cuando creyó entender. Julio miró al señor tratando de entender la contestación de Elena. Ella percibió ese momento como el correcto para empezar la conversación, sabiendo de antemano que él no lo haría.

“¿Julio, qué exactamente quieres?”-dijo Elena

“Alguien que se atreva a decirle al viejo que debe arreglar su espejuelo” –dijo Julio rápidamente.

Elena se sintió retada, no por lo que Julio le había pedido hacer, sino porque luego de hacerlo tendría la necesidad de preguntar nuevamente, pero pensó que entonces Julio no tendría escapatoria alguna. Elena se paró y se dirigió al sujeto. Julio no pudo escuchar nada.

[Dos años antes]

El volumen de los aplausos parecía crecer exponencialmente. Unos minutos atrás habían mencionado el nombre del pianista y compositor más importante de la isla en los últimos 20 años. Julio había prometido a Rocío, que en ese momento se

encontraba en el cuarto del apartamento de él, que le daría toda una noche de canciones si llegase a conquistar el premio. Lentamente caminó Julio entre las sillas y los aplausos que lo llevarían a recibir el premio. Cuando llegó y recibió el premio, supo qué decir.

“Rocío, exactamente 20 atrás decidimos estar juntos; 20 años después... esto es completamente tuyo. Te amo”- la voz de Julio se quebrantó en pedazos. No supo qué hacer.

[Dos años luego]

-“¿Qué exactamente quieres, Julio?”- dijo Elena sabiendo que él no tendría escapatoria ante su pregunta una vez más.

Julio, desde mucho antes, había decidido contarle todo a Elena. No supo que Elena ya sabía.

“Elena, Rocío no ha vuelto. Dos años y no ha vuelto. No sé a dónde llamar para saber de ella”- dijo mientras los ojos se enrojecían.

“Julio, ¿hace cuánto me conoces?” –preguntó Elena interrumpiéndolo.

Julio pensó por unos segundos.

“¿El día en que Rocío se fue?”- contestó

[Una hora luego]

Se escuchó cerrar fuertemente la puerta del pasajero del carro de Elena. Julio no se despidió. Corrió hasta llegar a la puerta del edificio de su apartamento, sacó las llaves y trató de introducirlas por el cerrojo con calma pero las manos temblaban, no podía. Comenzó a llorar y las manos temblaban cada vez más. Luego de poder abrir la puerta, subió corriendo y sin parar los once pisos que lo llevarían a la azotea mientras secaba las lágrimas, así dando espacio a las próximas. Sintió náuseas. Aguantó. Al llegar a la azotea, vomitó.

Elena había sido honesta, brutalmente honesta. Nunca él había pensado que Rocío habría sido capaz de jamás haber llegado. Ella sí había llegado y sí se había ido, pero sin despedirse, pensaba Julio mientras estaba en la azotea. Gritaba en medio del dolor. Gritaba porque nunca, jamás, había pensado tal cosa. Poco a poco sintió que fueron en vano los días que se sentaba en la azotea para lentamente buscarla. Intentaba mantener la vista enfocada en dirección al horizonte mientras

trataba de engañar, sin éxito alguno, a sus otros sentidos. Un poco más abajo del horizonte, el sonido del altavoz de una ambulancia, estancada en un embotellamiento, rechinaba en los oídos tapados por sus manos. Los enrojecidos ojos, cual si fueran espejo del otro, perdían unas cuantas lágrimas cada minuto que pasaba. Dos años y Julio todavía recordaba cada detalle de la azotea, pero todo parecía haber cambiado.

Bocetos del sofá,

por Iván Collazo Rodríguez, "Ojo Vacilante"

Mi primera amante se desnudaba a oscuras. No era por pudor, pues muy temprano descubrí que carecía del mismo. Su piel blanca sobre la cama negra ejercía un perfecto contraste. Los tubos rojos del lecho le daban un aspecto infernal a su aposento. Me introducía lentamente en su cuarto como quien tantea el agua fría y tenebrosa. Dicen que el infierno te congela los sentidos. Y es cierto. Desde entonces tengo las manos frías. No he vuelto a ser el mismo.

Recuerdo que tenía un cuadro de Renoir sobre el guardarropa. Era una pintura pequeña y enigmática: una niña perdida en un lugar amarillo. Un paisaje dorado inolvidable. Nunca supe si era un original. De ser así, habría costado una fortuna y aunque era rica, sospecho que se lo robó a un coleccionista de contrabando con el que se estaba acostando meses antes.

Siempre pensé que la había olvidado. Pero a diez años de nuestro primer encuentro, descubro mis almohadas negras sobre un fondo blanco, las paredes pintadas de amarillo y un frío intenso que me hacía deslizar por las sábanas con placer y despacio. Entonces supe que había regresado.

Lo ideal es que uno se inicie en los misterios del cuerpo con alguien que conserve algo de nobleza. Porque todos quedamos marcados por nuestro propio pecado original. Pero en el fondo transitamos en una lucha entre dos espíritus: la sabiduría y el desenfreno. Saturno contra Dionisio. Cada uno merece su lugar en el panteón del alma. Esa pugna se recrudece en la juventud. Sobre todo en los años universitarios. Los que viven consagrados al instante, eso que llaman el *carpe diem*, terminan expulsados. De los estudios y de la beatitud. Después se lamentan por tanto descontrol y tratan de reivindicarse. Los hijos de Saturno, exitosos y

amargados, se gradúan con honores. Luego se quejan por el tiempo perdido. Como nunca es tarde para perder la cabeza, lo intentan. No siempre con gracia. Entre uno y otro extremo, una gama extensa de variantes. Seres equilibrados o por equilibrarse. Con su cuota de placer y caídas, de triunfos y desencantos. La primera vez que me acosté con una mujer fue una experiencia dionisiaca. Sin duda alguna. Saturno, más tarde, reclamó su espacio.

Conocí a mi primera amante en el verano del noventa y seis. Un encuentro de fin de siglo, motivado por su reciente ruptura. Se quiso atender en el centro psicológico donde colaboré de joven. Tenía la cara compungida y las gafas oscuras como portada de revista. Parecía un obituario de la Revista Hola. Elegantemente deprimida. Nos cruzamos la palabra y me respondió de modo frío y cortante.

Aunque alegó estar allí por un incidente de violencia doméstica, en el que figuraba como víctima, tuve acceso al examen psicológico preliminar. Lo leí a escondidas sin el permiso del personal. Bipolaridad y rasgos de personalidad múltiple. A lo que puedo añadir carácter violento, arrogancia, frivolidad. Existe un consenso unánime de la población mundial en este sentido. Incluyéndola. Mi primera amante resultó ser una bicha. Pero la belleza y la nobleza no siempre van de la mano. La bondad y el poder, tampoco. El dinero y la humildad, ni hablar.

La primera vez que la dibujé fue sobre el sofá de cuero. Era un viernes de verano. Allí habíamos discutido amargamente. Muchas veces. Tanto. Ahora su piel y la del sofá se confundían. Era una tregua de paz para saciar sus instintos. Con suerte, también los míos. Posaba sin ropa. La piel blanca nuevamente. Por ratos color rosa. Al respirar, sus pechos ondulaban. Su dermis, fluía. El mueble de cuero solía ser helado. Tanto como ella. Una ansiedad en suspenso le recorría la sombra y sus contornos.

Dibujarla tenía su efecto de vasos comunicantes. Cada trazo en el papel era sentido por ella, cada pedazo de ella aparecía en el papel. Podríamos suponer que al final, dibujo y modelo, serán idénticos. Pero ciertos lugares de su cuerpo se magnifican. Yo, el pintor, me pierdo. Ahora regreso, vuelvo, miro, me pierdo, me salvo y me vuelvo a perder.

Aquel viernes, como todo viernes, culmina.

Noticia de última hora, interrumpimos la programación para informar que las autoridades pretenden arrestar a una mujer de dudosa reputación que se dedica al contrabando. El monto de las acusaciones asciende a varios millones de dólares, incluyendo el robo de antigüedades, piezas de arte caribeño y un Renoir. La INTERPOL está solicitando la ayuda de todos aquellos pintores y coleccionistas afectados que hayan realizado denuncias en sus respectivas jurisdicciones. Si

usted conoce o ha visto a la mujer de la foto, por favor llame al número que aparece en pantalla. Repetimos...

Laudo de ensayo de Jan Martínez,
(realizado a modo de entrevista por Iris Miranda)

Iris Miranda –Jan, en esta ocasión el jurado de ensayo otorga premiación a cinco ensayos y mención a dos. En este género se declaran desiertas las categorías de Estudiante y Administración de la UPPR. El tercer lugar de la categoría Estudiante de Escuela Superior; el tercer lugar de la categoría de Estudiante de Otras Universidades, así como el segundo y tercer lugar de la categoría Comunidad se declaran desiertos. En la categoría de estudiante de Escuela Superior el primer premio es para *Sobras*, un ensayo sobre la obligación de escribir por encargo que mantiene al lector interesado a través del juego de palabras transgresor del acto mismo de la escritura y la estructura del tratado filosófico breve, a pesar del desinterés explícito del ensayista por su escritura inmediata. Jan, ¿qué es lo más sobresaliente, acaso es la frase acuñable de “Por lo tanto, el nada es el sustantivo del todo”? ¿Qué puedes augurarle al joven ensayista?

Jan Martínez –Es uno de los ensayos más interesantes del certamen por la manera un tanto paródica en que ataca el tema. El todo y la nada tópicos tan restregados por la filosofía el autor los particulariza otorgándole otra referencialidad. No se trata de la nada ontológica sino de “el nada” en masculino. No se trata de la nada como concepto o categoría filosófica sino como una metáfora de el nada. Metáfora del absurdo cotidiano. Contraposición de lo serio a lo paródico. Entiendo que el autor de este ensayo posee la referencialidad suficiente para crear textos ya plenamente ensayísticos o quizás más breves tocando el aforismo y el apotegma filosófico. Le recomiendo la lectura del pensador rumano Emilee Cioran.

Iris Miranda –El segundo premio de la misma categoría es para *La era de las cavernas*, una reflexión social irónica sobre el proceso “devolutivo” de la sociedad primermundista. El ensayo compara la vida de hoy con la vida del hombre de las cavernas de modo que el mamut es semejante a nuestro vehículo de transporte y las viviendas actuales se asemejan a las cuevas. Jan, ¿cuál es el uso de la ironía en nuestras letras, acaso puedes dirigir a los jóvenes ensayistas a explorar otros autores?

Jan Martínez –La ironía es un recurso antiquísimo viene del griego eironeia y del latín ironia. Con ella expresamos algo totalmente distinto de lo que pensamos o sentimos pero siempre expresando lo que se quiere ocultar. Es muy buena para asuntos políticos, crítica del mundo religioso y de las convenciones sociales. No hay una literatura propiamente irónica en cuanto al recurso como tal sino momentos en que la ironía aparece en textos literarios. El periodismo y sus ensayos de opinión la trabajan mucho. En nuestro periodismo finisecular y sobre todo en el de inicios del siglo XX nuestra prensa periódica rebosaba de este recurso que necesita de un escritor particularmente culto para hacer un buen uso de la ironía. Este es el caso de Nemesio R Canales de Luis Bonafoux, José "momo " Mercado y otros. También la

literatura de carácter contestatario la emplea muy bien en sus mejores momentos. Pienso en la literatura sesentista.

Iris Miranda –Mención de honor recibe el ensayo *Sobre la realidad*, un ensayo que explora la moralidad del pensamiento religioso y de la conducta del ser humano desde una perspectiva cuasi existencialista que invita a la formulación de más hipótesis al respecto. “Por elevar nuestra efímera existencia a la inmortalidad, le fallamos a nuestra moral, puesto que nos basamos en que todo estará bien. De tal modo, tenemos aquella insensata sensación de tranquilidad que nos hace creer en alguna justicia pos-carnal; puede que suene romántico, pero en sí constituye una enajenación del sufrimiento de nuestros hermanos humanos.”

Jan Martínez –Este ensayo que retoma otro tópico muy nietzscheano y muy trabajado por cierto el de la moral del rebaño y la religión. En la cita de referencia el autor alude de alguna manera al mundo cristiano esa justicia pos carnal que no es otra cosa que el mundo trascendente y paradisiaco que ofrecen muchas religiones y la cristiana en occidente más que ninguna. La crítica más acerba que conozco de este mundo moral cristiano pertenece a Nietzsche. Para el filósofo de Basilea la moral cristiana no significó un acto de liberación del hombre sino una atadura terrible. La moral masifica al hombre impide la satisfacción de sus impulsos. Es una retranca para el hombre que se quiere separar del rebaño. La masa necesita de moralidades, de cánones de conducta en los que se encajan todos para someterse al poder de la iglesia y el estado.

Iris Miranda –En la categoría de Estudiante de Otras Universidades el primer premio es para el ensayo crítico, *Una mirada desde la postmodernidad a “Bondades de cronos” de Maribel Ortiz*, que examina el lugar común de la postmodernidad a través de los textos del poemario. Jan, ¿parece éste un ensayo de estructura perfecta y de detalle cuidadoso? ¿Qué le auguras al ensayista en tanto crítico literario?

Jan Martínez –Es una lectura desde los tópicos propios de la posmodernidad sobre el poemario de Maribel Ortiz titulado *Bondades de cronos*. La crítica posmoderna del texto me parece muy acertada. Es una buena crítica sobre un poemario que por las citas leídas parece recoger muy bien los temas propios de la posmodernidad como la crisis de los metarelatos, la crítica al logocentrismo, la reificación del consumo y otras cuestiones que preocupan al pensamiento posmoderno. La autora, que ya ha participado con anterioridad en nuestros certámenes, tiene a su haber un buen dominio de los recursos críticos y del pensamiento posmoderno para continuar generando ensayos de esta calidad.

Iris Miranda –El segundo premio se le otorga al ensayo *Literatura puertorriqueña, víctima del sabotaje académico*. Se trata de un ensayo argumentativo que saca a relucir cómo el canon tradicionalista ha pasado por alto la crítica valorativa sobre la literatura de tema universal puertorriqueña. ¿Acaso el ensayista diga una dolorosa verdad, acaso nuestro colonialismo no nos puede sacar más allá del insularismo político?

Jan Martínez –Este ensayo sobre la literatura puertorriqueña me parece particularmente interesante. El autor remite a la polémica de siempre universalismo vs. localismo. El canon en nuestro país ha privilegiado la literatura de corte nacionalista. En ella han entrado los patriarcalismos, los machismos, las homofobias y la misoginia. Todo canon es excluyente y se dejaron escritores que por no corresponder al canon no entraron dentro de la oficialidad letrada. Como el caso emblemático de José Isaac de Diego y Padró. Esta situación comenzó a cambiar con la generación del setenta que instauró dos nuevos discursos el feminista y el homo erótico. Pero lo cierto es que el canon fue muy excluyente y quedaron figuras en el olvido que no merecían ese trato. Por otro lado, para mí y en eso coincido también con el autor, ya es tiempo de rebasar el marco estrecho de nuestros estatus colonial, el plebeyismo acartonado y el folklorismo vacuo y frívolo de postal y ponernos mirar hacia el afuera universal y el hacia dentro humano y zafarnos de la literatura periférica, patrioterista y costumbrista. Por otro lado, el caudal de la literatura no canónica de las últimas décadas ya nos habla de que estamos empezando a rebasar la frontera de los insularismos, los nacionalismos obnubilantes -y los círculos de poder que generan los mismos. Aunque todavía hay vacas sagradas que rumian por su parcela de poder en las instituciones que los entronizan y que todos sabemos quienes son, no es menos cierto que del setenta para acá se ha erigido un nuevo discurso que ya hace ver esta literatura canónica como algo del pasado. No podemos darnos el lujo de seguir haciendo literatura con el folklore, entronizando viejas parcelas y discursos anacrónicos. Por otra parte, los cánones no dejarán de existir siempre que haya un centro del cual se irradie poder. Dios nos salve del farandulismo literario que se perfila ya con la hegemonía del mercado y su nuevo canon izado así como de los esnobismos de los comentaristas literarios del país.

Iris Miranda – En la categoría miembros de la comunidad, el primer premio se le otorga a *La producción literaria de los movimientos de vanguardia en Puerto Rico*. Se trata de un ensayo monográfico de excelente escritura y minuciosidad

Jan Martínez –Creo que el autor hace un buen intento de maridar la crítica más adelantada sobre las vanguardias los textos críticos de Burger, Schwartz, Grunfeld y otros; y retoma la vanguardia puertorriqueña. Desgraciadamente, el texto canónico de Luis Hernández Aquino es uno al que se le comienzan a ver fisuras críticas y eso hace que se parta de una fuente un tanto incompleta y que no está puesta al día. Hace falta una historia del vanguardismo puertorriqueño que recoja más textos y propuestas de nuestros vanguardistas, que sí las hubo y que en algunos casos no aparecen en el texto de Aquino porque no estaban asequibles en su momento. Como los textos fundamentales de Graciani Miranda Archilla o textos más recientes como los de Jose Maria Lima. El texto fundamental de las vanguardias lo fue el manifiesto. Puerto Rico produjo en su momento vanguardista una cantera de manifiestos. Muchos de ellos se siguieron produciendo en la década del sesenta como el caso de

los manifiestos del pintor Roberto Alberti. Es necesario un estudio, una puesta al día de esta literatura de los manifiestos. Para muchos críticos el manifiesto fue el género fundamental de expresión de las vanguardias. Hay que mirar en las propuestas teóricas, manifiestales del vanguardismo puertorriqueño cuánto tenían de vanguardia y cuánto cedían a los moldes escriturales del modernismo y aun del propio romanticismo.

Iris Miranda – Mención obtuvo el ensayo *Del verso al hecho: Residente Calle 13 y la poesía actual*. Un ensayo breve de comparación entre la poesía urbana y el reggeaton.

Jan Martínez –Creo que el ensayo sobre el reagggeaton habría quedado mucho mejor si el autor hubiera citado la “lírca” de calle 13. Es muy esquemático. La información que ofrece sobre el reagggeaton y su visión del mismo es pertinente. Sin embargo, al adolecer de citas el ensayo parece dirigido a los lectores que saben y conocen a Calle 13.

Iris Miranda –Agradecemos su interés y comentarios valiosos sobre este laudo.

[Estudiante escuela superior]

Sobras,
por Víctor Martínez, "Slain"

Esto es un ensayo sobre absolutamente nada. Al ser humano ser obligado a escribir, la creatividad desaparece, se esfuma, es el resultado de lo que escribió el lápiz luego de saludar a la goma de borrar. Entonces se escribe sobre nada. Progresivamente se planta en el papel lo que sobra del pensamiento. La forma correcta de hacer esto es igual a la forma correcta de escribir, no existe. Existen las reglas de esta escritura para romperse, nos enseñan a elaborar correctamente para que en un corto tiempo llegue otro autor con "ideas nuevas", con ideas que son sólo la contraposición de todo lo que se ha obligado a aprender.

Absolutamente nada, parte 1:

El nada es el sustantivo del todo. Al escribir del nada estás drenando el desperdicio del pensamiento, las sobras. Sin embargo, cuando uno toma diferentes sobras y las combina, crea un plato nuevo e interesante. Pero, ¿qué son las sobras del pensamiento? Fácil, en lo que sólo pensamos cuando tenemos tiempo libre, los pensamientos que no son serios. Entonces el nada son los pensamientos buenos y malos a los que se llega durante la meditación. El nada evoca el todo de los pensamientos que sobran. Por lo tanto el nada es sustantivo del todo.

Ahora que está establecido lo que cubre el rango de lo que es "el nada", llega el tiempo de establecer cómo tratarlo... Al escribir un borrador, se tienen dos opciones. Algo con sentido, impactante, que deje una imagen dentro del lector o se puede escribir nada; solamente por escribir. Al escribir sobre nada, la meta es clara. Desahogarse, tirar la basura y vaciar un poco la mente para hacer lugar para nuevas sobras. Sin embargo, al escribir sobre algo serio e importante, se intenta recrear lo que no se desea perder. Por lo tanto, las dos formas diferentes de escribir dictan la naturaleza de lo dicho. Escribir sobre nada es más natural y menos rebuscado, escribir para impactar es más profundo, propio y correcto.

Absolutamente nada, parte 2:

Está establecido ahora que escribir sobre nada es un método de desahogarse. Como antes mencionado, desahogarse de lo que es nada, depende de lo que el receptor vea como nada. Ahora, ¿qué es el nada sobre lo que este ensayo está escrito? Aquí rompo las reglas no existentes de la literatura y comienzo

a escribir en primera persona, porque en tercera no puedo explicar realmente la red de eventos que me lleva a desahogarme.

Al sentirme obligado a escribir un ensayo, lo primero que me viene a la mente es desahogarme. Entonces para mí, escribir sobre nada es escribir sobre cómo el nada de este ensayo es el nada que no quiero exponer. Por lo tanto, las sobras de mi pensamiento, el nada, son mis ganas de no trabajar. Vacío en esta sección cómo la obligación de escribir estos trabajos no crea una motivación para tomarlo en serio. Por lo tanto, solamente me queda la opción del desahogo al escribir. Así llego a la paz que permita que fluya el pensamiento.

Absolutamente nada, parte 3:

Volviendo a la tercera persona, nos damos cuenta que lo dicho en el párrafo anterior queda incompleto. Esto es porque en el caso de algunas personas, el nada no es mucho, las sobras del pensamiento se agotan rápido y el desahogo concluye para ellos rápidamente. A esto ser discreción del emisor, el trabajo está hecho, sin embargo, al receptor examinar y concebir este nada como otra cosa, se puede quedar en un estado de limbo, sin saber qué pensar.

A causa de este blanco al que se llega, el autor es nuevamente presentado con varias opciones. Puede detener la escritura, o puede buscar otro tema sobre el cual elaborar. A causa de que aquí se necesita un mínimo de nada, no queda más que la opción de buscar sobras del pensamiento relacionadas al tema ya planteado. Sin embargo, en la profundidad de este tema, todo se relaciona, por lo tanto, la tarea es fácil, sólo consta en buscar otra cosa sobre qué desahogarse.

Absolutamente nada, Parte 4:

El lector de esta colección de nada debe ya haber considerado el porqué de las divisiones que se encuentran entre estas palabras. Pues, los nada se entienden más fáciles cuando son separados, ya que toda sobra tiene su diferencia y éstas no se mezclan en una licuadora, sino que se organizan juntas, pero separadas para que así se resalten la cualidades de cada una. Partiendo de esto se pudiera utilizar alguna técnica literaria para servir del puente hacia el nuevo tema, el nuevo nada, sin embargo, el autor algunas veces prefiere ser más directo.

El nada es también la naturaleza de las personas. Combinar diferentes nada para que se resalten los unos a los otros, el mismo resultado de una combinación de amigos. Sin embargo, hay una diferencia entre el nada de la mente y el nada de la naturaleza del ser humano. El nada de la naturaleza no se puede ver como una sobra, se debe apreciar como algo serio. Esto crea una pregunta sumamente interesante. ¿Si los humanos se fueran a ver como creaciones literarias en los ojos de Dios, existiría la posibilidad de un borrador? Si el borrador puede ser

o impactante o un desahogo de los nada, pues Dios no tendría nada sobre cuales escribir, ya que nosotros somos seres de alta importancia para él. Decir que somos sus desahogos es un insulto directo a la razón por la que se fue creada la raza humana, por lo tanto, tal vez el ser humano es la única cosa que no tenía una variante de desahogo, el valor constante que hace a la sociedad girar.

Los desahogos de los seres humanos resultan, al igual que las cosas serias, en eventos que crean movimiento en la sociedad. O sea, todo lo que se desarrolla del ser humano es producto de un pensamiento serio o de una sobra. Claro, típicamente las sobras y los nada no se llevan a cabo con la mentalidad de que algo totalmente exitoso surgirá. Si se observa la historia, con seguridad se puede afirmar que los nada pueden resultar en el impacto que lo serio busca lograr. Ya sea este positivo o negativo, el punto es que se logra un impacto. Por ejemplo: una ocasión negativa en donde el nada creó un gran impacto fue la bomba atómica. Albert Einstein no intentaba crear la bomba, su intención seria estaba en la búsqueda de otros resultados. Sin embargo, su desahogo pudo haber influenciado su curso de acción, resultando en el impacto que no intentaba crear. También, están los resultados positivos. Las invenciones que surgen a través de los pasatiempos de los grandes pensadores, que inventaron por matar el aburrimiento y no por mejorar la sociedad. Un ejemplo básico de esto es la creación del espejo. Observar el reflejo no es una necesidad, sino un capricho.

El nada que surge del ser humano indudablemente se refleja en todas partes. El ejemplo anterior de la invención del espejo nos demuestra que los pasatiempos son también métodos válidos de deshacerse de las sobras. El nada del pensamiento se elabora a través de las acciones que toman los seres humanos, dándole movimiento a la cadena de eventos que es la vida.

Absolutamente todo:

Se preguntarán por qué cambia el título en esta sección y muchos llegarán a la conclusión de que al autor se le acaban los nada sobre los que escribir. Esto es verdad, ya se me acaban las cosas. Por lo tanto he vaciado mi conciencia de cosas lógicas e interesantes para el receptor y de ahora en adelante todo lo dicho es sólo cosa de interés personal.

La duda de si el mensaje del nada llegará es algo que ahora está grabado en mis pensamientos. Considero esto el nada sobre cual hablaré ahora. El abuso del uso de la misma palabra, el tema ambiguo e indirectamente planteado, siento que compliqué mucho las cosas, y lo complicado no favorece a la mayoría mundial. Por lo tanto, tal vez este ensayo resulte aburrido a la gran mayoría, lo que no es un dato sorprendente. En realidad siempre hay quien encuentra la literatura aburrida, no se puede ganar el interés de todos, dato que es tan verdadero como lo que piensas tú,

que lees estas palabras ahora mismo. Entonces, me preguntarán por qué no hago cambios a lo ya escrito. Pues como la literatura lo que tiene son reglas no existentes, pienso que ésta es la manera correcta de llevar a cabo el mensaje. Esto tal vez será porque me gustan las cosas complicadas o simplemente porque no quiero trabajar más, pero ni modo, siento que el mensaje llega.

Nada es todo entonces, creo que lo he dicho claramente. El interés en el nada crece día a día dentro de todos aquellos que se enfocan en las cosas más mínimas o efímeras de la vida.

Por eso es que decidí escribir un poco sobre el nada, ésta es la explicación que yo tan estúpidamente he generado, con crear un poco de paz en mi consciencia.

Y volviendo al principio, al comienzo de todo este ridículo delecto, “Esto es un ensayo sobre absolutamente nada”. ¿Por qué lo digo así? Pues la explicación tras eso está en la comparación: el nada y el todo.

El nada y el todo son percepción de las personas, nadie ve las cosas de maneras similares. Lo dicho es producto del nada, de las sobras de mis pensamientos y de las sobras que se han generado mientras se escribía sobre nada. El nada inicial proviene del desahogo de tener que hacer un trabajo que no quería hacer desde un principio. El producto de ese nada, de ese desahogo es el todo de lo que ahora he escrito y por lo tanto, esto es un ensayo sobre absolutamente nada, el todo de la obligación.

La era de las cavernas, por Danniely A. Staback, “Alex”

En menos de un año, nuestra humanidad estará cumpliendo una década en este segundo milenio. ¡Felicidades! Esto prueba a los supersticiosos que, contrario a lo vaticinado, todavía no nos ha llegado la destrucción, el Apocalipsis, el aparatoso meteorito gigante o como prefieran llamarle al fin de los tiempos. Sin embargo, en el siglo pasado fueron pocas las predicciones sobre la *autodestrucción* que hoy día nos parece tan inminente. No es necesario creer en Dios, Buda, Alá, o en algo más complicado que el simple y perfecto balance del Universo, para comprender que el futuro de la humanidad puede estar pendiendo de un hilo, o por poner otro ejemplo, más bien haciendo un precario acto de equilibrista sobre un delgado parcho de hielo, como los pocos osos polares que nos quedan. Si lo analizamos desde un punto de vista más... jovial, lo que el mundo atraviesa es un singular y emocionante viaje en el tiempo hacia la prehistoria, digno de una novela de ciencia ficción o de

una película de Spielberg. Basta con sólo mirar lo que está ocurriendo para darnos cuenta de que la historia de nuestro presente ya está escrita y resumida en el primer capítulo de todo libro de estudios sociales de grado elemental: la edad de piedra.

Por siglos nos hemos jactado de decir que somos la especie más civilizada y evolucionada del planeta y de todos los tiempos. Tenemos un “gran sistema democrático” por el cual miles dieron la vida. Recitamos de memoria los poderes del pueblo que heredamos de Rousseau y Montesquieu hace doscientos años. Hacemos peregrinaje para ver la Estatua de la Libertad. Criticamos de sobremanera a los pocos indígenas sobrevivientes dentro de nuestra “avanzada sociedad” o a las naciones de comunistas y dictadores (que para los efectos nos resultan iguales) porque no ostentan un sistema tan superior y tan funcional como el nuestro. Sí, porque el nuestro es un sistema donde se supone que reine el inteligente, el astuto, y no el imbécil. Y, sin embargo, hemos olvidado todo el legado ateniense, en el cual un libro bajo el brazo y el entendimiento de la funcionalidad de las cosas eran la mejor herramienta. Ahora gana el más incordio, el más imprudente y el más obstinado en utilizar la fuerza bruta hasta destruir el sistema, empeorar el problema, o, por pura suerte, terminar resolviéndolo. En otras palabras, triunfa el más retrógrado, porque si realmente estuviésemos haciendo ganar a los líderes cultos que creemos merecer, no estaríamos sumidos en tanta dejadez y problemática.

Si los antiguos reyes católicos vieran lo que es el mundo, morirían escandalizados ante el fantasma reencarnado del régimen feudal que es nuestro mundo. Todo equivale a tierras, compra, venta, dueños y siervos, una vulgar edad media. ¿Por qué? Pues todo el poder recae en las corporaciones, que se alzan como dioses ante miles de *don nadies* sin voz ni voto. Cada mini imperio tira hacia su lado y la unidad de pensamiento y propósito brilla por su ausencia. Ni el propio gobierno se muestra unido. Es más bien un gran pastel multi-pisos subdividido y más que repartido del cual el resto de nosotros no vemos ni las migajas. Este es el momento de preguntarnos: ¿Quién tiene el poder? ¿Quién manda en nuestro gobierno *del pueblo y para el pueblo*? En todo caso, manda la minoría del pueblo: la minoría rica. Mientras tanto, a la obediente mayoría le sacan el jugo poco a poco, acercándolos a los límites de la pobreza, o sea, la pobreza real y no la que se disfraza de necesidad y termina siendo mantenida por el pueblo. ¿Será que como buenos retrógradas haremos desaparecer el escaño social neutral por el que tantos se inmolaron, apuntando otro triunfo más a nuestra miseria devolutiva? ¿Es esto parte de nuestro viaje en el tiempo? Quizás sea hora de pedir algún consejo a los indígenas o hasta a los mismos comunistas que criticamos.

Son muchos los escandalizados ante la creciente crisis de expresión pública que atraviesa nuestra juventud. Algunos se quejan frente a la exhibición de peinados extraños, puntiagudos y amenazantes que muestran millones de cabezas rapadas y

desteñidas. Pero no hay por qué alarmarse, ya que es parte del proceso antes mencionado que se frecuenten las antiguas conductas nativas, indígenas y hasta *cavernícolas*. Sucede lo mismo con el grafiti de vandalismo que destruye los muros públicos, privados y recién pintados de nuestras ciudades. Y es que las formas alternativas de expresión suelen surgir a falta del uso de los medios de comunicación, las palabras y los periódicos que nadie lee ya. Somos una especie que ha desarrollado un arte para comunicarse con colores, poemas, lienzos y por supuesto, frases concretas y claras, pero, sin embargo, abandonamos todo eso para optar por formas primitivas de lenguaje, o por ruidos escandalosos y obscenos que más bien insultan a la música misma y no hacen más que degradarnos como especie. Pero lo aplaudimos... así que está bien. *Todo* es un modo de expresión para esta sociedad de trogloditas que olvida cada día más el verdadero poder de las palabras.

Ahora bien, como todos recordamos de los gráficos de nuestros libros de historia y de los museos de ciencias naturales, el vehículo oficial de nuestros antepasados prehistóricos era el singular elefante peludo de colmillos amenazantes, conocido como *Mammuthus primigenius* o mamut, que se movía en manadas a paso lento, pero imponente. Como es de esperarse, en nuestro proceso de retroceso, nuestro medio de transporte principal ha ido *devolucionando* en los pasados cincuenta años y haciéndose incomprensiblemente más grande y estrambótico. Estos, nuestros “avanzados vehículos”, están impresionantemente equipados y capacitados para proveernos toda clase de comodidades.

Por otro lado, no parece posible que alguien llegue a entender aún cómo un aparato tan indispensable y de tan “alto rendimiento” como lo es un auto, se sustente de una fuente *explícitamente* agotable de combustible irrecuperable para poder generar una combustión que lo consume aceleradamente al mover pesados pistones que impulsan su transmisión. También es imposible creer que dicha combustión genere tanto calor que se deba invertir energía en un radiador que enfríe el motor antes de que el calor en el cual se invirtió inicialmente el combustible termine por derretir el propio motor. ¡Qué contradicción! Además, no parece ser muy importante para nosotros, los consumidores, que nuestros automóviles sean tan extravagantes y pesados y que por consecuencia exijan mucha más gasolina. Aún así, creemos fervorosamente en la rentabilidad y el desempeño de nuestros mini tanques de guerra. Claro está, deben contar con suficientes cilindros (seis, ocho, doce) para dar garantía de nuestra felicidad y satisfacción, y para hacernos sentir poderosos e imponentes mientras abordamos *solitos* nuestro mamut familiar de último modelo. Pero como si fuera poco, ¡nuestro mamut hasta ruge incansablemente cuando queremos!, porque creemos que las ondas de sonido de la orquesta asonante de cornetas podrá eventualmente movilizar el tráfico como por arte de magia, sin importar cuánto contribuyamos a la contaminación por ruido y al

malhumor de los que nos rodean. La única diferencia entre el nuestro y el mamut glacial es que éste puede alcanzar velocidades asombrosas que ningún depredador retaría. Lástima que la pobre planificación urbana, la falta de espacio y la sobrepoblación de vehículos en las calles nos obliguen a reducir la aceleración a sólo unas cuantas millas por hora.

Es curioso que aún fuera del calvario diario del tapón nos veamos propensos a recurrir a nuestros impulsos salvajes. Por ejemplo, es de esperarse que maldigamos, profanemos y gesticulemos groseramente para dejar saber a los otros conductores lo que pensamos de sus maniobras y lo que le deseamos a sus respectivas madres. En realidad no nos peleamos ni nos insultamos, como sería lógico, por un asunto de comida, de supervivencia o de vida o muerte, a menos que se considere vital hallar un *parking* en el centro comercial. La verdad es que nunca estamos realmente a salvo de recibir cualquier tipo de ataque a manos de otro ciudadano por celos territoriales en un estacionamiento, en filas para pagar o en sitios de comida, donde todo se vale por una mesa.

Otro gran distintivo de nuestros antepasados era que, instintivamente y como medida de protección, se instalaban en cuevas permanentes cerca de sus centros de cultivo o recolección. Claro, no tenían los medios ni el conocimiento para hacerse otros tipos de viviendas ni para crear complejos amplios de comunidades interconectadas. Lo curioso, y a la vez obviamente predecible como parte de nuestro proceso devolutivo, es que nosotros, contando con todos los materiales, los métodos y el conocimiento de ingeniería y arquitectura hemos decidido, en muchos casos, volver a las cuevas. Aún no hemos procedido a construir cuevas *como tal*, pero sí hemos vuelto a la conducta de vivir lo más ocultos y aislados posible de cualquier ser viviente “extraño”. Cada vez es más escasa la solidaridad entre vecinos. Realmente preferimos esquivarlos, escondernos y tratar de no coincidir accidentalmente con ellos para no tener que comprometernos a realizar algún favor que seguramente requieran, o para simplemente evitar tener que pronunciar el tedioso y desinteresado: “Hola, ¿cómo está la familia?”. Sin duda alguna, con esta prolífera conducta pronto nos habremos convertido “exitosamente” en cavernícolas.

Pero cabe destacar que aún no hemos vuelto al proceso paleolítico característico de la caza de alimentos. Esto se debe a que, a diferencia de milenios atrás, hoy día sí contamos con mucha, mucha comida, aunque la gran mayoría de nosotros desconoce lo que es producir nuestros propios alimentos, y mucho menos moderar su consumo para tener reservas. Cuando no tenemos a la mano lo que necesitamos, siempre hay un producto sucedáneo, artificial y barato para reemplazarlo. Sin embargo, millones aún mueren de hambre. Niños escuálidos de ojos saltones llenan mensualmente las páginas de *National Geographic* mientras que nosotros nos atiborramos como bárbaros con cuanto manjar delicioso o

chatarra con aditivos, preservativos, materiales sintéticos y hormonas añadidas encontramos. Comer sin medida sigue siendo, sin duda, uno más de los vicios y venenos dignos de toda nación *debidamente* desarrollada.

De este modo concluye el análisis de nuestro “interesante” comportamiento troglodita, retrógrado y anti progresivo, pero aunque parezca imposible de creer, en nuestro necio afán por revivir la historia hemos ido encaminando a nuestro planeta Tierra a la era glacial idónea para servirnos de escenario. Sí, es cierto que atravesamos un crítico momento de calentamiento global que nada tiene que ver con frío, pero antes de cada era de hielo ocurre un descontrol desmedido en las temperaturas globales: una cosa lleva a la otra. Pero aún estando escasos *de hielo*, hemos podido adoptar un clima que apoya y obliga al comportamiento de “supervivencia” característico de las primeras civilizaciones. Todo empezó cuando el hombre, creyéndose más astuto, como de costumbre, pensó que podría manipular como le diera la gana al clima y a los recursos naturales, controlando las temperaturas altas y bajas, arrancando tierra y hielo de aquí y de allá, haciendo volar una que otra cordillera, vertiendo su basura en el mar, escupiendo su humo al aire, deshaciéndose de todo lo verde y aniquilando a toda especie que no representase *ni un voto ni un capital*. Pero, naturalmente, no pasó mucho tiempo de intoxicar al aire que respiramos, de manchar el agua que bebemos y de abusar de los animales y plantas que comemos para que la Tierra echara a andar de un modo distinto, apócrifo y un “tanto” hostil. A nosotros, por el contrario, luego de perder la perspectiva de lo que era realmente necesario, sí nos tomó mucho tiempo darnos cuenta de lo que habíamos hecho.

¿Cómo es posible que podamos enfermar de muerte por estar expuestos al sol? Creímos que con saturar el norte y el sur de calentadores y el trópico con aires acondicionados sería suficiente. Pero lo que empezó como pertinente se ha convertido en un capricho de comodidad. Evitar tener que sudar en una oficina de trabajo es razonable, pero tener que verse obligado a usar una chaqueta de lana en pleno verano a las dos de la tarde en una isla del Caribe, por puro antojo de ostentar la potencia del sistema de enfriamiento central, NO es una necesidad. Usar un ciclo de la secadora para dos pares lavados de medias tampoco lo es, y prender el “dishwasher” para lavar los tres platos y vasos del desayuno, menos. ¿Para qué tanto invento si en los Polos no hallan qué chaqueta ponerse ni qué calentador prender que pueda con el frío que se ha desatado? ¿Para qué, si aquí en el Trópico los autos se convierten en hornos de convección y los aires acondicionados terminan escupiendo vapor puro? ¿A dónde se fue el plan, el control? Nos ha salido el tiro de la contaminación por la culata. Y, claramente, todas estas inclemencias meteorológicas contribuyen a nuestra necesidad de refugiarnos en nuestras ya discutidas cuevas modernas, estando a merced de la voluntad del Planeta, como era en la prehistoria.

Un hecho lamentable, aunque un poco apartado de la discusión principal, es que la gran mayoría de las personas que cuentan con un buen suplemento de agua por tubería en realidad no pueden atreverse a tomarla por miedo a contraer cualquier enfermedad. Por eso, suelen más bien gastarla en lavar los pisos y los carros con mangueras de presión y en darles de beber a las mascotas. ¡Pero ni piensen en beber de la lluvia! No se puede confiar en ella después de que ha corroído cientos de monumentos y estructuras y tiñó de verde la Estatua de la Libertad. Nos tocará almacenar toda el agua limpia que podamos y guardarla como provisión valiosa, como hacíamos antes, después de haberla derrochado por ser tan disponible, inagotable y barata. Y es que, aunque la Tierra es setenta y un por ciento agua, el noventa y siete punto cinco por ciento es agua que no podemos beber.

Definitivamente, científicos, sociólogos y hasta sicólogos están desconcertados ante la revolución evolutiva que enfrentamos. Ningún otro ser vivo ha dado muestra alguna de haber tan siquiera intentado nadar contra la corriente evolutiva. Pero, al fin y al cabo, nosotros no somos como cualquier ser vivo. Somos los únicos que, a pesar del instinto, podemos y tenemos derecho a pensar. Tenemos el don de la inteligencia, el don de poder elegir. Así que, no cabe duda de que son nuestro propio “intelecto” y nuestra propia terquedad los que nos han puesto en este caótico escenario, en este *ridículo* frente a todas las especies de la creación, en esta ironía que es querer andar en reversa después de tanto adelanto. Nos hemos visto siglo tras siglo sedientos de poder y de control, tentados a ser siempre déspotas, pero no déspotas ilustrados, como los del Siglo de Oro, o déspotas ortodoxos quizás, ¡sino déspotas!, sólo eso, déspotas a secas, con la ejecución de nuestro poder sujeta a nuestra más inmediata conveniencia. Y es sencillamente por estos medios y por estas razones que hemos optado por perder la vergüenza, reciclar la historia y volver cabizbajos, enajenados y, aunque parezca imposible, bastante relajados, a la era de las cavernas.

Sobre la realidad,

por Pedro Rafael Cerame Guillén, “Nicolás Machado”

Ante los hechos inalienables de nuestra existencia - incluidos la existencia en sí - tratamos de encontrarle algún sentido al todo que nos abarca; durante el siglo XX se ha ido propagando en las sociedades más adelantadas el ateísmo y el rechazo a las instituciones religiosas. De más está decir que es lo lógico, ante la nada que nos

encierra. El suponer la existencia de un más allá siempre redundará en lo ridículo dentro de nuestra capacidad, por tal razón no supongo las creencias en dioses. Tomando como base la imposibilidad de un dios personal - o bien cualquier tipo de ser todopoderoso - se nos presenta ante nuestras frágiles existencias la necesidad imperativa de encontrar una razón por la cual seguir viviendo. No supongo, mucho menos, que hay que buscar una razón para seguir respirando, pero sí para hacerlo con gusto. Es decir, si todo acaba y luego de nuestra vida no queda más que el polvo de nuestras suelas, quién, en su sano juicio, estaría dispuesto a volcarse en la existencia. Por decirlo de otro modo, llega un punto en toda vida en la que hay que responder preguntas sin respuestas. Hay que inventarse las respuestas, a fin de acabar con el sinsentido que tiende a arropar las primeras etapas de una existencia.

Resulta inconcluso hacerle un análisis exhaustivo al sufrimiento carnal y emocional, siendo su máximo exponente el fin definitivo de la existencia humana: es necesario aprender a vivir para morir. A muchos les toma la vida entera poder concebir la idea del no existir, otros encuentran una respuesta en la reencarnación o en la vida futura. Son las respuestas que dan las religiones predominantes en nuestro mundo. No obstante, a muchos les resulta ilógico nacer para trabajar. Trabajar para vivir. Nacer para vivir. Vivir para sobrevivir. Trabajar para disfrutar. Disfrutar para hacer el rato más ameno. Hacerlo ameno para disfrutar. Desvivirse en el trabajo - día tras día - para luego morir. Muchos dirán que lo dicho no es más que un pesimismo irracional, pero no lo digo con pesimismo: Sólo trato de comprender a plenitud nuestra existencia.

Sobre el fin último de la vida, me permito decir que desconozco el paradero. Supongamos - por ahora - que no sucede mucho más. Permítaseme decir que aún resulta hermosa la manera en que todos somos parte de un todo. Ya que la ciencia nos dice que la energía es igual a masa, y también nos dice que la masa no se crea ni se destruye, me resulta curioso que todo vuelve a lo mismo. No digo nada que no se haya dicho antes. Nacemos, formamos parte del todo, y luego regresamos al todo. De nosotros surgirán cosas nuevas, por tanto, lo que resulta inconcluso viene siendo nuestra esencia como humanos. También es curioso que el fin último - realmente - sea propagar la raza. No somos tan diferentes al resto de nuestros compañeros en el reino animal. Aunque resulta cierto que la religión cristiana ha echado a un lado a los animales, por considerarlos inferiores, sus existencias son muy parecidas a las nuestras: pero exentas de preocupaciones. Ante una realidad efímera y sin una vida futura, lo que nos queda es el hacer la estancia más amena para todos. Tratar de construir un mundo de paz y fraternidad. Me parece cómico, pues, que la visión atea resulta aún más pacífica que la creyente. Quizá el error humano haya sido elevar la vida humana a un pedestal demasiado alto, al pedestal de la inmortalidad. Por elevar nuestra efímera existencia a la inmortalidad le fallamos a nuestra moral, puesto que nos basamos en que todo estará bien. De tal

modo, tenemos aquella insensata sensación de tranquilidad que nos hace creer en alguna justicia pos-carnal; puede que suene romántico, pero en sí constituye una enajenación del sufrimiento de nuestros hermanos humanos.

Si analizamos nuestra existencia desde un punto de vista más espiritual, en donde una vida postmortem es posible, nos basamos en que existe un orden universal. Es decir, que todo tiene su porqué, y dentro de ese porqué existe una misión humana. Venimos a algo más que a vivir y morir. Suponemos no sólo que formamos parte de un contorno universal en donde todo vuelve a la Masa, sino que el vivir conlleva una responsabilidad casi profética. No supone que hacer el bien es lo lógico, sino supone que es parte de esa misión. Por lo que me cuestiono, ¿qué tonto juego es éste? Se viene a la vida a hacer el bien, pero, entonces, ¿por qué tendría que existir el mal? Dentro de la misión profética caería la realidad de sobrepasar ciertas pruebas, como el sufrimiento. Como si un Ser nos hubiese colocado a todos dentro de un tenebroso juego en donde existen situaciones penosas, dentro de esas situaciones penosas existen desenlaces: los desenlaces dependen de nosotros. ¿Cómo podemos lograr darle de comer a todos con los recursos necesarios? Etcétera. Vendría siendo todo un juego de mesa. Ante esta creencia - que en sí es un tal ilógica - sólo puedo decir que es la solución humana a la anarquía mundial. Hubo un espécimen que se desarrolló de manera exagerada, y su desarrollo requirió un orden. Supongo, pues, que luego de pasar la "prueba" el humano es recompensado con ciertas cosas; sería irresponsable no decir que esta filosofía resulta exageradamente infantil.

Entre nosotros existirán diversas visiones, el deber de cada individuo recae no sólo en aceptar y negar - como encuentre pertinente - las visiones, sino en formular cada día nuevas hipótesis hasta que encontremos no sólo la que nos complazcan, es imperativo encontrar las verdaderas. Hay que aprender a vivir para aprender a morir, cuando el momento llegue.

"Yo no sé si Dios existe, pero si existe, sé que no le va a molestar mi duda."
- Mario Benedetti

**Una mirada desde la postmodernidad a *Bondades de cronos*
de Maribel Ortiz,**

por Sonia E. Galindo García, “Perséfone”

Desde las últimas dos décadas del siglo XX al presente se ha venido publicando una gran cantidad de obras cimentadas a grandes rasgos en la postmodernidad. Las mismas constan de unas características muy particulares que las alejan de la consideración de la academia y a su vez las acercan a una nueva generación de lectores. Estas propuestas literarias son consideradas por algunos críticos, manifestando la necesidad de una valoración actualizada de la narrativa puertorriqueña. Es menester entonces mencionar algunas de estas características para poder estudiar a fondo el texto en consideración, *Bondades de cronos*.

La posmodernidad sugiere que parte de las teorías e influjos en esta propuesta literaria son: el Internet, la teoría de la física cuántica, la revolución de la informática y la exposición masiva al mercado de las imágenes. Por otro lado, existe una considerable muestra de rasgos particulares como la oposición a la realidad, la fantasía, lo absurdo, la participación del aspecto lúdico en la historia y la palabra, la intertextualidad con sus acervos en el pegoteo y el pastiche, la sustitución de la temática de la identidad nacional por la identidad individual, el alejamiento del autor al lector, el postfeminismo, el erotismo, la ironía, el cinismo, el juego del tiempo y la diversidad ideológica, enmarcadas todas en una actitud irreverente, apóstata y renegada.

El título *Bondades de cronos* refiere de inmediato uno de los principales rasgos postmodernos, la ironía. Cronos es el dios griego, gobernador del mundo, que luego de haberse comido a sus cinco hijos los vomita obligado por Zeus, su hijo menor. Más tarde, es echado al abismo en lo profundo del submundo. Cronos representa el tiempo y el control del universo. La inclinación a hacer el bien no es parte formativa en el carácter del dios griego e incluso no lo es tampoco para el *cronos*, tiempo. A través del libro se observa un fluir constante de los desastres del tiempo en el ser humano. Otra particularidad del título reside en el atentado contra el purismo lingüístico y el respeto al logocentrismo cuando observamos la ausencia de letras mayúsculas. Esto puede resultar en la pluralidad de significados, la deconstrucción de los signos, *bondad* en minúscula para referirse a la degradación de tal virtud, y *cronos*, en minúscula, como el tiempo o en mayúscula como el dios griego.

Las tres partes que conforman el poemario llevan títulos muy sugerentes: “Frontera del Caos”, “Especímenes” y “Cosmo-agonía” en donde la poeta ubica tres temas primordiales: la teoría del caos, la pluralidad del yo y la angustia ocasionada

por el tiempo. Estos tres temas se trabajan a través de símbolos como lo son el espiral, el espejo y el cuerpo derruido por el tiempo.

El estilo antipoético transforma y deforma cada texto por medio del absurdo que igualmente reflejará la preferencia por el caos. La Teoría del caos es una teoría matemática que se ocupa de los sistemas que presentan un comportamiento impredecible y aparentemente aleatorio aunque sus componentes estén regidos por leyes estrictamente deterministas. En el poema “Teoría del caos” propone que el ensayo caótico no necesariamente es de menor a mayor, sino también a la inversa: “El espiral roto del paquidermo/ rasca la acompasada oreja/ de un molusco bivalvo...” El poema “Bondades de cronos” sugiere por su parte, la benignidad del tiempo, cuando al agotarse la batería del reloj se le otorga más tiempo a más de uno: “La batería del reloj/ que vive en tu mano pequeña/ se ha detenido/ para darnos más tiempo.” En la posmodernidad literaria se mostrará el caos y el orden, la anarquía y la racionalidad en convivencia. Un ejemplo de esto es el poema “Kaos”, texto que funge como introducción e índice temático del poemario, abarca el caos en la palabra y en la femineidad dirigido por el tiempo:

Aquí
 vivimos la insoportable
 levedad del ser (o no ser)
 por eso Nietzsche
 me golpea la nariz mientras
 hilvano el desagravio
 de revolcarme en sus ideas
 y esculpirle los sesos
 hasta que crea en el dios
 de la sacra tecnocracia.
 [...]
 Que deambulan por el sexo
 del industrioso teclado
 y deconstruyen signos
 en homenaje al fuego,
 la cosmogonía
 [...]
 Ya no importan
 las verdades absolutas
 [...]
 y los mega relatos
 [...] (p.13-15)

“Kaos” contiene, como supremo ejemplo del poemario, gran parte de las características de la postmodernidad y que experimentará el lector a través del libro.

Algunos de estos temas son la deconstrucción, la tecnología y el iconocentrismo, la caída de los grandes relatos que sugieren teóricos como Derrida y Lyotard. Este desorden a gran escala hará mella en el tema de la identidad individual, y en el caso de *Bondades*, en la identidad de mujer trastocada en la pluralidad.

En el libro de Ortiz, el postfeminismo trasciende con el absurdo pues la feminidad se destruye, se construye, se transforma y se deforma. No hay esencia fija sino en constante evolución. Esto se observa en “Mitología del espejo”:

Me pueblan espejitos en el cuerpo
 incrustados viven
 en la cima de los poros
 acicalados de sudores plateados
 humedecidos con el ápice
 de dos lenguas espirales
 que desvelan los nenúfares
 de unos senos febriles
 y glaciales
 [...]
 Espejito, espejito
 dime a quien le importa
 ser la más hermosa en tu reflejo
 sino la más deseada
 [...] (p.25)

Al igual se observa en “Gatúbela”: “Una mujer/ con rostro felino/ de cejas/ arqueadas/ y engatusadores ojos/ su nombre/ es un maullido/ de gatúbela/ en celo” (p. 33) Los rasgos posfeministas toman fuerza en la segunda parte del libro, “Especímenes” en la que la voz lírica se conjura vampira, Gatúbela, demonio, producto cibernético, borracha, víctima de la sociedad capitalista, entre otros. En su poesía “Subject mí” se vislumbra el dilema existencial que yace entre dos personalidades dentro del mismo ser, este ejercicio recuerda la poesía “A Julia de Burgos”, en la que una parte del ser le recuerda a la otra quien realmente es en el interior:

Hola mí
 que estoy
 aquí
 mientras leo, lees
 lo que te, me remito
 en un abrir y cerrar de *bites*
 me pareces a ¿ti?
 ¿te parezco a mí?
 tal vez

alguna afinidad
 obedecemos
 (arpías absurdas
 de un solo dedo) (p. 43)

Esa misma intertextualidad habita en otros versos, como por ejemplo: “la insoportable levedad del ser” (14) refiriéndose al título de la novela de Milan Kundera, y del poema “La carroña” de Baudelaire”. En este último Baudelaire dice: “Y sin embargo igual serás que esta basura/ que esta infección horrible/ estrella de mis ojos, claro sol de mi vida/ tú, mi pasión, ¡mi ángel!”, y Ortiz escribe: “¡Oh cometa adorada/ olerás pronto a podrida/ estrella apagada/ se murió nuestro amor sideral/ se acabó...”

Incluso, la poesía “Efecto mariposa” es un juego de palabras imitando la propuesta de tal teoría que dice que el aleteo de una mariposa puede ocasionar una tormenta al otro lado del mundo; la poesía en estudio propone: “La mariposa no sabe/ que al batir sus alas/ produce un tornado/ al otro lado de la Tierra...”

Otro tipo de intertextualidad toma lugar en varias poesías. Dicho ejercicio se caracteriza por la alusión a libros infantiles. El caso en “Universo multiplicado” es el de Alicia en el país de las maravillas: “Como Alicia a través del espejo/ mi ojo se ha revelado”. “Mitología del espejo” alude por su parte a Blanca Nieves: “Espejito, espejito/ dime a quién le importa/ ser la más hermosa en tu reflejo/ sino la más deseada...” A esto, podemos sumar el poema “E-bay In corpo rate” en el que ostenta la posibilidad de ser una celebridad luego de besar “en el culo de una rana” aludiendo a la historia de la princesa que al besar el anfibio, éste se convierte en príncipe. Las calles liliputenses en “Minina metrópoli” evoca el cuento de “Gulliver en Liliput” para referirse a la estructura de la gran ciudad. Tales influencias no son más que meros artificios de la posmodernidad cuando toma de aquello que se ha comercializado inocentemente para transformarlo y hasta ridiculizarlo ante los ojos del lector.

En cuanto al ludismo, el juego con la palabra y la deconstrucción, Ortiz recrea los términos de manera que su significado se amplíe ofreciendo posibles repuestas alternas tal y como sucede con las palabras: “Taberna-culo”, “E-bay In corpo rate” (posibilidades bilingües), “In me moría les”, “sobre-vivir” y “cosmo-agonía”. Por otro lado, juega incluso con los nombres para asignarles la categoría gramatical de adjetivos: pablocasteles ventanitas (Juan Pablo Castel, personaje de la novela *El Túnel*), túneles ernestosábatos (Ernesto Sábato, escritor de *El túnel*), borgeanos desencuentros (Jorge Luis Borges, escritor argentino del siglo XX) y contrastes dalianos (Salvador Dalí, pintor surrealista).

Otro aspecto notable en *Bondades de cronos* es la divulgación del método literario en los vericuetos de la concepción, tal acción se denomina metaliteratura. “Efecto mariposa” dice al lector cómo el aleteo de la mariposa puede producir no tan

sólo un tornado al otro lado del mundo sino también el nacimiento de un poema. En la tercera parte: “Poemas dimensionales” cohabitan varios textos en los que explora la creación literaria, tal es el caso de “Hoyo negro”:

Los poemas ya no giran
 amontonados en las manos
 ni se retuercen obnubilados
 de palabras redondas
 [...]
 Últimamente andan
 desentrañados de musas
 tan estériles como el esqueleto
 [...]
 Me miro como a una araña
 tan exangüe de versos
 desflorada de hilos
 y me da pena hallarme
 garrapateando símiles
 [...]
 porque me parece
 un ejercicio frugal
 un poema sin poema
 donde los versos se van
 por un oscuro hoyo negro...(p. 49)

Incluso en este ejemplo es tangible la teoría de la caída de los grandes relatos, en el que expone la mera inutilidad del género literario, sobre todo, en la poesía. Ya en “Cosmo-agonía con café y vainilla” anuncia también el proceso creativo y la inutilidad literaria:

No es un poema
 lo que aguarda
 para ver la luz
 en el umbral de los signos
 repito que no es un poema
 aunque es así como un desahogo
 un exorcismo en la memoria
 [...]
 reclamo que no es un poema
 garabato en hojas sueltas
 de universos raídos
 [...]
 es acaso el *travelling*

por los enredos del ánimo
 un primer plano
 con voluntad de existir
 por eso escribo
 lo que no es un poema
 para no vivir
 intoxicada
 de palabras
 para no sufrir
 en lo íntimo
 de la conciencia
 la pena de no pensar
 algún día
 sin un poema...(51-52)

Incluso, este proceso puede llevar a la desacralización del género como bien ocurre en “Desconectada”: “desde que las hojas secas/ de este suelo inservible/ fueron lo que pensé/ un poema.” Más adelante, destruye para volver a reconstruir la valoración del tema literario en “Hallazgo”: “Insurrecta/ como la mosca/ en un vaso de vino/ vive la huella/ de una palabra insurgente...”

Bondades de cronos es un viaje por el tiempo, en el que se experimenta las consecuencias del reloj, instrumento que enmarcará la vida en vicisitudes, posibilidades del ser, vacío, amor y muerte. El tiempo, cronos, consumirá a la voz poética, engulléndola en su boca-abismo, tal y como lo hizo con sus cinco hijos. El caos trae consigo una ventana de oportunidades que utilizará el ser para explorar la vida, para explotarla y vivirla como único puede hacer: irónica y absurdamente. Maribel Ortiz cumple en su poemario con todas las características de la postmodernidad, desde el ludismo a través de la palabra, la intertextualidad, las influencias de la física cuántica, la mirada a la identidad individual, el postfeminismo, el tiempo y el caos hasta la estructura, en ocasiones minimalista y con atisbos cibernéticos y tecnocráticos. *Bondades de cronos* es realmente una lectura postmoderna que merece la atención del lector democratizado en sus lecturas y que gusta de las tendencias actuales.

Bibliografía

Cancel, Mario. *Literatura y narrativa puertorriqueña: la escritura entre siglos*. San Juan: Editorial Pasadizo, 2007.

Díaz, Luis F. *Semiótica, psicoanálisis y postmodernidad*. San Juan: Plaza Mayor, 1999.

Eagleton, Terry. *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós, 1997.

Ortiz, Maribel R. *Bondades de cronos*. Carolina: Terranova Editores, 2005.

Literatura puertorriqueña, una víctima de sabotaje académico,
por Neftalí Omar Núñez Santiago, “Franz Camposanto”

Como amante de la literatura mis gustos son variados. Me gusta sobre todo la novela, en segundo lugar la poesía y en tercer lugar el cuento. Me gustan los ensayos y el teatro, pero vendrían a caer en el cuarto y quinto lugar de mi preferencia ¿Autores? Muchos. La lista sería interminable e incluiría autores tan diversos como Petronio, Omar Khayam, Cervantes, Kafka, Hamsun, Céline, Borges, Onetti, Chandler, Bukowski, Roberto Bolaño, J. I. de Diego Padró, José María Lima y Manuel Abreu Adorno. De esta resumida lista, los últimos tres autores son puertorriqueños y, lamentablemente, son poco conocidos. No menciono autores puertorriqueños del canon, como Enrique Laguerre, René Marqués, Luis Rafael Sánchez y Rosario Ferré, por citar algunos. Y con esto quiero entrar al meollo de este texto: la crítica literaria puertorriqueña, la academia, ha saboteado a la literatura puertorriqueña.

La crítica literaria puertorriqueña ha favorecido desde sus comienzos la literatura que trata el tema de la identidad nacional (el quiénes somos) y la literatura de índole social. Esto crea la falsa impresión de que la literatura puertorriqueña es monotemática y regionalista; una literatura que no es universal porque sólo incumbe a los puertorriqueños y a su peculiar estatus político que los convierte en colonizados. Este tipo de literatura de identidad y de visos sociales es la que ha sido canonizada por la crítica, de tal manera que nos ha hecho creer a los lectores nacionales y extranjeros que esta literatura es la única que se produce en el país o que, por lo menos, es la única de calidad y que vale la pena estudiar y consumir. Sin embargo, existe otra literatura puertorriqueña, de igual o mayor calidad, más allá del canon. Una literatura, si se quiere, más creativa, que no se queda varada en el tema

de la identidad nacional (preocupación un tanto paranoica y *passé*) y trata otros temas; una literatura, pues, más universal. A fin de cuentas, los puertorriqueños también somos seres humanos y nuestras preocupaciones e intereses son diversos como los de cualquier vecino del mundo. Este sabotaje de la crítica literaria puertorriqueña a la literatura nacional comienza cuando nace la literatura puertorriqueña en el siglo XIX.

Todavía hoy se debate si el padre de la literatura puertorriqueña es Manuel Alonso o Alejandro Tapia. Muchos consideran a Alonso el padre de la literatura nacional por su libro *El Gíbaro*, un libro de estampas que precisamente trata de mostrar y aún definir lo que es ser puertorriqueño. Sin embargo, Tapia, un autor mucho más complejo -y me atrevería a decir más talentoso- que Alonso, publica años antes que el autor de *El Gíbaro*. Lo que ocurre es que muchas obras de Tapia son de carácter universal y cosmopolita, ajenas a lo “puertorriqueño”, y por tal razón se obvia lo cronológico por lo temático. De hecho, las obras de Tapia más conocidas son las que tratan el tema puertorriqueño, sea de identidad o de carácter social, como *La palma del cacique*, *La cuarterona* o *Mis memorias*, cuando Tapia es mucho más que el que vemos en estas obras. Sus obras maestras, las novelas *Póstumo el transmigrado* y *Póstumo el envirginado*, cuyas tramas transcurren en España y son de corte fantástico, son difíciles de conseguir porque pocas veces se han reeditado. Manuel Alonso vs. Alejandro Tapia parece ser la lucha de toda la historia literaria puertorriqueña. En otras palabras, literatura como arte o literatura como crítica o medio de lucha: literatura comprometida.

Estas dos visiones se ven en la paradigmática Generación del 30 en la literatura puertorriqueña en dos autores antagónicos: Enrique Laguerre y José Isaac de Diego Padró. No es un misterio cuál visión ganó, pues hoy día todos conocen a Laguerre, un autor cuyas novelas son requisitos de lectura en las escuelas y universidades, pero casi nadie sabe quien es J. I. de Diego Padró. Enrique Laguerre, el llamado novelista nacional, siguiendo el llamado de Antonio S. Pedreira en su *Insularismo*, se dedicará en sus novelas a “escribir” a Puerto Rico, pero escribirlo y retratarlo tal y como lo ve Pedreira en su famoso y pseudocientífico ensayo. Como continuador a su vez de Zeno Gandía, Laguerre se dedicará a escribir crónicas de un Puerto Rico enfermo. Sus novelas, sociológicas, históricas y de identidad, son literatura comprometida; un arma contra el miedo a la transculturación, a la pérdida de los valores telúricos y una afirmación de la hispanidad puertorriqueña. No negamos la calidad literaria de Laguerre, pero sí cuestionamos la supresión de otra literatura que se estaba creando para esos años en el país, una literatura no comprometida (o al menos no chauvinista ni proselitista) o comprometida únicamente con su arte. Ahí está la obra de J. I. de Diego Padró y la de otros autores que en distintas épocas escribieron una obra literaria de una calidad increíble, en

ocasiones adelantada a su época o simplemente en sincronía con lo que se estaba escribiendo a nivel mundial.

J. I. de Diego Padró es un autor de avanzada en las letras puertorriqueñas. No sólo es el primer poeta puertorriqueño, junto con Luis Palés Matos, en crear el primer movimiento de vanguardia en la poesía del país, sino que probablemente es de los primeros autores (y cuidado si no el primero) en hacer novela existencialista en Hispanoamérica, con su novela corta *Sebastián Guenard* (1924). Además, es el primero en el país en hacer novela vanguardista o experimental con su novela *En Babia* (1930, 1940, 1961) y el primero en hacer poesía antipoética en *Ocho epístolas mostrencas* (1952) y *El escaparate iluminado (autobiografía poética)* (1959), que contiene antipoesía en poemarios publicados e inéditos desde 1920, lo que lo coloca en una posición aventajada, hablando cronológicamente, a la antipoesía de Nicanor Parra. Mientras muchos literatos puertorriqueños en los años 20`s y 30`s miraban a Hispanoamérica y su novela de la tierra, así como a la poesía modernista y posmodernista, para hacer literatura, Diego Padró estaba haciendo una literatura basada en sus lecturas de literatura europea y estadounidense, haciendo una literatura afín a éstas y en otras simplemente adelantándose a lo que luego sería un tipo de literatura estándar a nivel mundial, como lo es la novela precursora del realismo sucio y la beatnik y la antipoesía y poesía conversacional. Pero como muchos precursores, no fue entendido por la crítica y hoy día es un autor desconocido para muchos, sin contar que sus libros ya no se editan.

La crítica puertorriqueña vio en las obras de de Diego Padró a un reaccionario, ya que en sus obras no estaba el tema de la identidad nacional. En su novela *En Babia*, que transcurre en Nueva York (tal vez la primera novela puertorriqueña de la emigración a los Estados Unidos), los personajes parecen adaptados y no se trata el tema de la discriminación étnica y racial y de los avatares que sufren los puertorriqueños en esos lares. Igualmente su poesía, en vez de ser comprometida, como lo es la poesía de Palés, de Corretjer, de Matos Paoli, entre otros, es más bien una poesía existencialista, cotidiana, erótica y en ocasiones de temas mitológicos. En cuanto a su novela *En Babia*, la crítica sólo vio en ella una novela psicológica y de una gran prosa, pero subrayando siempre sus defectos. No supieron ver en ella una novela ambiciosa, total y universal, afín a las novelas creadas en Europa y los Estados Unidos por autores como Knut Hamsun, James Joyce, Louis Ferdinand Céline, Henry Miller y Jean Paul Sartre. De haber tenido una mejor recepción crítica y mayor apertura en los medios editoriales españoles o hispanoamericanos, de Diego Padró sería hoy un clásico o por lo menos un escritor de culto cuya obra sería publicada por editoriales extranjeras, como Cátedra, y estudiada por una mayor cantidad de estudiosos nacionales y extranjeros.

El caso de Manuel Abreu Adorno es similar. Un autor espectacular, cuya obra, a pesar de estar escrita entre los años setentas y ochentas (murió en 1984), parece fresca. Desconocido por una ingente cantidad de personas e ignorado sistemáticamente por la crítica literaria del país, es un autor extranjero -el chileno Roberto Ampuero- quien señala las afinidades de la obra de Abreu Adorno con los movimientos actuales hispanoamericanos, como la llamada Generación McOndo; y si uno la lee, podrá encontrar afinidades en su obra con la Generación del Crack. Quien haya leído el libro de cuentos *Llegaron los hippies*, publicado en 1978, y su novela *No todas las suecas son rubias*, escrita entre 1983 y 1984 pero publicada póstumamente en 1991, se dará cuenta de esto. La obra de Abreu Adorno, urbana, globalizadora, de estilo “cult-pop” y en ocasiones experimental y polifónica, anuncia a escritores de renombre en la actualidad como Alberto Fuguet, Juan Villoro y el fallecido Roberto Bolaño.

El caso de José María Lima es similar, en cuanto es un autor culto, ha sido ignorado por la crítica y su poemario *La sílaba en la piel* (1982) es casi inconseguible hoy día, a pesar de ser una obra clave en la poesía puertorriqueña. Su poesía irracionalista, con visos surrealistas y del absurdo, de temas varios (no sólo político-nacionalista), creada en una época en que se estaba produciendo en el país una poesía proselitista, chauvinista y militante, conversacional (y no con la calidad de un Ernesto Cardenal y un Roque Dalton), pasó casi inadvertida. Un poeta que se va de tú a tú con los grandes poetas en lengua española vive condenado al silencio, pues fuera de cinco gatos en el país nadie lo conoce. Esta es la situación de muchos autores puertorriqueños, como Gustavo Agrait, Wilfredo Mattos Cintrón, Ángela María Dávila, Manuel Martínez Maldonado, Eduardo Lalo, Juan Carlos Rueda, Ángela López Borrero y etc., etc., por mencionar algunos, cuya obra, por apartarse de los temas y formas que la academia canonizó, son poco conocidos y sin embargo su obra es excelente y su calidad, como dije anteriormente, de igual o mayor calidad a las obras de los autores canonizados.

Yo soy, como comencé diciendo en este ensayo informal, un lector y me imagino que los críticos literarios y profesores de universidad también lo son. Me imagino que ellos pueden tomar un libro de Cortázar, de Poe, de Onetti, Hemingway, Kavafis, Carson McCullers, Alejandra Pizarnik, de Joyce y de Proust, por mencionar autores de fama internacional, y disfrutarlo. Me imagino que pueden apreciar como críticos la calidad de las obras de estos autores, pero sin embargo, ¿por qué no aprecian ni disfrutan las obras de autores puertorriqueños cuyas obras no se coartan con temas exclusivamente regionales y en vez de eso penetran todos los intersticios de la realidad humana, de la realidad de nuestro país más allá de preocupaciones político-sociales, haciéndolo con un arte de igual calidad a la de cualquier gran escritor de cualquier parte del mundo? Por eso digo que si la gran literatura puertorriqueña está en el silencio y hay que ser en ocasiones un detective

para conseguir estos grandes libros, que ya no se editan, es por culpa de los críticos y académicos. Lo suyo es un crimen que condenó a la literatura puertorriqueña al ostracismo internacional y aun nacional. No, la literatura puertorriqueña no es regionalista, simplista ni aburrida, tampoco carece de fantasía (leer a Gustavo Agraít y Pedro Cabiya). No es, vamos, un suelo de brea para masoquistas intelectuales. Simplemente esta gran literatura (con sus excepciones, claro) no está en el canon. Así, pues, para los verdaderos amantes de la literatura, a esos que disfrutaban con Kafka, Onetti, Dostoievski, Hamsun, Céline, Bukowski, Cortázar, Poe, Raymond Chandler, César Vallejo, Nicanor Parra, Borges y todo ese gran etcétera de buenos escritores, no se preocupen. En Puerto Rico también tenemos autores así.

[Miembro de la comunidad]

La producción literaria de los movimientos de vanguardia en Puerto Rico,
por Nilza E. Mojica Cruz, “Grushenka”

*A un nuevo mundo le corresponde un nuevo arte
que a su vez recrea el mundo.*

Mihai G. Grünfeld

Desentrañar la literatura no es una cuestión lúdica; puesto que ésta presenta diversas gamas en cuanto a temas, estilos, movimientos literarios se refiere. Específicamente, reitero que se descubre a través de ella distintos enfoques; es decir, algunos escritores utilizan como medio de expresión la *escritura automática* (cursiva mía) dándole cierto énfasis desde el subconsciente; significación al lenguaje.

Pedro Salinas reafirma que todo poeta “difícil”, si es poeta verdadero, nos entrega en su propia obra la clave para descifrarla, y que el artista no dificulta la comprensión de su escritura por capricho o por pedertería, sino por urgencia visceral, por su desesperado intento de ser más que un mero copista.¹ De ahí que, se observan ciertas rupturas o discontinuidades en la escritura. Es por medio del lenguaje que los escritores recrean su expresión lírica; de modo que desarrollan cierto texto que en ocasiones se juzga como enigmático hasta el punto que se visualiza como hermético, incluso esotérico.

Las vanguardias se circunscriben a un tiempo definido el cual algunos críticos literarios lo determinan entre el año 1910 hasta finales del 1930. Es una época o un momento que se figuraron diversas rupturas, según Raymond Williams en su texto “**La política del Modernismo**”. El movimiento de vanguardia se dio en la perspectiva como elemento contestatario donde observamos una ruptura con la tradición. Sus manifestaciones extremas se dirigen especialmente contra la institución arte.²

De acuerdo con Bürger en su texto “**Teoría de la vanguardia**” enfatiza que uno de los rasgos característicos del vanguardismo consiste; en que no han desarrollado ningún estilo; no hay un estilo dadaísta ni un estilo surrealista.³ De ahí, que esta generación literaria lo que intenta provocar es un “shock”. De modo que, la intención lleva a dirigir a los receptores a convertir como principio supremo de la intención artística.

¹ Aquí se detalla la expresión que utiliza Salinas para explicar la poesía de Góngora. Salinas, Pedro, *La realidad y el poeta*, Barcelona: Ariel, 1976, pág. 161.

² Bürger, Peter. “*Teoría de la vanguardia*”. Barcelona: Ediciones Península, pág. 54.

³ *Ibid*, p.56.

En una de las teorías del arte que se plantean dentro del movimiento de vanguardia podemos señalar la de Walter Benjamín cuando nos determina el concepto de aurática como un tipo de relación entre obra y receptor.⁴ Es una manera de plantearnos las transformaciones técnicas de reproducción en el arte. Estas cambian los modos de percepción, pero también transforman el carácter completo del arte.⁵ Por consiguiente, los vanguardistas pretendieron devolver a la práctica la experiencia estética. Dicho esto, nos plantearemos la intención de los vanguardistas según Bürger, quien alega que ellos no intentan en absoluto integrar el arte en esa praxis vital; por el contrario, comparten la recusación del mundo ordenado conforme a la racionalidad de los fines que había formulado el esteticismo.⁶ Su verdadera intención es un intento de estructurar a partir del arte, una nueva praxis vital.

Acercándonos a los textos representativos del vanguardismo en Puerto Rico podemos deducir de acuerdo con Bürger que se presentan ciertas similitudes entre un escrito y otro.

Cuando indagamos sobre las características del vanguardismo encontramos que es un tipo de arte inorgánico (alegórico); en donde hallamos cierta mediación entre la unidad de lo general a lo particular. Una manera de visualizarlo sería entrever que para el vanguardismo, el material sólo es material; su actividad no consiste principalmente en otra cosa más que en acabar con la vida de los materiales, arrancándolos del contexto donde realizar su función y recibe su significado.⁷ De ahí que observamos un tipo de obra donde el vanguardista sólo distingue un signo vacío, pues él es el único con derecho a atribuir un significado. De modo que, se nos presenta de forma fragmentada, donde separa el suyo de la totalidad de la vida.

En varias ocasiones, esto nos lleva a reconocer fragmentos, fijados por el mismo bardo. La manera de crear, de inventar por medio del lenguaje es capturar al receptor desde el todo para de esta forma llevarlos o dirigirlos a la particularidad de la obra; de ahí la fragmentación y la intencionalidad del poeta. Benjamín alega en su texto que este tipo de conducta de los artistas alegóricos produce melancolía.

Desde ese punto de vista apuntamos hacia la conceptualización entre el lenguaje y la vanguardia. Nos argumenta Raymond Williams en su texto "**La política del Modernismo**" que la palabra fue emancipada de las cadenas filosóficas y religiosas de los simbolistas. Dicha palabra retomaba un valor, es decir, una palabra vista de este modo no era una señal dirigida...sino un significante por sus mismas propiedades materiales que, mediante su uso poético estaba consagrada a

⁴ Ibid, p.71.

⁵ Ibid, p. 72.

⁶ Ibid, p.104.

⁷ Ibid, p.133.

representar una idea del autor.⁸ Es una forma de liberar el lenguaje; de crear un estado de relación directa entre el contenido y el receptor. Por tanto, se dio una liberación con el lenguaje, con el mero propósito de ser creativos, de ahí la pluri significación del texto. En su libro lo plantea de la siguiente manera:

“...la certeza razonable de que se entiende que digo al menos siete cosas diferentes, no sólo por las posibilidades múltiples del término “creativo” sino porque la “condición contemporánea” se entendió históricamente al menos de una de las maneras siguientes: un estado de represión activa de las posibilidades humanas; un estado de discurso y composición anticuados...” (94).

En un aparte, detallamos esa forma de recrear con el lenguaje como forma interna, que corresponden a las vidas internas de sus hablantes, según había sostenido Humboldt.⁹ Es decir, esa forma interna de manera liberadora nos recrea en la palabra poética; el fundamento de hablarnos, desde un lenguaje literario propio de ellos; los vanguardistas. De ahí que curiosamente, enmarcamos lo que planteó Artaud en el texto de Raymond Williams cuando nos revela que “La ruptura entre nosotros y el mundo está bien establecida. No hablamos para ser entendidos sino a nuestros yo es interiores”.¹⁰

Octavio Paz en su libro “**Los hijos del limo**” lo define como estética de lo mínimo, lo cercano, lo familiar. El gran descubrimiento: los poderes secretos del lenguaje coloquial.¹¹ Además, nos afirma que “El poema no sólo es una realidad verbal: también es un acto. El poeta dice y, al decir, hace. Este hacer es sobre todo un hacerse a sí mismo: la poesía no sólo es autoconocimiento sino autocreación”.¹²

De aquí en adelante nos circunscribiremos a las vanguardias latinoamericanas con el fin de enmarcarlo dentro de la literatura puertorriqueña. El objetivo primordial es dar un vistazo al movimiento desde ese espacio literario que nuestros bardos insulares se vieron inmersos en el mismo. Jorge Schwartz las cataloga como un mosaico de paradojas. En ellas se abarcan diversos matices encontrados o diferenciados. Los mismos crean diversos choques o diferencias las cuales nos llevan a pensar en dos puntos, o fueron de imitación o de aspectos originales. Según, él, las vanguardias ni formaron un sistema coherente en el cual cada etapa refleja la estructura uniforme del conjunto.¹³ Tan es así, que podemos

⁸ Williams, Raymond. “La política del Modernismo”. Buenos Aires: Ediciones Manantial, pág. 92.

⁹ Ibid, p.96.

¹⁰ Ibid, p.99.

¹¹ Paz, Octavio. “Los hijos del limo”, Barcelona: Talleres Gráficos HUROPE, pág. 139.

¹² Ibid, p.93.

¹³ Schwartz, Jorge. “Las vanguardias latinoamericanas”. Madrid: Ediciones Cátedra, pág. 14.

señalar que este tipo de literatura atravesó puntos o momentos distintos. Nos atrevemos argumentar que sobresale la diversificación en cuanto al contenido y la forma y su complejidad interior; tanto en el yo poético como en su constitución de crear el arte. De ahí que, logramos señalar la influencia en otros escritores. De modo que, Schwartz nos alega que:

“La libertad estética constituye el a priori de todas las vanguardias literarias. El sentido de la libertad propicia, por un lado, la disposición para actuar lúdicamente en el momento de crear formas o de combinarlas; y por otro lado, amplía el territorio subjetivo, tanto en su conquista de un más alto grado de conciencia crítica (piedra de toque de la modernidad), cuanto en la dirección, sólo aparentemente contraria, de abrir la escritura a las pulsiones afectivas que los patrones dominantes suelen censurar”.¹⁴

Cabe señalar un punto importante dentro de este tipo de literatura; la conceptualización del vocablo libertad en cuanto a la forma de expresarse. De modo que, Schwartz nos plantea lo siguiente:

“La libertad permite que la <<sed de horizonte y de galope>> se sacie dónde y cómo le parezca mejor y para ello es necesario que ejerza primero la ruptura con la mala positividad de las convenciones osificadas. ...el escritor va a enfrentar su asunto, que lo llevará de vuelta a sus experiencias vitales y sociales significativas. El pasaje que vincula estrechamente libertad y opción se dio en la mente de los poetas y narradores que desviaron la parábola de su obra de la proclamación de fórmulas libertarias hacia la <<búsqueda tanteante de la identidad>>...”.¹⁵

En fin, nos señala Schwartz que las vanguardias, en lugar de lanzar pasajes, se apropiaron de las formas nuevas y los exalta en sí mismos, abstractamente.¹⁶

Por otro lado, para enfocar el momento de lanzamiento en este tipo de literatura, Schwartz hace hincapié en una posible fecha inicial de este movimiento literario y nos confirma el año de 1909, cuando Marinetti lanzó en París el Manifiesto Futurista y las repercusiones de dicho manifiesto fueron inmediatas. Sin embargo, él, como fecha inicial determina que las vanguardias latinoamericanas se dan por el manifiesto *Non serviam* por Vicente Huidobro en el 1914. Él determina que los presupuestos estéticos del texto, establecen el primer ejemplo como base

¹⁴ Ibid, pág. 18.

¹⁵ Ibid, pág. 19.

¹⁶ Ibid, pág. 24.

teórica del creacionismo, en las vanguardias en América Latina. De hecho, nos reafirma que “Tanto por la actitud cuanto por los irreverentes postulados, *Non serviam* representa el momento inaugural de las vanguardias del continente”.

Una de las bases que sienta este estudio es reconocer cómo fue el vanguardismo literario en Puerto Rico con el fin de desentrañar las diversidades concebidas durante ese momento histórico y literario. Es por eso que, señalamos como punto de partida al bardo chileno, Vicente Huidobro, y asímos el contexto de Jorge Schwartz cuando nos reafirma que:

“...Vicente Huidobro, poeta inaugural de las vanguardias en América Latina, seguirá hasta el fin de una vida muy agitada, fiel a las ideas del poeta como redentor de la humanidad y de la poesía como fuerza renovadora.”¹⁷

Por otra parte, Grünfeld nos señala el periodo entre los años 1916 y 1935, como una época de extraordinaria experimentación y creatividad artística. Una de las definiciones más acertadas que encontramos para objeto de estudio y para comprender este tipo de literatura fue la de Mihai G. Grünfeld en su texto “**Antología de la poesía latinoamericana de vanguardia**”. Él la define como:

“...la vanguardia fue, en lo mínimo, un testimonio fervoroso y ardiente que anunciaba la llegada de una nueva realidad y de un nuevo ciudadano que la poblara, un hombre nuevo que participara y gozara de esta nueva era. ...la vanguardia fue una esperanza y un intento de cambiar el mundo, de recrearlo, de rehacerlo, de convertirlo en algo nuevo, totalmente distinto, no reconocible pero a la vez familiar. Los vanguardistas participaron en una praxis estética, política y social que tenía como propósito vivir en el mundo de otra manera y por consiguiente recrearlo”.¹⁸

Él nos delimita que es una época de extraordinaria creatividad artística e intelectual, la cual, tenía la intención de corromper las normas antiguas y de esta manera colocaban en forma de jaque las reglas establecidas en cuanto a la estética y creaban nuevos estilos, nuevas formas de expresarse y por ende, diversas circunstancias. De ahí que, representan en sus manifiestos el advenimiento de un nuevo mundo, un apoderamiento de él para evocar su propia necesidad. Tan es así que, ese nuevo orbe los lleva a crear una obra cósmica en muchas de los casos

¹⁷ Ibid, pág. 62.

¹⁸ Grünfeld, Mihai G. “Antología de la poesía latinoamericana de vanguardia”, Madrid: Ediciones Hiperión, p.

ininteligibles. Afirmandonos con lo antes expuesto nos ceñiremos a destacar la obra literaria como una nueva sensibilidad artística y ultra modernista.¹⁹

Por otra parte, Octavio Paz en el libro “**Los hijos del limo**” señala que las ideas de Huidobro tienen una indudable semejanza con las que exponía entonces Reverdy: el poeta no copia realidades, las produce. Huidobro afirma que no imita a la naturaleza, sino que imita su modo de operación: hace poesía como la lluvia y la tierra hacen árboles.²⁰ Nos alega Paz que es un idioma que retoma un espacio aéreo. Describe que las palabras son paracaídas que se abren en pleno vuelo y, por ende, se desvanecen. Este tipo de escritores trastocan todos los niveles del lenguaje para crear nuevas proposiciones con la lírica. Según Janette Becerra es una cuestión característica del gesto vanguardista del siglo XX, muy a tono la generación.²¹

Para efectos de comprender esta postura relacionada con la *liberación poética* (cursiva mía) retomo las palabras de Mallarmé citado en el texto de Edison Simons que dice “...estoy inventando una lengua que necesariamente tiene que brotar de una poética muy nueva y que podría definir en dos palabras: Pintar no la cosa, sino el efecto que produce. El verso no debe..., componerse de palabras, sino de intenciones y todas las palabras han de borrarse ante las sensaciones”.²²

Cabe destacar que la literatura vanguardista puertorriqueña se destacó por demostrar una sensibilidad artística donde se palpa una renovación poética tanto en Europa como en América. Los escritores vanguardistas adquirieron influencias relacionadas con el futurismo de Marinetti, el expresionismo de Trakl, el dadaísmo de Tzara, el ultraísmo de Comte y como anteriormente mencionamos en este estudio el creacionismo de Vicente Huidobro. Este tipo de literatura surge como resultado de las insatisfacciones que producían en las nuevas generaciones, en cuanto a la vigencia de arte tradicional. Según José Emilio González caracteriza esta época literaria de la siguiente manera: verso corto, poema breve, lo anti, imagen como recurso central para la construcción del poema, tecnología, experimentalismo, palabras en libertad. Es un movimiento que surge luego de la post-guerra y esto trae consigo cierta individualidad original en sus escritos. Uno de los aspectos sobresalientes de la época lo fue el planteamiento político relacionado con el nacionalismo como idea revolucionaria; reclamando así la soberanía para Puerto Rico.

¹⁹ Rivera de Álvarez, Josefina, “Literatura Puertorriqueña: su proceso en el tiempo”, Madrid: Ediciones Partenón, 299.

²⁰ Paz, Octavio. “Los hijos del limo”, Barcelona: Talleres Gráficos HUROPE, pág. 201.

²¹ Esta información y otra relacionada con el estudio se encontraron en una revista del Recinto Universitario de Cayey; la cual fue dedicada a la obra de Ángelamaría Dávila. Además de Becerra se encuentran otros críticos. Punto de partida para nuevo estudio dentro de la literatura puertorriqueña.

²² Simons, Edison, “Poética de Mallarmé”, Madrid: Editorial Nacional, 1977, pág. 50.

Los movimientos que se destacaron bajo la influencia vanguardista en Puerto Rico se conocen como el Diepalismo; representado por José I. de Diego y Padró y Luis Palés Matos. Estos a su vez inician con la onomatopeya en su lirismo a la misma vez que destacan en su obra poética lo frenético. Dentro de ese primer movimiento vanguardista podemos hacer hincapié a la siguiente obra: “Orquestación diepálica” y “Fugas diepálicas”; esta última dio pie al manejo del tema negroide dentro de la literatura puertorriqueña.

Por otro lado, surge para el año 1922 el Euforismo. Este representaba la euforia como capacidad para soportar el dolor y las adversidades, sensación que en ocasiones exhibe cierto reflejo de bienestar. Los representantes de dicho movimiento lo fueron Vicente Palés Matos y Tomás L. Batista. Demostraron estos escritores influencia con el futurismo de Marinetti. Entre las características de sus escritos señalamos las siguientes: verso espontáneo, áspero y rudo pero sincero; en ocasiones decae en cierto grado de desacuerdo con las posturas románticas, rechazando así el sentimentalismo. Además, en su verso se exalta la máquina, la llave, la sierra, el marrón, el vértigo; entre otros elementos relacionados con la tecnología. Su obra más reconocida según Josefina Rivera de Álvarez lo es “Canto al tornillo”. Tuvo gran influencia con la poesía europea de post-guerra.

Otro que se destacó en este tipo de movimiento lo fue Evaristo Ribera Chevremont quien arrojó nuevas normas del versolibrismo europeo. Nos legó con su obra versos cuya adaptación fue la creación de la imagen y ecos de actitudes de protesta social. Entre sus obras cabe mencionar: “El hondero lanzó la piedra”, “El templo de los alabastros”, “Vitales góticos”, “Yo sé de uno que tiene una canción”, “Tú, mar, yo y ella”, “Cristo Rojo”, “La linotipo”. Este encamina con su estilo literario nuevos postulados de renovación estético-literario vanguardista conocido como el Girandulismo. Este se desarrolla con una serie de poemas titulado “Girándulas”. Aboga Chevremont por la renovación en la lírica, suplantando el verso métrico por el verso rítmico, es decir, elimina lo anecdótico.

Esta forma de escritura dio pie a otro movimiento vanguardista conocido como el Noísmo que sale a la luz a mediados del año 1925. El Noísmo es reconocido como el rechazo del estancamiento y la fuerza de la costumbre que caracterizaban al ambiente de vida y cultura en el país; es decir, totalmente enajenado y vituperado de su praxis vital. Proclamaban la incredulidad, la duda, la negación como punto de partida de su filosofía. Esta fue una estética que la observamos como áspera, ruda pero a la misma vez sincera con evidentes reminiscencias dadaístas y con marcada aspiración renovadora. A su vez aspiraban a contar todo, exponiendo así la oposición al sistema social vigente; al ultraísmo, a la moral, a la seriedad y a los dogmas establecidos durante la época. Entre los escritores reconocidos podemos dar mención a los siguientes: Vicente Palés Matos, Emilio R. Delgado, Vicente Géigel

Polanco, Tomás L. Batista, Juan Antonio Corretjer, Fernando Sierra Berdecía, Cesáreo Rosa-Nieves, entre otros jóvenes universitarios. Entre sus obras podemos recalcar las siguientes: “Drama noísta” de Vicente Palés Matos, “Facetario noísta” de Delgado, “Sinfonizando imágenes a la luz del sol” de Rosa-Nieves.

Por último, como estudio diacrónico señalamos el grupo vanguardista conocido como Atalayismo. Este sale a la luz pública en el año 1929 bajo el mando de Graciany Miranda Archilla, Clemente Soto Vélez y Alfredo Margenat. Estos escritores puertorriqueños se vieron influenciados con la Primera Guerra Mundial. El Atalayismo fue el movimiento de vida más prolongado y el único de los ismos de vanguardia que dejó obras publicadas.²³ Entre las características de sus escritos podemos hacer mención de las siguientes: variación de los motivos, innovación temática, falta de signos de puntuación, brevedades sensoriales, introducción de nuevas perspectivas suscitadas de líricas reacciones. Surge así en nuestra literatura un movimiento que se ve enlazado con el nacionalismo y las ideas revolucionarias de Pedro Albizu Campos. El poeta de mayor conciencia; en cuanto a la renovación del movimiento lo fue Alfredo Margenat. Sin embargo, cabe destacar que la obra de inicio lo fue “Responso a mis poemas náufragos” (1931) de Graciany Miranda Archilla. Es la base que da fundamentos y alientos de renovación en las formas poéticas insulares. Estos escritores desarrollaron una verdadera revolución lírica dentro de la literatura puertorriqueña así como ocurrió en Latinoamérica.

Para finalizar este trabajo retomaremos las palabras de Grünfeld cuando dice “la vanguardia no es algo que termina sino que, como un movimiento continuo que reúne la creatividad artística individual y de generaciones y los acontecimientos históricos, aparece y desaparece, al unísono con la esperanza de cambiar el mundo y el arte que lo refleja. De ahí el verdadero compromiso de la vanguardia”.²⁴

Bibliografía

Bretón, André, Manifiestos del surrealismo, Madrid: Ediciones Guadarrama, 1969.

Bürger, Peter. Teoría de la vanguardia. Barcelona: Ediciones Península, 2000, pág. 54.

²³ Hernández Aquino, Luis, Nuestra Aventura Literaria, Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1980.

²⁴ Grünfeld, Mihai G. “Antología de la poesía latinoamericana de vanguardia”, Madrid: Ediciones Hiperión, p.52.

Grünfeld, Mihai G. Antología de la poesía latinoamericana de vanguardia. Madrid: Ediciones Hiperión, 1997, p.52.

Hernández Aquino, Luis, Nuestra Aventura Literaria, Río Piedras: Editorial Universitaria, 1980.

Huidobro, Vicente. Altazor/ Temblor de cielo. Madrid: Ediciones Cátedra, 2005.

Paz, Octavio. Los hijos del limo, Barcelona: Talleres Gráficos HUROPE, 1993, pág. 201.

Rivera de Álvarez, Josefina, Literatura Puertorriqueña: Su proceso en el tiempo, Madrid: Ediciones Partenón, 1983.

Salinas, Pedro, La realidad y el poeta, Barcelona: Ariel, 1976, pág. 161.

Schwartz, Jorge. Las vanguardias latinoamericanas. Madrid: Ediciones Cátedra, 1991, pág. 14.

Simons, Edison, Poética de Mallarmé, Madrid: Editorial Nacional, 1977.

Williams, Raymond. La política del Modernismo. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 1997, pág. 92.

Del verso al hecho: Residente Calle 13 y la poesía actual,
por Ángel Matos, “Hijo de Eros”

“Es bien interesante vivir en el cuento”

-René Pérez alias Residente Calle 13

La literatura puertorriqueña, a partir de la década de los 90, tuvo una vuelta de la mirada a lo urbano y la ciudad; tropos literarios que fueron trabajados con otro tono por la Generación del 70. La ciudad se ha convertido en eje tanto de la narrativa, del teatro y de la poesía, sin dejar a un lado el ensayo. Esta literatura ha centrado sus espacios creativos y literarios tanto en tema como espacio escritorial en la marginación y contando las historias detrás de la historia oficial. A la par con la literatura, ha surgido un movimiento urbano fuerte de grafiteros. Estos artistas de la ciudad han ido narrando y poetizando con sus pinturas distintos rincones de la urbe, por lo general sin permisos, dando color, textura y sentimiento e historia de nuestro pueblo a la luz de sus ojos. Como efecto de los mismos cambios e inconformidad social, la ruptura e intercambio cultural con las urbes de los Estados Unidos, sobre todo Nueva York, y la aparición de una nueva generación de jóvenes con preparación académica inconforme con su tiempo y el sistema, es que surge el movimiento de “reaggeaton”. Una de las nuevas voces que ha surgido recientemente y que ha revolucionado el “género” tanto por el ritmo como por la “lírica”, lo es el llamado Residente Calle 13.

El Residente Calle 13 junto con su hermano – el llamado “Visitante”- han poetizado con un vocabulario matizado por un gran juego lingüístico y de conceptos que se enriquece por su gran ritmo, el cual, a su vez, se logra por la gran onomatopeya riquísima con muchas de las palabras que utiliza y el uso de explosivas y sorprendentes metáforas y símiles. Se podría decir que este joven, Residente Calle 13, es un grafitero de la palabra, un juglar del pueblo que deshace con su punzante letra y la idílica conceptualización de la ciudad que se tiene o la falsedad de la sociedad. Inclusive, este Residente con su “lírica” cose eventos históricos con realidades cotidianas con la mirada de un joven que ha sido y es recipiente del bombardeo de los medios de comunicación, de la globalización, de la tecnología, y de los tecnócratas y burócratas que buscan manejarnos como marionetas o como personajes de un gran circo.

La letra de las canciones y el ritmo del Residente Calle 13 se insertan con gran comodidad y elocuencia en la tradición actual de literatura puertorriqueña, sobre todo en la poesía. En primer lugar, encontramos lo urbano como el eje del discurso. Se trabaja lo urbano con conocimiento espacial de cómo funciona la vida desde la calle y las reglas no escritas, implícitas pero reales, que marcan los distintos niveles sociales. Conviven en sus letras en concubinato lo real maravilloso

con lo maravilloso de lo real. De este sentido, se desprende el segundo punto de encuentro entre el trabajo lírico del Residente y la poesía actual. En ninguno se pretende pasar juicio sobre la sociedad, sus distintos componentes y la complejidad de lo urbano. Se señalan y se muestran imágenes y segmentos de la vida como si fueran cortometrajes según el ojo de cada cual y cada uno se vuelve director y personaje de su propia comedia. Digo comedia porque hay un placer, un deleite con fibras de dolor en el cual mientras nos reímos de la sociedad y nos reímos de nosotros mismos y nuestra condición personal y colectiva. De cierto modo, una puesta en escena musical-poética de la sociedad y de la vida; de nuestra propia condición humana como deambulantes de la vida. En tercer lugar, el uso de un lenguaje claro, abierto, sincero, sencillo y sonoro; un lenguaje que no es simple ni simplista, sino con un uso de palabras precisas en lugares estratégicos para expresar con cercanía e intimidad lo que se siente y vive, pero a la misma vez, con la inteligencia de saber mezclar e insertar vocablos “políticamente correctos” en lugares claves y necesarios. En el caso de Residente Calle 13, él va directo al grano y sin rodeos, sin tapujos, sin máscaras, sin decoración, pero con un sentido de urgencia y presencia y con una decencia que nace de la valentía de decir y afirmar lo que hay y lo que él y todos somos.

Hablar de poesía en el reaggeaton de por sí levanta ronchas, dolores de cabeza y escepticismo entre los que niegan que sus hijos, hermanos, primos y vecinos lo escuchan; los que niegan que después de darse par de palos en una fiesta muevan sus cuerpos ante este contagioso ritmo, como los que terminan siempre cantando “Verde luz”; y los que buscan proteger la pureza de la literatura y de las palabras en una especie Código de Ción de académicos y críticos. La poesía se nutre del reaggeaton en cuanto a las posibilidades de decir y de cómo decirlo que abre este “género”; el descubrimiento o redescubrimiento de formas de crear ritmos con palabras y de la creación de onomatopeyas modernas; de la retoma de la sensualidad del cuerpo, el cual se da y existe en las palabras, en las imágenes, en la cotidianidad, en la calle que se apropia de un lenguaje erótico y que se sazona de precedentes musicales y poéticos en el sentido literal. El reaggeaton se influencia de la poesía en cuanto a la técnica del verso, de las rimas, de los juegos a contravoces de los discursos oficiales y no oficiales. Se influye de lo íntimo colectivizado y de lo colectivizado que se intimiza; del uso de referentes literarios; la expresión de la marginación social y de cierta automarginación. El reaggeaton se ha nutrido de la experiencia poética del rap que a su vez se enriqueció de experiencias musicales con íntima colindancia tanto de la poesía, sobre todo la negra, como de la salsa; de igual modo con las experiencias poéticas de gente que sacó la poesía a la calle como los poetas nuyorican y dramatizaron en las palabras el sentir de la gente tomando y poetizando juglarezcalmente expresiones populares y modos de expresión.

En fin, que hacemos palabras como hacemos música; que nos suena el alma cuando escuchamos un poema y se nos mueve el cuerpo cuando escuchamos ritmos que nos tocan y nos recuerdan las raíces; que lo negro se nos sube –cada cual según lo sienta en las venas o en la piel- dependiendo del deseo; que el cuerpo se nos hace poesía que siente y se contorsiona; y que la música sigue liberando el alma mientras ella se hace testigo de la historia, de las íntimas y colectivas. Que hacemos grafitis urbanos con palabras o música en los cuales plasmamos esos recovecos de la ciudad que cada cual habita literal y metafóricamente. Nos vemos y nos miramos isleños, en esta isla llena de contradicciones, de borradores, de experimentos, de trucos y de actos que retan los límites de la fantasía y la realidad; en estos cien por treinta y cinco que reta las leyes naturales cuando a veces se nos hace tan grande y otras tan pequeña y que es tan vecina de todo el Mundo. Ya tú sabes, se vale todo en este sándwich de salchichas y cada uno es un personaje en esta gran comedia y hacemos poesía de nuestro propio chiste isleño.